



John le Carré

Asesinato
de calidad

Lectulandia

George Smiley, protagonista indiscutible de gran parte de la narrativa de Le Carré desde *Llamada para el muerto*, solo está haciendo un favor a una vieja amiga, Ailsa Brimley, editora de un pequeño periódico a cuya redacción ha llegado una carta de una lectora en la que afirma que su marido intenta asesinarla. La carta llega a destino demasiado tarde, pues, en extrañas circunstancias, sin indicios que prueben la existencia de un asesino, Stella Rode, la mujer del ayudante de dirección del distinguido Colegio Crane, ya está muerta. Smiley tendrá que ir a Crane para, como es su costumbre, escuchar, preguntar y meditar para ir desvelando, capa a capa, la compleja red de intrigas y odios que sustenta a uno de los colegios más exclusivos y conservadores de Gran Bretaña.

Smiley es uno de los personajes más característicos y más inolvidables de la producción narrativa de John Le Carré.

Lectulandia

John le Carré

Asesinato de calidad

Smiley - 2

ePub r1.0

karpanta 26.02.14

Título original: *A Murder of Quality*
John le Carré, 1962
Traducción: María Luisa Borrás González

Editor digital: karpanta
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Prólogo

Asesinato de calidad (A murder of quality, 1962), traducción imperfecta que alude a «Un asesinato distinguido», fue posiblemente para John Le Carré una tentativa de conquistar un éxito fulminante que no le había proporcionado su primera obra. Quizá con ese fin prueba fortuna con una modalidad más antigua y acreditada de libro de gran público, en vez de novela de espías, la clásica historia detectivesca: un crimen, multitud de móviles, muchos sospechosos y el culpable que no se descubre hasta las últimas páginas, todo el muestrario policíaco que asegura unas horas de honesto esparcimiento mental.

Pero aun pasando a un tema de pura intriga, las constantes del escritor permanecen inalteradas. Aquí está una vez más nuestro viejo amigo Smiley en funciones de detective, y rodeándole una estupenda colección de tipos secundarios cuidadosamente caracterizados, entre la ironía y el afecto, que componen un gran repertorio de actitudes anglosajonas. Como siempre, el trabajo de Le Carré es minucioso y lleno de sensibilidad, y sus comparsas —todo un compendio de las variedades de ser inglés— son magníficas ideas de observación humana.

Como siempre también, hay un ámbito opresivo que es el verdadero causante de la tragedia. El mal y el sufrimiento, el origen de todo, radica en nuestro turbio corazón, pero el ambiente es lo que da forma al drama, lo que perfila las circunstancias en que se va a producir el conflicto y la muerte. En este caso, una *public school* congelada en sus viejas y espartanas tradiciones, y cuyo nombre es sinónimo de distinción (de ahí el título irónico de la novela); un mundo aparte, cerrado y exclusivo, con severos códigos sociales, que hierve en maledicencia, envidia y orgullo.

En este lugar rancio y odioso, que se describe con ferocidad, se ha asesinado a la esposa de un profesor, y en seguida penetramos en la vida del colegio, en sus rutinas, mezquindades y miserias. Smiley, ya retirado, que investiga vagamente sobre su Alemania del barroco, interviene para ayudar a una antigua compañera del *Intelligence Service*, una encantadora e intrépida solterona que dirige una publicación pía no demasiado interesada en actualizarse; y en el escenario del crimen tropieza con uno de esos policías a su medida, como el Mendel de *Llamada para el muerto*, el inspector Rigby, casi estafalario a fuerza de normalidad sensata y algo cazurra.

Pero no vamos a destapar las incógnitas de la narración, como de costumbre muy bien tramada, con un misterio que parece impenetrable y el recurso, siempre eficaz, de sugerir indirectamente, el tiempo que dura un breve escalofrío, un asomo de magia o de poderes sobrenaturales (la loca del pueblo, que dice haber visto un demonio cabalgando en el viento con alas de plata, todo lo cual, claro está, va a tener su explicación racional). Le Carré sabe contar bien su historia y no hace trampas en un

género tan delicado, cuyo difícil mecanismo no puede admitirlas.

Sin espías que perseguir, pero con un crimen, luego dos, que aclarar, Smiley armoniza una vez más su capacidad profesional con su intuición para comprender las conciencias torturadas; ante aquellos seres extravagantes, frustrados e inestables que forman el cuerpo docente del colegio, se adentra en la investigación como andando de puntillas, para no romper con su celo indiscreto y su curiosidad tantas vidas que el dolor y el rencor han hecho frágiles.

Manipula sus sordos dramas compasivamente, buscando la verdad con ese sentimiento del deber unido a la tristeza y a la comprensión que siempre le acompaña, y sin poder evitar recibir también alguna salpicadura que le hiere; porque su historia personal, aquel matrimonio deshecho con una especie de gran dama más o menos ninfómana, resurge por dos veces ante sí, ligando implícitamente su vida íntima a la encuesta que, como simple aficionado, ya que no tiene ningún mandato oficial, está llevando a cabo.

En principio todos parecen a un tiempo inocentes y culpables, todos tienen cosas que ocultar y arrastran un pasado en el que hay zonas oscuras, poco limpias, que podrían comprometer; desfilan tipos pintorescos y anodinos, repelentes y en apariencia casi celestiales, intrigantes y pelmazos, sin olvidar —fijación muy característica en los libros de John Le Carré— a un jefe de Policía presuntuoso e idiota.

Pero la clave del asunto está en la coacción que imponen las estrictas reglas de honorabilidad del colegio. Tal vez, por empeñarse en no aceptarlas, por mondar las manzanas de un modo incorrecto, por llevar la contraria a usos y costumbres seculares que establecen que una multitud de pequeños detalles hay que ejecutarlos diariamente como es debido, tal vez por eso se ha cometido un crimen sangriento. Luego, cuando ya se habían ido acumulando elementos que construían una silueta humana bien definida, de premio este personaje crucial da espectacularmente la vuelta y resulta todo lo contrario de lo que creíamos saber de él.

Los mismos datos, desde otro punto de vista, conducen a una realidad antitética, y el misterio se resuelve. Es el mismo truco, por así decirlo, la misma inversión óptica, que se opera en la novela anterior. Todo está en conocer el complejísimo fondo de alguien, víctima o asesino, y lo demás se da por añadidura. Para ello, más que un Sherlock Holmes que rastree las pistas y aplique inexorablemente la lógica, se necesita un investigador a lo Maigret, un George Smiley sensible y desengañado que encuentra la verdad intuyendo los secretos dolorosos de los que sufren y hacen sufrir. Porque él conoce como nadie lo que esto significa.

Carlos Pujol

Posiblemente habrá una docena de colegios de los que pueda afirmarse que Carne^[1] es su viva imagen. Pero el que busque entre sus claustros a D'Arcys, Fieldings y Hechts, buscará en vano.

John Le Carré

I. Velas negras

Es una opinión generalizada el que la grandeza y esplendor del Carne School procede de Eduardo VI, cuyo celo docente —según la historia— procede a su vez del duque de Somerset. Sin embargo, Carne se siente más inclinado hacia la respetabilidad del monarca que hacia la discutible política de su consejero. Además, no hay que olvidar que los grandes colegios, al igual que los reyes Tudor, se ordenan en el cielo.

Y ordenado en el cielo o no, la grandeza y esplendor del colegio Carne resultan poco menos que milagrosos. Fundado por unos oscuros monjes, recibió la dote de un muchacho enfermizo que era rey y fue, posteriormente, redimido del olvido por un tirano Victoriano. A sus órdenes, Carne se atiesó el cuello, compuso su cara y sus manos que sabían a rústico y con toda pompa y esplendor hizo su presentación en la corte del siglo xx. En un abrir y cerrar de ojos, el patán queda convertido en el preferido, Londres lo apadrina: Carne ha triunfado.

Porque Carne posee pergaminos en latín, distinguidos sellos en cera y un *Lammas Land*^[2] tras la abadía. Porque Carne posee, además, una hacienda en propiedad, claustros, carcoma, una plataforma donde recibir los latigazos, amén de un renglón completo en el libro de Guillermo *el Conquistador...* Así que..., ¿qué más puede exigirse de un colegio encargado de la educación de los ricos?

Y los hijos de los ricos iban llegando. A comienzos del semestre. En el andén de la estación, durante toda la tarde, los trenes descargaban siniestros racimos de muchachos vestidos de negro. Iban llegando. En grandes coches relucientes de puro negro. Al funeral del pobre rey Eduardo, haciendo rodar por la calle empedrada carritos de mano o acarreando la maleta como un pequeño ataúd. Algunos con toga, como cuervos o ángeles negros que hubiesen descendido a presidir el funeral. Otros, discretos y mudos como personal de pompas fúnebres, repiqueteaban las botas al andar. En Carne siempre se está de luto: unos —los más chicos— porque tienen que quedarse, y otros —los mayores— porque tienen que marchar; los profesores, porque el luto es respetable; y sus esposas, porque la respetabilidad nadie la paga. Ahora que el semestre de Pascua estaba a punto de terminar, la niebla pegajosa y lóbrega, más firme que nunca, ondeaba en las grises torres de Carne como un sudario.

Tristeza y frío. Frío cortante como el pedernal. Cortaba la cara de los alumnos que lentamente abandonaban el campo de juego al terminar el partido. Traspasaba los abrigos negros y convertía los tiesos y puntiagudos cuellos que se ceñían alrededor de sus gargantas en un aro de hielo. Helados, tiritando de frío, marchaban penosa y despaciosamente a lo largo de la interminable carretera amurallada que llevaba a la cantina principal y al pueblo. La fila se desgranaba gradualmente en grupos y los

grupos en parejas.

Dos muchachos, más frioleros quizá que los demás, cruzaron la carretera y prosiguieron por un estrecho sendero que llevaba a otra cantina, más lejana pero menos concurrida.

—Si he de jugar otro de esos infames partidos de rugby, me muero. Son unos animales. Un estruendo de miedo —dijo el alto, de pelo rubio y que se llamaba Caley.

—Se desgañitan sólo porque los profes les están contemplando desde la tribuna —añadió el otro—. Por eso se sientan en el mismo lugar del campo por «casas»^[3], por eso. Los de cada «casa» juntitos para que su profe pueda decir que eran «ellos» los que voceaban más.

—¿Y Rode? ¿Qué? —preguntó Caley—. ¿Por qué se viene con nosotros para hacernos gritar más y mejor? Él no tiene a su cargo ninguna «casa», ni nada. Es sólo un maestrillo.

—Y se pasa la vida haciendo la pelota a los demás profes. No hay más que verle cuchichear en los recreos con los peces gordos. Todos los profes novatos hacen lo mismo.

El compañero de Caley era un cínico muchacho pelirrojo llamado Perkins, prefecto de la «casa» que estaba a cargo de Fielding.

—Rode me invitó a tomar el té el otro día —dijo Caley.

—Rode es un perfecto desastre. Lleva las botas de color marrón. ¿Qué tal el té?

—Flojo. Es curioso cómo el té traiciona. La señora Rode puede pasar. Un ama de casa y así, pero sin clase. Cubrebandejas y pájaros de porcelana. La comida no estuvo mal. De *La buena cocinera*, eso sí, pero no mala.

—El próximo semestre, Rode pasa a encargarse de los cadetes. Se le llena la boca repitiéndolo. A la legua se le ve que no es un caballero. ¿A que no sabes a qué colegio fue?

—No.

—A una escuela secundaria de Braxome. Fielding se lo dijo el semestre pasado a mamá, cuando vino de Singapur.

—¡Dios santo! ¿Y dónde para Braxome?

—En la costa, por Bournemouth. —Perkins hizo una pausa y luego añadió—: A mí Fielding me invitó a tomar el té. Sacó además castañas asadas y crepés. Pero ¿sabes?, nunca hay que darle las gracias. Dice que dejemos las efusiones para los inferiores. Muy propio de Fielding. No se parece en nada a un profe. Me da la impresión de que los chicos le aburren. Cada semestre nos invita de cuatro en cuatro a los de su «casa», a tomar el té con él y ésa es casi la única vez que nos dirige la palabra.

Siguieron caminando otro trecho en silencio hasta que Perkins dijo:

—Hoy, Fielding da otra cena.

—Vaya, está echando la casa por la ventana —replicó Caley en un tono desaprobatorio—. Imagino que ahora la comida de vuestra «casa» será peor que nunca.

—Es que éste es su último semestre antes de que lo jubilen. Está invitando a cenar a todos los profes como despedida. Uno cada noche con su respectiva esposa. Velas negras en la mesa. En señal de duelo. La extravagancia elevada al cubo.

—Es como una especie de gesto.

—Mi páter dice que es un invertido.

Cruzaron la carretera para meterse en la cantina donde prosiguieron discutiendo los graves asuntos de Terence Fielding hasta que Perkins, con muy pocas ganas, se tuvo que marchar a una clase particular. Como tenía notas muy bajas en ciencias, necesitaba alguna clase extra en esta asignatura.

Ahora, la cena a la que Perkins había aludido por la tarde tocaba a su fin. Terence Fielding, decano de los catedráticos de Carne, se sirvió un poco más de oporto, y, fatigado, apartó un poco el garrafín a la izquierda. Era su mejor oporto. Le quedaba bastante aún para llegar hasta finales de curso. Luego, todo daría igual. Se sentía fatigado —había presenciado todo el partido—, algo bebido y la compañía de Shane Hecht y su marido le aburría. Desde luego Shane era repulsiva: maciza, absorbente como una valquiria marchita. ¡No le faltaba más que aquella cabellera negra! Mejor hubiera sido invitar a otros. A los Snow, por ejemplo. No, él era demasiado inteligente. A Félix D’Arcy. Pero tampoco, porque Félix D’Arcy tenía la manía de interrumpir siempre. Al fin y al cabo, ya no tenía remedio. Un poco más tarde, haría que Charles cogiera un buen berrinche para que se marchara pronto.

Hecht se removió inquieto en su asiento. Quería encender la pipa, pero Fielding se lo impedía diabólicamente. Simplemente porque no le parecía bien. Si Hecht quería fumar, no tenía más que encender un puro. La pipa podía quedarse muy bien donde estaba, metidita en el bolsillo del smoking. Aquel perfil atlético para nada necesitaba una pipa.

—¿Un puro, Hecht?

—No, gracias, Fielding. Pero mire, si no le importa...

—Me permito recomendarle los puros. Me los envió el joven Havelake de La Habana. Ya sabe que su padre es el embajador.

—Pues claro —dijo Shane con cierta condescendencia—. Vivian Havelake estaba en el destacamento de Charles cuando Charles era comandante de cadetes.

—Buen chico ese Havelake —observó Hecht, apretando los labios para valorar lo estricto de su juicio.

—Resulta divertido ver cómo cambian las cosas —dijo Shane Hecht con viveza y con la sonrisa maquinal del que no lo encuentra nada divertido—. ¡Y pensar que

ahora vivimos en un mundo tan gris! ¡Me acuerdo tan bien de cómo era todo antes de la guerra! De cuando Charles pasaba revista a los cadetes montando en un caballo blanco. Ahora esas cosas ya no se estilan, ¿verdad? No es que tenga nada contra Iredale como comandante, no. Nada de eso. ¿En qué regimiento estaba antes? ¿Lo recuerda usted, Terence? Ah, estoy segura de que haga lo que haga ahora en el regimiento, lo hará como nadie. Se lleva divinamente con los muchachos, ¿no? Y su mujer es tan simpática... Lo que no puedo explicarme es por qué razón no les dura nada el servicio y tienen que cambiar cada dos por tres de criada. Por cierto, he oído decir que Rode se encargará de los cadetes el curso próximo.

—¡Pobre Rode! —dijo Fielding con estudiada lentitud—. Siempre corriendo de un lado para otro como el perrillo que trata con sus gracias de ganarse una galleta. ¡Y que se lo toma a pecho! ¿Han visto cómo aullaba en el partido? Antes de venirse aquí nunca había visto un partido de rugby, el pobre, en las escuelas secundarias no se juega al rugby, sólo al fútbol. ¿Lo recuerda, Charles, recién llegado aquí? ¡Algo fascinante! Al principio no abría la boca. Se lo comía todo y a todos tan sólo con los ojos: deporte, vocabulario, modales. Hasta que un día, como si hubiese recobrado de pronto la facultad de la palabra, se lanzó a hablar en nuestro lenguaje. Asombroso. Como si le hubieran hecho la cirugía estética. Obra de Félix D'Arcy, claro. En mi vida he visto cosa igual.

—Y la señora Rode —dijo Shane Hecht en aquel tono vago, impersonal, que reservaba para sus más venenosas sentencias—, tan simpática... y de gustos tan sencillos..., ¿no? Por ejemplo, ¿a quién se le hubiera ocurrido colocar esa fila de patos de porcelana en la pared? Los grandes en primer término y los pequeños detrás. ¡Qué encanto! ¿No? Como si fuera un salón de té. Me gustaría saber dónde los compró. He de preguntárselo. Me han dicho que su padre vive en Bournemouth. ¡Qué solo debe de sentirse! ¿No? En un lugar tan vulgar, sin poder hablar con nadie...

Fielding volvió a sentarse y recorrió la mesa con la vista. Los cubiertos de plata, impecables, los mejores de todo. Carne sabía que decían y él no podía dejar de confirmarlo. Este semestre, como único adorno, velas negras. Uno de esos detalles que la gente recuerda cuando uno ya no está.

—¡Ah, el viejo Terence sí que era un maravilloso anfitrión! Antes de que lo jubilaran, y como despedida, invitó a cenar a todos sus colegas. Con sus esposas. Velas negras en la mesa, algo conmovedor. Se le partía el corazón al tener que dejar la «casa» que fue suya durante tantos años.

Pero ahora tenía que meterse con algo que incomodara profundamente a Charles Hecht. A Shane le gustaría, sin duda, porque aquel enorme cuerpo suyo, enorme y horrible, alimentaba una solapada culebra que odiaba a Charles.

Fielding miró a Hecht, luego a su mujer. Ella le devolvió la sonrisa, la lenta y corrupta sonrisa de una puta. Por la mente de Fielding cruzó la imagen de Hecht

paciento en aquel grueso cuerpo: una escena a lo Lautrec... Sí, eso es. El pomposo Charles con la chistera puesta, sentado rígidamente sobre el cubrecama de felpa. Ella, maciza, oscilante y aburrida. Se complació en la imagen: era algo deliciosamente perverso retrotraer al bobalicón de Hecht desde la espartana pureza de Carne a los burdeles del París del XIX...

Fielding se puso a hablar, o mejor a pontificar con aquel aire de amistosa y condescendiente objetividad que tan ofensivo le resultaba a Hecht.

—Cuando vuelvo la mirada atrás y pienso en los últimos treinta años que he pasado en Carne me convengo de que he conseguido menos en esta vida que un barrendero de la calle. —El matrimonio tenía los ojos fijos en él—. Antes me consideraba superior a un barrendero, pero ahora tengo mis dudas. Ve algo sucio, lo limpia y el progreso del mundo sigue adelante. Pero yo..., ¿qué es lo que he hecho yo? Atrincherarme tras las posiciones de una clase dirigente que no se distingue ni por su talento, ni por su cultura, ni por su ingenio. Mantener vivos a lo largo de otra generación los privilegios de una época ya acabada.

En el otro extremo de la mesa Charles Hecht, que jamás había logrado dominar el arte de no escuchar a Fielding, enrojeció y dio muestras de agitación.

—¿Acaso no les enseñamos nada, Fielding? ¿Es que se olvida de los premios y becas que hemos conseguido?

—Yo en toda mi vida no he enseñado nada a uno siquiera de mis alumnos. Charles. Casi siempre porque el muchacho no era lo bastante inteligente, pero en otras ocasiones porque no lo era yo. Comprenda que, en la mayoría de muchachos, la percepción muere con la pubertad. Es cierto que en unos pocos persiste, pero nosotros, en cuanto la descubrimos, nos apresuramos a matarla. Y si a pesar de nuestros esfuerzos sobrevive, el muchacho se hace con un premio o una beca... Shane, sea paciente conmigo que éste es mi último semestre.

—Ya sea su último semestre o no, está hablando por hablar, Fielding —dijo Hecht, enojado.

—Es tradicional en Carne: esos éxitos a que se ha referido son en realidad fracasos, los raros alumnos que no aprendieron la lección de Carne. Los que han ignorado el culto a la mediocridad. Nada podemos hacer por ellos. Pero para los otros, desorientados cleriguillos y soldaditos fanáticos, para ellos, la verdad de Carne está escrita en sus muros con letras de fuego y nos odian.

Hecht hizo un esfuerzo por reír.

—¿Por qué, si tanto nos odian, tantos de ellos vuelven a vernos? ¿Por qué se acuerdan de nosotros y vienen a visitarnos?

—Porque somos nosotros, querido Charles, somos nosotros las inscripciones en letra de fuego. La única lección de Carne que no olvidan jamás: vuelven para aprendernos, ¿no se da cuenta? De nosotros fue de quienes aprendieron el secreto de la vida:

hacerse viejo sin hacerse mejor. Se dieron cuenta de que aquí no ocurría nada, de que envejecíamos sin la impronta de la cegadora luz que sorprendió a san Pablo camino de Damasco, sin ninguna sensación de madurez.

Fielding echó la cabeza hacia atrás y contempló la insulsa moldura victoriana del techo y el sucio halo de la luz rosácea.

—No hemos hecho nada más que envejecer un poco, seguir contando los mismos chistes, pensar en las mismas cosas, suspirar por lo mismo. Año tras año, Hecht, seguimos igual, invariables, ni más listos ni mejores. Entre todos, en los últimos cincuenta años de nuestras vidas, no tuvimos ni un solo pensamiento original. Han descubierto el truco, el de Carne y el nuestro. Lo que había detrás de nuestros disfraces académicos, de nuestros chistes de aula, de nuestros modestos ofrecimientos de ser los consejeros de sus vidas. Y es por esa razón por lo que siguen viniendo aquí, año tras año de sus desorientadas vidas estériles, a contemplarnos fascinados, a usted y a mí, Hecht, como niños ante una tumba, con la esperanza de descubrir el secreto de la vida y la muerte. Oh, sí. Por lo menos eso sí lo aprendieron de nosotros.

Hecht se le quedó mirando un momento en silencio.

—¿El garrafín, Hecht? —dijo Fielding, con un tono algo conciliador. Pero los ojos de Hecht seguían fijos en él.

—Si es una broma... —empezó a decir. Su mujer le contemplaba con íntima satisfacción calibrando lo mucho que había sido capaz de encolerizarse.

—Me gustaría saberlo. Charles —replicó Fielding con aparente seriedad—. De veras que me gustaría saberlo. En otro tiempo creía que era un signo de inteligencia confundir comedia y tragedia. Pero lo que es ahora me gustaría saber distinguir entre ambas. —Esta frase le pareció muy buena.

Pasaron a tomar café al salón y Fielding empezó a contar chismes. Pero Hecht rehuyó la tentación. Fielding se arrepentía un poco de no haberle permitido por lo menos encender la pipa. Pero volvió a imaginar a los Hecht en París y ello le reconfortó.

Sí, esta noche había estado francamente bien. Había momentos en que hasta lograba convencerse a sí mismo.

Mientras Shane iba a por el abrigo, los dos hombres aguardaron solos en el recibidor sin decir palabra. Shane volvió con una estola de armiño, amarilla de tan vieja, alrededor de sus enormes hombros blancos. Ladeó un poco la cabeza, sonrió y tendió la mano a Fielding con los dedos un poco doblados.

—Terence, querido —dijo mientras Fielding besaba sus gruesos nudillos—. ¡Qué amable ha sido! Y pensar que es su último semestre. Antes de que se vaya, tiene que venir a cenar un día con nosotros. Qué pena. Quedamos tan pocos ya.

Volvió a sonreír entornando los ojos, confundida por la emoción. Luego salió a la calle detrás de su esposo. El frío seguía siendo intenso y el aire auguraba nieve.

Fielding cerró la puerta, pasó el cerrojo tras ellos, quizás una décima de segundo antes de lo que la cortesía requería y volvió al comedor. Hecht había dejado la copa de oporto a medias. Fielding la cogió y con sumo cuidado vertió el contenido en el garrafín. Le fastidiaba pensar que quizás Hecht estuviera demasiado enojado con él: la idea de no caer bien a alguien le resultaba insoportable. Apagó las velas negras de un soplo y humedeció la mecha con el pulgar y el índice. Encendió la luz, sacó del aparador un pequeño cuadernillo y lo abrió. Contenía la lista de las personas que tenía que invitar a cenar como despedida. Con un grueso trazo de su estilográfica, tachó el nombre de los Hecht. Ya había cumplido. El miércoles, los Rode. El marido valía la pena, pero lo que era ella... peor que un infierno... No era eso lo que ocurría siempre con los casados, no; por lo general las esposas solían ser más simpáticas.

Abrió el aparador, sacó una botella de coñac y un vaso. Cogiéndolos con una mano y apoyándose con la otra en la pared, se dirigió al salón arrastrando los pies, hastiado. ¡Señor! ¡Qué viejo se sintió de pronto! Ese dolor agudo en el pecho, esa enorme pesadez en las piernas y los pies. ¡Qué esfuerzo suponía estar siempre con gente, siempre en escena! Detestaba la soledad, pero la gente le aburría. Estar solo era sentirse cansado y no poder dormir. Cierta poeta alemán dijo una vez: «Tú puedes dormir cuando quieras, pero a mí me toca bailar», y él en cierta ocasión lo había citado. Sí, era algo así.

«Así soy yo —pensó Fielding—. Así es Carne: un viejo sátiro que baila al son que tocan».

La música era cada vez más rápida y los cuerpos cada vez más viejos, pero tenían que seguir bailando: había esos jóvenes que aguardaban entre bastidores. Antaño le había resultado hasta divertido bailar los viejos bailes en un mundo nuevo. Se sirvió otro poco de coñac. En cierto modo, no le apenaba despedirse de todo aquello, aunque no tuviera más remedio que ir a enseñar a otro lugar.

Innegablemente, Carne era hermoso... El claustro de la abadía en primavera..., las siluetas de los muchachos, como flamencos en adoración..., el flujo y reflujo de los niños al compás de las estaciones del año mientras los viejos morían entre ellos. Le hubiera gustado ser pintor para representar el espectáculo de Carne con aquellos tonos ocres del barbecho en otoño... «Lástima —pensó Fielding—. Lástima que con una mente tan sensible a la belleza como la mía, no tenga talento creador».

Miró el reloj: las doce menos cuarto. Casi la hora de salir... a bailar en vez de irse a dormir.

II. La corazonada del jueves

Aquel jueves por la tarde *La Voz Cristiana* acababa de entrar en prensa, claro que en Fleet Street esto no constituía precisamente un acontecimiento histórico. El botones —en pleno acné juvenil— que se llevaba el montón de manoseadas pruebas lo hacía sin otra ceremonia que la estrictamente exigida por la perspectiva del aguinaldo de Navidad, aun sabiendo por experiencia que los diarios seculares de la «Unipress» repartían las gratificaciones con más desprendimiento que *La Voz Cristiana*, pues la caridad está estrechamente relacionada con la tirada.

La señorita Brimley, redactora-jefe, se acomodó mejor sobre su almohadón neumático y encendió un cigarrillo. Su secretaria y redactora adjunta —el cargo comportaba ambas responsabilidades— bostezó, metió el tubo de aspirinas en el bolso, pasó el peine por su pelo rojizo y dio las buenas noches a la señorita Brimley, dejando como siempre, tras ella, un fuerte olor a polvos perfumados y una caja vacía de *Kleenex*. La señorita Brimley se quedó escuchando con satisfacción el eco del repiqueteo de sus pasos que se alejaban por el corredor. Le solazaba sentirse al fin sola, saboreando el contraste de aquella calma, sin dejar de preguntarse por qué todos los jueves por la mañana sentía la misma opresión al entrar en el vasto edificio de la «Unipress», por qué se quedaba de pie de aquel modo un tanto absurdo, al pasar de una escalera mecánica a otra, como un paquete mal hecho en un crucero de lujo. Sabe Dios que estaba al frente de *La Voz*, desde hacía catorce años y que había quien decía que su cometido era lo mejor de toda la «Unipress». Sin embargo, todos los jueves tenía aquella sensación, angustiosa y lacerante, de que un día, quizás ese mismo, no lo tendría todo a punto cuando el botones de mensajerías llegara. Muchas veces se preguntaba qué ocurriría entonces. Había oído hablar de toda clase de fiascos ocurridos en aquel vasto consorcio, de artículos duramente criticados, de empleados que habían merecido grandes broncas. Era todavía un misterio para ella la razón por la que *La Voz* se seguía editando en aquel lujoso local del séptimo piso con una tirada que, si la señorita Brimley no se engañaba, apenas cubría los gastos del material de escritorio.

La Voz había sido fundada a principios de siglo por el viejo Lord Landsbury, junto con un periódico no conformista y la *Gaceta de Templanza*. Pero la *Gaceta* y el periódico hacía tiempo que habían desaparecido, y el hijo de Landsbury, al despertar una mañana, se dio cuenta de que todo su negocio, incluyendo empleados, muebles, tinta, clips y galeradas, había pasado a pertenecer al oro oculto de la «Unipress».

Durante los tres años siguientes, ella había estado esperando de un momento a otro que le llegara el cese. Pero éste no llegaba, ni tampoco directivos, ni preguntas, ni instrucciones. Y como era una mujer sensata, siguió comportándose exactamente igual que antes y poco a poco dejó de hacerse preguntas.

Estaba satisfecha. Resultaba fácil no tomarse *La Voz* en serio. Todas las semanas, con humildad y sin ninguna ostentación, ofrecía una prueba de la intervención divina en los asuntos del mundo, repetía en términos sencillos y no demasiado científicos la historia de los primitivos judíos y prodigaba además, bajo seudónimo, maternales consejos a todo aquel que escribía pidiéndolos. *La Voz* se preocupaba poco de esos cincuenta y tantos millones de seres que jamás habían oído hablar de ella. Era como cosa de familia y por lo tanto antes que meterse con los que no estaban suscritos, prefería hacer todo lo posible por los que lo estaban. Para éstos. *La Voz* era comprensiva, optimista e instructiva. Si un millón de niños había muerto víctima de la peste en la India, sin ninguna duda, el artículo de fondo de aquella semana trataba del modo milagroso como una familia metodista de Kent había logrado escapar de un incendio. *La Voz* no daba consejos sobre cómo disimular las patas de gallo o sobre cómo reducir grasas, ni desalentaba a los viejos con el espectáculo de una eterna juventud. *La Voz*, a su vez, era de edad madura, clase media, aconsejaba prudencia a las jóvenes y caridad a todos. El no conformismo es la más conservadora de las costumbres y las familias que se suscribieron a *La Voz*, en 1903, continuaban recibéndola en 1960.

La señorita Brimley no estaba hecha a imagen y semejanza de *La Voz*. Los caprichosos avatares de la guerra y del servicio de espionaje hicieron que fuera compañera del joven Lord Landsbury, con el que había trabajado durante seis años, demostrando gran eficiencia y pasando casi inadvertida en un edificio anónimo de Knightsbridge. Los avatares de la paz les dejaron a los dos sin empleo, aunque Landsbury tuvo el buen sentido, así como la generosidad, de ofrecer un puesto a la señorita Brimley. Durante la guerra. *La Voz* había dejado de publicarse y parecía no tener ninguna prisa en reanudar su aparición. Al principio, la señorita Brimley se sintió un poco avergonzada por supervisar y publicar un periódico que no expresaba en modo alguno sus vagas creencias, pero bastante pronto, tan pronto como empezaron a llegar cartas conmovedoras y la circulación volvió a sus cauces normales, se encariñó con su trabajo —y con sus lectores— que le compensaron de sus primitivos celos. *La Voz* se convirtió en la razón de su existencia y sus lectores en su preocupación fundamental. Se esforzaba denodadamente en contestar con acierto a sus atribuladas preguntas, pedía que otros le aconsejaran cuando no se veía capaz de hacerlo por sí misma y con el tiempo, firmando con un montón de seudónimos, se convirtió si no en su filósofo sí en su consejera, amiga y paño de lágrimas universal.

La señorita Brimley apagó el cigarrillo, colocó distraídamente los alfileres, clips, tijeras y el frasco de cola en el primer cajón de la derecha de su mesa y recogió de la cubeta el correo de la tarde que, por ser jueves, todavía no había leído. Había varias cartas dirigidas a Bárbara Fellowship, seudónimo con el que *La Voz* respondía, desde

su fundación, tanto en privado como a través de las columnas del diario, a las numerosas preguntas de sus corresponsales. «Pueden esperar muy bien hasta mañana», pensó. Aunque disfrutaba leyendo el «Correo de problemas», no lo leía nunca hasta el viernes por la mañana. Abrió el pequeño fichero que tenía al alcance de la mano y echó las cartas en el compartimiento delantero. Al hacerlo, una de las cartas cayó boca abajo y la señorita Brimley advirtió con sorpresa que la solapa del sobre estaba realzada por un sello con un elegante delfín azul en relieve. Cogió el sobre y lo examinó con curiosidad, dándole la vuelta varias veces. Era de un papel gris claro, con rayas casi imperceptibles. Lujoso y caro, quizás incluso estaba hecho a mano. Bajo el delfín, había un diminuto pergamino donde pudo leer: *Regem defendere diem videre*. Había sido estampillada en Carne, Dorset. Aquél debía de ser el lema de la escuela. Pero ¿por qué le resultaba familiar el nombre de Carne? La señorita Brimley alardeaba de una memoria excelente, y si casualmente alguna vez le fallaba, se sentía profundamente vejada. Abrió el sobre con su cortapapeles de marfil amarillento y leyó la carta.

Querida señorita Fellowship:

No sé si es usted una persona real o no, pero no importa porque siempre da respuestas comprensivas y sensatas. Yo soy la misma que el pasado junio le escribí sobre la receta de pastelería. No estoy loca y sé que mi marido trata de matarme. ¿Tendría la bondad de recibirme tan pronto como le sea posible? Estoy convencida de que me creerá usted y de que se dará cuenta de que soy una persona normal. Pero por favor, recíbame tan pronto como pueda. ¡Temo tanto esas largas noches! No tengo a nadie más a quien recurrir. Quizá podría intentar hablar con el reverendo Cardew en el templo, pero no me creería y en cuanto a papá es demasiado sensato. Puede que en el momento en que usted lea esta carta ya esté muerta. Hay algo de anormal en mi marido; por la noche, cuando me cree dormida, se queda echado alerta en la oscuridad, vigilando. Ya sé que es reprochable tener pensamientos tan horribles y el corazón lleno de miedo, pero no puedo evitarlo.

Espero que no reciba muchas cartas como ésta.

Afectuosamente,

Stella Rode (*Glaston de soltera*).

Se quedó un momento sentada en su mesa, inmóvil, contemplando la dirección grabada lujosamente en la parte superior del papel con un hermoso azul: «North Fields, Carne School, Dorset». En aquel instante de estupor y asombro, una frase le vino a la cabeza: «El valor de un informe depende de su cuna». Ésa era la frase favorita de John Landsbury. Hasta que no se conoce su fuente de origen, no se puede

valorar un informe. Sí, eso era lo que repetía siempre: «No somos democráticos; cerraremos la puerta a todo informe sin genealogía». Y ella respondía siempre: «Sí, John, pero hasta las mejores familias han tenido que empezar en alguna parte».

Pero Stella Rode *tenía* genealogía. Ahora lo recordaba. Era la hija de Glaston. Aquella cuya boda vino detallada en el artículo de fondo. La que ganó el Concurso de Verano, la hija de Samuel Glaston de Branxome. Tenía ficha en el archivo. La señorita Brimley se levantó de pronto con la carta en la mano y se dirigió a la ventana sin cortinas. Frente a ella había un macetero de estilo contemporáneo de tela metálica blanca. «Resulta raro —pensó— que no haya conseguido hacer crecer nunca nada en esta ventana». Miró a la calle: frágil silueta apenas asomada, enmarcada por la niebla exterior incandescente; niebla convertida en una capa amarilla por la furtiva luz de las calles de Londres. Apenas podía distinguir los faroles de la calle, pálidos y empañados. Sintió una brusca e imperiosa necesidad de aire y dejándose llevar por un impulso ajeno a su acostumbrada calma abrió la ventana de par en par. El frío lacerante y la onda de ruidos amenazadores la avasallaron y, poco después, la niebla insidiosa. El barullo incesante de la circulación le pareció por un momento efecto de una enorme máquina. Luego, destacando del estruendo regular, pudo distinguir las voces de los vendedores de periódicos. Sus gritos eran como los chillidos de las gaviotas al aproximarse la tempestad. Ahora distinguía a los centinelas entre las sombras apresuradas.

Tal vez fuera cierto. Ahí estaba siempre el problema. Durante toda la guerra, siempre la misma incansable pregunta. Tal vez fuera cierto. No servía de nada hablar de la verosimilitud de un informe, si no había una base de la que partir. Recordó el primer informe de espionaje recibido de Francia, sobre bombas teledirigidas, rumores de pistas de aterrizaje en lo más profundo de un bosque. Era absolutamente necesario resistir a la tentación de dramatizar las cosas. Había que resistir firmemente para no hacerlo. Y sin embargo, tal vez fuese cierto. Mañana o pasado mañana, los vendedores de periódicos podían anunciar a gritos allá abajo en la calle que Stella Rode, Glaston de soltera, estaba muerta. Y en ese caso, si existía la más remota posibilidad de que aquel hombre estuviera preparando el asesinato de aquella mujer, entonces ella, Ailsa Brimley, tenía que hacer lo imposible para impedirlo. Además, Stella Glaston tenía más derecho a ser socorrida que cualquier otra persona: su padre y su abuelo habían estado suscritos a *La Voz* y al casarse Stella, cinco años atrás, la señorita Brimley le había dedicado unas líneas en el artículo de fondo. Los Glaston le enviaban cada año por Navidad una felicitación. Fue una de las primeras familias en suscribirse...

Hacía frío en la ventana, pero permanecía allí inmóvil, fascinada por las sombras medio escondidas que se mezclaban y se separaban allá abajo y también por los faroles inútiles que a duras penas las iluminaban. Empezó a imaginárselo allí, como

una de esas sombras que se apretujaban unas contra otras, con sus ojos de asesino convertidos en dos negros agujeros. De pronto, sintió miedo y necesidad de que alguien la ayudase.

Pero no la Policía, todavía no. Si Stella Rode hubiese querido recurrir a la Policía, ya lo habría hecho. ¿Y por qué no lo había hecho? ¿Por amor? ¿Por miedo a hacer el ridículo? ¿Porque la intuición no es ninguna prueba? La Policía siempre exigía hechos y en el asesinato, el hecho es la misma muerte. ¿Había que esperar que ocurriera?

¿Quién podría ayudarla? Inmediatamente pensó en Landsbury, pero éste por entonces estaba en Rhodesia, en una hacienda. ¿Quién más había estado con ellos durante la guerra? Fielding y Jebedee habían muerto; Steed Asprey, desaparecido. Y Smiley, ¿dónde estaría en ese momento? Sí, George Smiley, el más inteligente y quizás el más extraño de todos ellos. Claro, la señorita Brimley se acordaba ahora, se casó —un matrimonio inverosímil— y luego había vuelto a Oxford para dedicarse a la investigación. Pero no se había quedado allí... El matrimonio se había disuelto... ¿Qué había hecho él después?

Volvió a su despacho y tomó el listín telefónico de la letra S. Diez minutos después, sentada en un taxi, se dirigía a Sloane Square. En su mano, cuidadosamente enguantada, sostenía una carpeta de cartón que contenía la ficha de Stella Rode, sacada del archivo, y la correspondencia que habían sostenido con ocasión del Concurso de Verano. Estaba ya casi en Piccadilly, cuando se acordó de que había dejado abierta la ventana del despacho... No tenía importancia.

—Para algunos, son los gatos persas o el golf. Para mí es *La Voz* y mis lectores. Me doy cuenta de que no soy más que una ridícula solterona, pero no lo puedo remediar. No quiero ir a la Policía sin haber intentado algo por mí misma, George.

—¿Y has pensado en mí?

—Sí.

Se encontraba en el despacho de George Smiley, en su domicilio de Bywater Street; la única luz provenía de una complicada lámpara que había sobre la mesa, una especie de araña negra que daba una luz intensa a las notas manuscritas diseminadas sobre la mesa.

—¿Así, has dejado el Servicio? —dijo ella.

—Sí, sí, desde luego. —Asintió vigorosamente con la redonda cabeza como para convencerse de que aquella desagradable experiencia había terminado. Preparó para la señorita Brimley un whisky con soda—. Después pasé otra temporada en... Oxford. Todo cambia mucho en tiempo de paz, ¿sabes? —prosiguió diciendo.

La señorita Brimley asintió con la cabeza.

—Ya me lo imagino.

Smiley no contestó; se limitó a encender un cigarrillo y se sentó enfrente de ella.

—Y ni siquiera la gente es ya la misma. Fielding, Steed, Jebedee. No queda ninguno. —Lo dijo al desgaire, mientras sacaba de su enorme bolso la carta de Stella Rode—. Ésta es la carta, George.

Después de haberla leído, la acercó un momento a la lámpara que iluminó en su redondo rostro una expresión de seriedad casi cómica. Mientras lo observaba, la señorita Brimley se preguntaba qué impresión producía aquel hombre al verlo por primera vez. Ella lo tenía por el hombre más fácil de olvidar que había conocido. A simple vista —bajo y regordete, con gruesas gafas y pelo finísimo— era el prototipo del soltero de edad mediana, fracasado y dedicado a cualquier ocupación sedentaria. Su timidez natural para con las cosas prácticas se reflejaba en su modo de vestir, lujoso y poco apropiado, ya que el pobre era como arcilla en las manos de su sastre, que le robaba sin compasión.

Dejó la carta sobre una mesita de marquetería y se quedó mirándola como un búho.

—¿Y la otra carta, Brim? ¿Dónde está?

Ella le tendió la carpeta. La abrió y al cabo de un instante leyó la primera carta de Stella Rode en voz alta.

Querida señorita Fellowship:

Me gustaría hacerle la siguiente sugerencia para el concurso «Consejos de Cocina».

Prepárese la masa para el pastel, una vez al mes. Mézclese mantequilla y azúcar en partes iguales y añádase un huevo por cada seis onzas de masa. Para *puddings* y pasteles, añádase la cantidad de harina que la masa base requiera.

Se conservará en perfectas condiciones durante un mes.

Le incluyo un sobre con mi dirección y sello.

Sinceramente,

Stella Rode (*Glaston de soltera*)

P. D. - Por cierto, puede impedirse que los estropajos metálicos se oxiden dejándolos en un recipiente de agua jabonosa. ¿Se admiten dos sugerencias? En caso afirmativo, sírvase considerar ésta como la segunda.

—Ganó el Concurso —observó la señorita Brimley—. Pero no es ésa la cuestión. Lo que quiero decirte, George, es que es una Glaston y los Glaston han venido leyendo *La Voz* desde su aparición. El abuelo de Stella era el viejo Rufus Glaston. Un magnate de la alfarería en el Lancashire; el padre de John Landsbury y él

construyeron capillas y tabernáculos prácticamente en casi todos los pueblos de los Midlands. Cuando murió Rufus, *La Voz* publicó un número dedicado a su memoria y fue el viejo Landsbury en persona quien escribió el artículo necrológico. Samuel Glaston continuó el negocio de su padre, pero por razones de salud tuvo que trasladarse al Sur. Acabó fijando su residencia en Bournemouth, viudo y con una sola hija, Stella. De toda la familia no queda más que ella. Han sido todos gente que han pisado tierra firme, Stella incluida, creo. Me parece muy poco probable que alguno de ellos sufra de manía persecutoria.

Smiley la observaba estupefacto.

—Pero querida Brim, no puedo creerlo. ¿Cómo diablos has podido enterarte de todo eso?

La señorita Brimley sonrió como disculpándose.

—Tratándose de los Glaston, es fácil: forman casi parte de nuestra revista. Nos envían felicitaciones de Navidad, cajas de bombones en el aniversario de la fundación de nuestra revista. Contamos con unas quinientas familias que forman lo que yo llamo nuestros «patrones» y que han estado suscritas a *La Voz* desde su aparición. Mantenemos correspondencia con ellos, George, si tienen un problema nos escriben y nos lo cuentan; si se van a casar, mudar de casa, a jubilarse, si se sienten deprimidos o airados, nos escriben. No con frecuencia, bien lo sabe Dios, pero aun así.

—¿Y cómo te acuerdas de todo?

—No, no es que me acuerde. Tengo un fichero. Yo siempre contesto, comprendes, sólo que...

—¿Sí?

La señorita Brimley le miró seriamente.

—Es la primera vez que alguien escribe porque tiene miedo.

—¿Qué esperas de mí?

—Sólo se me ha ocurrido una idea hasta ahora. Creo recordar que Adrian Fielding tenía un hermano que era profesor de Carne...

—Tiene a su cargo una «casa» si es que no lo han jubilado ya.

—No, lo jubilan este año. Lo leí hace unas semanas en el *Times*, en los ecos de sociedad, donde Carne figura siempre. Decía: «La primera reunión del colegio de Carne tendrá lugar hoy. El señor T. R. Fielding se jubilará al acabar este curso, después de haber cumplido los quince años reglamentarios al frente de su “casa”».

Smiley se echó a reír.

—Vamos, Brim, tienes una memoria absurda.

—Fue al mencionar a Fielding... De todos modos, pensé que podrías llamarle por teléfono. Seguro que le conoces.

—Sí, claro que le conozco. Por lo menos una vez cené con él en el Magdalen High College. Pero...

Smiley se ruborizó un poco.

—¿Pero qué, George?

—Bueno, no se parece en nada a su hermano, ¿sabes?

—¿Y por qué iba a parecerse? —replicó la señorita Brimley con viveza—. Pero podrá decimos algo de Stella Rode. Y de su marido.

—No creo que sea conveniente hacerlo por teléfono. Me parece que será mejor que vaya a verle. ¿Pero por qué no llamas tú misma a Stella Rode?

—Ahora por la noche es un poco difícil, ¿no? Su marido estará en casa. Pensé mandarle una carta esta noche para decirle que puede venir a verme cuando quiera. Pero —continuó con un pequeño gesto de impaciencia con el pie— querría hacer algo precisamente *ahora*, George.

Smiley asintió con la cabeza y cogió el teléfono. Llamó a información y pidió el número de teléfono de Terence Fielding. Tras una larga espera, le dijeron que llamara directamente a la central de Carne School y que allí le pondrían con la persona que deseaba.

La señorita Brimley le observaba, pensando que le gustaría averiguar algo más de George Smiley; averiguar hasta qué punto su timidez era afectada, hasta qué punto vulnerable.

—Es el mejor de todos nosotros —había dicho de él Adrian—. El más fuerte y el mejor.

Pero tantos hombres habían aprendido a ser fuertes durante la guerra, aprendido hasta dónde puede llegar el horror, para apresurarse a olvidarlo todo, con un involuntario estremecimiento, en cuanto terminó.

Sonó el timbre del teléfono. Se quedó escuchando la señal y por un instante le dominó la aprensión: por primera vez en su vida tuvo miedo de hacer el ridículo, de verse envuelto en inverosímiles explicaciones con gente incomprensiva y recelosa.

—El señor Terence Fielding, por favor...

Hubo una pausa.

—¿Fielding? Buenas noches. Me llamo George Smiley y conocí a su hermano durante la guerra. La verdad es que usted y yo nos conocimos también... Sí, sí, exacto. En el Magdalen. ¿No fue hace dos veranos? Escúcheme, querría preguntarle si le molestaría que le hiciera una visita para tratar de un asunto personal... Resulta algo difícil de explicar por teléfono. Una amiga mía acaba de recibir una carta un tanto inquietante de la mujer de un profesor de Carne... Pues bien, yo... Rode, Stella Rode. Su marido...

De repente se quedó cortado y la señorita Brimley, que no apartaba sus ojos de él, vio alarmada cómo la cara redonda se deformaba en una expresión de dolor y contrariedad. No podía seguir oyendo lo que decían. No podía hacer otra cosa más que contemplar la atroz transformación de aquella cara, la crispación de la mano que,

lívida, agarraba el auricular. Luego él la miró. Le dijo algo... Que era demasiado tarde. Stella Rode estaba muerta. Había sido asesinada la noche del miércoles. Y además daba la casualidad de que la noche del crimen había estado cenando en casa de Fielding.

III. La noche del crimen

El tren que sale de Waterloo a las siete y cinco para Yeovil no va nunca lleno, a pesar de que en él sirven un excelente desayuno. Smiley no tuvo dificultad alguna en conseguir un compartimiento de primera clase para él solo. Hacía un frío intenso; el día era sombrío y el cielo venía cargado de nieve. Se sentó. Iba envuelto en un grueso traje de viaje de procedencia extranjera y sostenía en las manos enguantadas un montón de periódicos. Como era un hombre puntual y detestaba andar con prisas, había llegado media hora antes de la salida del tren. Todavía fatigado por las emociones de la noche anterior, que pasó discutiendo con Ailsa Brimley hasta sabe Dios qué hora, no se sentía con demasiadas ganas de leer. Por la ventanilla, contemplando la estación casi vacía, vio aparecer con gran sorpresa a la señorita Brimley en persona, que se acercaba por el andén con una bolsa de viaje en la mano inspeccionando el interior de las ventanillas. Bajó el cristal y la llamó:

—Pero querida Brim, ¿qué estás haciendo aquí a esta hora? Deberías estar en la cama.

Ella tomó asiento frente a él, empezó a vaciar la bolsa, y a darle lo que contenía, a saber: un termo, varios bocadillos y chocolate.

—No sabía con seguridad si el tren llevaba vagón restaurante o no —se excusó—. Y además, quería venir a despedirte. Eres estupendo, George, y no sabes cuánto me gustaría acompañarte, pero la «Unipress» me mataría. Sólo se dan cuenta de mi existencia cuando falto.

—¿Has leído los periódicos? —le preguntó él.

—Muy por encima, mientras venía. Parece que corre el rumor de que el culpable no es él sino un loco...

—Ya lo sé, Brim. Fue precisamente eso lo que dijo Fielding, ¿verdad?

Hubo un momento de embarazoso silencio.

—George, creo que soy una estúpida dejándote marchar así. Ayer por la noche estaba convencida, pero ahora me gustaría saber si...

—Una vez que te marchaste, llamé por teléfono a Ben Sparrow de los Servicios Especiales. Te acuerdas de él, ¿no? Estuvo con nosotros durante la guerra. Se lo conté todo.

—¡George! ¿A las tres de la madrugada?

—Sí. Llamará al comisario de Carne. Le hablará de la carta y le dirá que voy en persona. Ben se imagina que será un hombre llamado Rigby quien se encargue del caso. Rigby y Ben estuvieron juntos en la escuela de Policía. —La miró afectuosamente y añadió—: Además ahora no tengo mucho que hacer, Brim. Me gusta cambiar de aires.

—¡Que Dios te bendiga, George! —dijo la señorita Brimley, lo suficientemente

mujer como para creerle. Se levantó y Smiley le dijo:

—Brim, si necesitas más ayuda o cualquier otra cosa y no consigues ponerte en contacto conmigo, recurre a un hombre llamado Mendel que vive en Mitcham. Es inspector de Policía retirado y lo encontrarás en el listín. Si te pones en contacto con él y le dices que vas de mi parte, hará cuanto pueda. He reservado habitación en el «Hotel Sawley Arms».

Una vez que se quedó de nuevo solo, Smiley examinó inquieto el surtido de comidas y bebidas que la señorita Brimley le había traído. Se había prometido darse el lujo de almorzar en el vagón restaurante. Por tanto, lo mejor sería guardar los bocadillos y el café para más tarde, para la comida quizá y tomarse en principio un desayuno más que modesto.

Una vez en el vagón restaurante, Smiley empezó por leer los artículos menos sensacionalistas sobre la muerte de Stella Rode. Al parecer, el miércoles por la noche, el señor y la señora Rode habían sido invitados a cenar a casa de Terence Fielding, decano de los profesores de Carne y hermano del llorado Adrian Fielding, célebre especialista en lengua y literatura francesas, desaparecido durante la guerra en el curso de una misión especial del Ministerio de la Guerra. Hacia las once menos diez, habían salido juntos de casa de Fielding y habían recorrido a pie los ochocientos metros desde el centro de Carne hasta su casa, una casa aislada cerca de los famosos campos de deporte de Carne. Al llegar a su casa, el señor Rode se dio cuenta de que había olvidado en casa de Fielding algunas hojas de examen que debía corregir aquella noche sin falta. (En aquel momento Smiley recordó que no llevaba el smoking en la maleta y que Fielding, casi con toda probabilidad, le invitaría a cenar). Rode decidió volver andando a casa de Fielding para recoger las hojas y salió para allá a las once y cinco. Mientras tanto, al parecer, la señora Rode se preparó una taza de té y se sentó en la sala, esperando que su esposo volviera.

En la parte trasera de la casa, hay un invernadero cuya puerta se abre directamente a la sala. Fue allí donde, a su vuelta, Rode halló a su esposa. Se encontraron señales de que había estado luchando y faltaban algunas piezas de bisutería que la difunta llevaba puestas. En el invernadero reinaba un desorden espantoso. Por suerte, el miércoles por la tarde había caído una nevada y los detectives de Dorchester habían podido examinar las pisadas y demás trazas el jueves por la mañana. El señor Rode había tenido que ser asistido en el hospital Central de Dorchester de un ataque de nervios. La Policía iba a interrogar a una mujer de Pylle, un pueblo vecino, conocida en el lugar como *Janie la loca* por sus extrañas y solitarias costumbres. La señora Rode, conocida de todos por su gran labor en pro de la asociación Año Internacional del Refugiado, había demostrado, al parecer, un caritativo interés por Janie, quien, después de la noche del crimen, había desaparecido sin dejar rastro. La Policía sostenía la hipótesis de que el asesino había visto a la

señora Rode por la ventana del salón (ella no corrió las cortinas) y que la señora Rode confiada había dejado entrar al asesino por la puerta delantera, creyendo que era su marido que estaba de vuelta de casa de Fielding. Se había pedido al forense que llevara a cabo la autopsia.

Los demás relatos del hecho no se contentaban con tan poco sino que lucían titulares como: «Un asesinato de los más repugnantes ha profanado los venerables claustros de Carne» y «Un profesor de ciencias descubre el cadáver de su propia mujer en un invernadero, bañado en sangre». Un tercero aventuraba: «Se busca a una joven implicada en el asesinato de Carne». Con expresión de disgusto, Smiley guardó el *Guardian* y el *Times*, hizo una bola con los demás periódicos y los arrojó a la red de los equipajes.

Tuvo que cambiar en Yeovil y tomar un tren de cercanías que iba a Sturminster. Okeford y Carne. Algo después de las once, llegaba por fin a la estación de Carne.

Desde la estación llamó por teléfono al hotel y envió el equipaje en un taxi. El «Hotel Sawley Arms» sólo se llenaba en fiestas por la Conmemoración y San Andrés. Durante la mayor parte del año estaba vacío y se erguía a medio camino entre la estación y la abadía de Carne, orgulloso sobre el césped irregular como una estirada lady victoriana, con su tejado de pizarra malva de medio luto.

El suelo estaba todavía cubierto de nieve, pero el día era agradable y seco, por lo que Smiley decidió ir a la ciudad andando y tratar de hablar personalmente con el agente encargado de la investigación del asesinato. Dejó la estación con regusto a austeridad victoriana y se adentró en la avenida de árboles desnudos que conducía a la gran torre de la abadía, que destacaba como una masa negra y sin relieve contra el incoloro cielo de invierno. Pasó por delante del recinto de la abadía, una serena y hermosa manzana de casas medievales, con tejados cubiertos de nieve y blancos senderos sombreados de motas de césped. Al cruzar la puerta oeste de la abadía, haciendo crujir la nieve recién caída bajo sus pies, el reloj dio la media y dos figuritas a caballo salieron del pequeño castillo que había sobre el frontón de la puerta y se saludaron parsimoniosamente una a otra, levantando sus lanzas. Luego, como si todo formara parte del mismo mecanismo de relojería, se abrieron otras puertas del interior del recinto dando paso a enjambres de muchachos con abrigos negros, que se dirigían hacia la abadía en desorden. Uno de los muchachos pasó tan cerca de Smiley que rozó su manga y éste le preguntó:

—¿Qué es lo que ocurre?

—¡A sextas! —le gritó el muchacho sin detenerse.

Smiley cruzó la entrada principal del colegio Carne y en seguida llegó al centro del municipio que resultó ser una lúgubre fantasía muy siglo XIX, construida con piedra del lugar y con profusión de chimeneas góticas y ventanas almenadas. Aquello era el Ayuntamiento y a continuación, con la bandera de San Jorge ondeando en el

asta, la Jefatura de Policía de Carne, levantada noventa años atrás para resistir embestidas de arqueros y arietes.

Dio su nombre al brigada de servicio y pidió ser recibido por el comisario encargado de la investigación del asesinato de la señora Rode. El brigada, un hombre impasible y de cierta edad, cogió él mismo el teléfono, con cierta solemnidad, como si se dispusiera a realizar un difícil truco de prestidigitación. Smiley, sorprendido, oyó que le decían que el inspector Rigby estaría encantado de recibirle inmediatamente. Un joven policía vino para mostrarle el camino. Le condujo a buen paso hacia una gran escalera que había en el centro del zaguán y poco después Smiley se encontraba ya en presencia del inspector.

Era un hombre bajo y corpulento. Podía ser un celta procedente de las minas de estaño de Cornwall o de las de carbón de Gales. Llevaba el pelo, de un gris intenso, cortado muy corto de modo que, en el centro de la frente, se reunía en una punta diabólica. Tenía manos grandes y poderosas, torso y aspecto de luchador, pero hablaba lentamente, con una voz suave que acusaba un poco el acento de Dorset. Smiley se dio cuenta inmediatamente de que el inspector poseía una virtud rara entre los hombres bajos: naturaleza abierta. A pesar de sus ojos negros y relucientes y de los movimientos rápidos de su cuerpo, daba la impresión de honradez y rectitud.

—Esta mañana me llamó Ben Sparrow, señor. Estoy encantado de verle por aquí. Trae una carta para mí, ¿no?

Rigby, detrás de su mesa, observaba concienzudamente a Smiley y acabó por decidir que lo que estaba viendo le gustaba. Durante la guerra también él había prestado algún servicio y había oído hablar, aunque no con demasiada frecuencia, del trabajo del grupo de George Smiley. Si Ben decía que Smiley era una persona apta, bastaba... o casi. Pero Ben había dicho incluso mucho más:

—Tiene aspecto de sapo, se viste como un corredor de apuestas y yo daría mis dos ojos por tener un cerebro como el suyo. Durante la guerra lo pasó muy mal. De veras que muy mal.

La verdad es que se parecía bastante a un sapo. Bajo y corpulento; los cristales de las gafas, redondos y gruesos, le hacían los ojos grandes. Su modo de vestir, desde luego, resultaba bastante curioso y además saltaba a la vista que llevaba prendas caras. Pero la americana tenía pinzas precisamente allí donde no debía tenerlas. Lo que más sorprendió a Rigby fue su timidez, pues esperaba encontrarse con un individuo demasiado pagado de sí mismo, quizá demasiado blando para Carne. Pero Smiley reflejaba una seriedad y una reserva que complacía las tendencias conservadoras de Rigby.

Smiley se sacó la carta del bolsillo y la puso sobre la mesa, al tiempo que Rigby sacaba unas viejas gafas de montura de oro con sumo cuidado de su estuche de metal abollado y ajustaba las varillas tras las orejas.

—No sé si Ben le habrá puesto al corriente —dijo Smiley—. Esta carta fue dirigida a la sección de correspondencia de una pequeña revista a la que la señora Rode estaba suscrita.

—¿Fue la señorita Fellowship quien le dio la carta?

—No, su nombre es Brimley y es la redactora-jefe de la revista. Lo de Fellowship es el seudónimo que emplea para la sección de «Correspondencia».

Los ojos pardos se posaron un instante en él.

—¿Cuándo recibió ella esta carta?

—Ayer, día diecisiete. La revista se imprime los jueves que es el día de más trabajo. Por eso no acostumbra abrir el correo hasta la noche. Esta carta la leyó a eso de las seis, supongo.

—¿Y se la trajo inmediatamente a usted?

—Sí.

—¿Por qué?

—Durante la guerra la señorita Brimley trabajó en mi departamento. Al leer la carta, se sintió reacia a acudir directamente a la Policía y como yo soy la única persona que conoce que no sea un policía... —Añadió torpemente—: Quiero decir que pudiera ayudarla.

—¿Puedo preguntarle, señor, cuál es su oficio, en realidad? ¿A qué se dedica usted?

—No a gran cosa. A un trabajo de investigación sobre la Alemania del siglo XVII que llevo un poco por mi cuenta.

Mientras le daba esta respuesta, se dio cuenta de que era una respuesta absolutamente idiota. Pero a Rigby no pareció preocuparle ni poco ni mucho.

—¿De qué carta me habla, de la primera?

Smiley le alargó el segundo sobre y la gruesa mano cuadrada la tomó.

—Parece que ganó el Concurso —explicó Smiley—. Ésta fue la receta que envió. Al parecer su familia ha estado suscrita a la revista desde su fundación y por eso la señorita Brimley no se sintió inclinada a tomar la carta a la ligera. No es que tenga ninguna relación.

—¿Relación con qué?

—Quiero decir que, lógicamente, el hecho de que su familia haya estado suscrita a la revista durante cincuenta años no prueba que ella fuera una persona equilibrada.

Rigby asintió con la cabeza, como haciéndose cargo, pero Smiley tuvo la incómoda sensación de que estaba pensando en otra cosa.

—¡Ah, las mujeres! —dijo Rigby esbozando una sonrisa.

Smiley, muy asombrado, dejó escapar una risita. Rigby le observaba concienzudamente.

—¿Conoce a alguno de los profesores de Carne, señor Smiley?

—Sólo a Terence Fielding. Nos conocimos hace un tiempo en Oxford, en una cena. Tengo la intención de hacerle una visita: fui amigo de su hermano.

Le pareció que Rigby se endurecía casi imperceptiblemente al mencionar el nombre de Fielding, pero no dijo nada y Smiley prosiguió:

—Cuando la señorita Brimley me trajo la carta, llamé a Fielding. Fue él quien me dio la noticia. Ayer noche.

—Comprendo.

Se observaron otra vez en silencio. Smiley, desconcertado y un poco cómico. Rigby, tratando de averiguar hasta dónde podía llegar en sus confidencias.

—¿Cuánto tiempo piensa quedarse por aquí? —acabó diciendo.

—No lo sé —respondió Smiley—. La señorita Brimley hubiera querido venir en persona, pero no puede dejar el periódico. Tenía gran interés en hacer todo lo posible por la señora Rode, incluso después de su muerte. Porque era uno de sus suscriptores, sólo por eso. Y yo le prometí encargarme personalmente de que esta carta llegara lo más pronto posible a manos competentes. No creo que pueda hacer mucho más. Me quedaré posiblemente un par de días para poder hablar con Fielding..., y también para asistir al funeral. He reservado una habitación en el «Sawley».

—Un hotel excelente.

Rigby volvió a guardar cuidadosamente las gafas en su estuche y lo dejó caer en un cajón.

—Carne es un lugar extraño. Hay un abismo entre burguesía y Universidad: se ignoran mutuamente y no se aprecian. Es debido al miedo, al miedo y a la ignorancia. Y en un caso así, eso lo complica todo. Claro, yo puedo ir a casa del señor Fielding y del señor D'Arcy. Me dicen «buenos días, inspector» y me ofrecen una taza de té en la cocina. Pero nunca podré alternar con ellos. Tienen su círculo, ¿sabe usted?, y los extraños no pueden entrar. Nada de un poco de charla en el bar, ninguna relación, nada... Nada más que una taza de té, un pedazo de pastel de anís y un «buenos días, inspector» cuando se presenta el caso.

Rigby, de pronto, empezó a reírse y Smiley se rió con él, aliviado.

—Hay muchas cosas que quisiera preguntarles, muchas. A quién le gustaba el matrimonio Rode y a quién no. Si el señor Rode es un buen profesor y si su mujer se llevaba bien con los demás. Tengo en mis manos los hechos desnudos, pero nada con que vestirlos.

Miró a Smiley con aire expectativo. Hubo un largo silencio.

—Si quiere que le ayude, estaré encantado —dijo por fin Smiley—. Pero primero ha de empezar por contarme los hechos.

—Stella Rode fue asesinada entre las once y diez y doce menos cuarto, aproximadamente, la noche del miércoles dieciséis. Debieron de golpearla quince o

veinte veces con una matraca, un pedazo de tubería o algo así. Un crimen horrible..., espantoso. Su cuerpo estaba lleno de magulladuras. En mi opinión, salió de la sala para ir hasta la puerta porque habían llamado, y al abrirla, la golpearon y la arrastraron hasta el invernadero. La puerta del invernadero no estaba cerrada con llave, ¿sabe? Puede que el asesino se hubiera escondido allí antes: de momento, las huellas no nos revelan nada al respecto. Llevaba botas..., botas de goma del cuarenta y tres. Por la distancia entre las pisadas del jardín, podemos decir que mide más o menos un metro ochenta y tres. Después de haberla arrastrado hasta el invernadero, no cabe duda de que la golpeó una y otra vez, sobre todo en la cabeza. En el invernadero hemos encontrado gran cantidad de lo que nosotros llamamos sangre roja, es decir, procedente de una arteria abierta. Ha sido en el único lugar donde la hemos encontrado.

—¿Y el marido no tenía señales de sangre?

—Luego hablaremos de eso. Pero en resumen la contestación es: no. —Se interrumpió un momento y luego añadió—: Le dije que había pisadas; deduzco por ellas que el asesino entró por el jardín de atrás. De dónde venía y adonde fue, sólo Dios lo sabe. ¿Se da cuenta? No hay traza alguna que lleve al exterior, ninguna señal de las suelas de esas botas de goma. En absoluto. Claro que es posible que hayan sido borradas por las idas y venidas de aquella misma noche. Pero no lo creo. Ni aun en ese caso se nos hubiera escapado. —Eché una mirada a Smiley y luego siguió diciendo—: Sin embargo, olvidó algo en el invernadero: un viejo cinturón de ropa de color azul marino que parece pertenecer a un abrigo barato. Estamos investigando en ello.

—¿Le robaron algo a la víctima, o...?

—En absoluto. Llevaba puesto un collar de cuentas verdes que ha desaparecido y también diría que intentaron arrancarle los anillos. Pero estaban demasiado ceñidos. —Hizo una pausa—. No hace falta que le diga que de todos los rincones del país nos han llegado informes referentes a cierto hombre corpulento con abrigo azul y botas de goma. Pero ninguno de ellos podía tener alas, que yo sepa, ni botas de siete leguas para saltar desde el invernadero a la carretera.

Se interrumpieron al ver que un policía traía la bandeja con el té. La depositó sobre la mesa, consultó a Smiley con el rabllo del ojo y decidió dejar que el mismo inspector lo sirviera. Procuró que la tetera quedara al alcance de Rigby y se retiró. A Smiley le resultaba divertido observar cómo las enormes manos del policía trataban el juego de porcelana, la blancura inmaculada del cubrebandejas, y el colador. Rigby sirvió el té y bebieron en silencio. Smiley pensó que Rigby daba la impresión de ser absolutamente competente. Era un hombre ordinario y aquella habitación le identificaba con la sociedad que protegía: muebles que no tenían estilo, archivadores de madera, paredes desnudas, un arcaico teléfono con auricular independiente, un

friso pardusco en la pared, la puerta pintada de marrón, linóleo reluciente, ese ligero tufo a ácido fénico, una estufa de gas y el calendario de una compañía de seguros. Todo respiraba el gusto por la rectitud, la moderación; aquella austeridad producía una sensación de confianza y bienestar. Rigby continuó diciendo:

—Rode volvió a casa de Fielding a buscar esas hojas de examen. Fielding lo confirma, claro. Luego regresó a su casa. Sería a eso de las once treinta y cinco, según precisa Fielding. Apenas se detuvo: no hizo más que recoger las hojas en el umbral mismo de la puerta. Las hojas estaban en una pequeña cartera que usa para llevar los cuadernos. No recuerda haber visto a nadie en la carretera. Le parece que una bicicleta le adelantó, pero no está seguro. De creer lo que dice. Rode volvió directamente a su casa. Al llegar llamó al timbre. Llevaba puesto el smoking y por eso no tenía la llave. Su mujer por lo tanto esperaba que él llamara al timbre, dese cuenta. Eso es lo malo del caso. Había claro de luna, fíjese bien, y nieve en el suelo, de modo que era fácil ver a mucha distancia. Él la llamó, pero no obtuvo respuesta. Entonces vio las pisadas que daban la vuelta a la casa. No sólo pisadas, sino manchas de sangre y nieve revuelta por donde el cuerpo había sido arrastrado hacia el invernadero. Pero a la luz de la luna no pensó que fuera sangre, sino que creyó que eran manchas de agua sucia de los desagües que dan al camino. Siguió las pisadas hasta llegar al invernadero. Allí estaba todo aún más a oscuras. Buscó el interruptor a tientas, pero no funcionaba.

—¿Encendió una cerilla?

—No, no llevaba ninguna; no fuma. A su mujer no le gusta que se fume. Avanzó por la puerta. Las paredes del invernadero son de vidrio hasta dos tercios de la altura, pero el tejado es de tejas. Aquella noche la luna estaba alta y no daba mucha luz, de modo que, excepto cierta claridad que entraba por la ventana que da a la sala, estaba todo completamente oscuro. Pero en la sala no había más luz que la de la lamparita de mesa que ella había encendido. Así que siguió avanzando a tientas, sin dejar de llamar a Stella, su mujer. De pronto tropezó con algo y le faltó muy poco para caer al suelo. Se arrodilló y palpó con las manos el cuerpo, de arriba abajo y entonces se dio cuenta de que tenía las manos llenas de sangre. Apenas puede recordar lo que pasó después. Un viejo profesor que vive con su hermana unos cien metros más arriba, un tal D'Arcy, le oyó gritar en la carretera. D'Arcy salió a su encuentro. Rode tenía la cara y las manos llenas de sangre y parecía haberse vuelto loco. Inmediatamente, D'Arcy llamó a la Policía y yo llegué allí a eso de la una de la madrugada. A lo largo de mi vida he tenido ocasión de ver un montón de cosas poco agradables, pero ésta ha sido sin duda la peor de todas. Sangre por doquier. El que la mató debió quedar empapado en sangre. Junto a la puerta de afuera de la pared del invernadero hay un grifo. Lo habían abierto: probablemente el asesino se enjuagó las manos. Los expertos han encontrado huellas de sangre debajo, en la nieve. Creo que no hacía

mucho que Rode había envuelto ese grifo con trapos para protegerlo del hielo.

—¿Había huellas? —preguntó Smiley.

—Las de Rode, por todas partes. En el suelo, en las paredes y ventanas y hasta en el mismo cadáver. Pero había otra cosa: pequeñas manchas de sangre procedentes, probablemente, de una mano enguantada.

—¿Y eran ésas las del asesino?

—Eran anteriores a las de Rode. En según qué lugares, las huellas digitales de Rode recubrían parte de las de los guantes.

Smiley se quedó un momento pensativo.

—Esas hojas de examen que fue a buscar, ¿eran de tanta importancia?

—Sí, parece que sí. Hasta cierto punto, claro. Las notas debía tenerlas el profesor D'Arcy antes del viernes a mediodía.

—Pero para empezar, ¿por qué las había llevado a casa de Fielding?

—No, no es que las llevara. Había estado corrigiendo exámenes durante toda la tarde y le entregaron las hojas a las seis. Las metió en la cartera y pidió a un alumno que las llevara a casa de Fielding, un alumno que es el prefecto de la «casa» de Fielding y que se llama Perkins. La semana pasada, Rode estuvo de servicio en la capilla y por eso no le dio tiempo de volver a su casa antes de la cena.

—¿Dónde se cambió entonces?

—En los vestuarios que hay junto a la sala de profesores. Los utilizan, principalmente, los profesores de educación física que viven lejos de Carne.

—¿Quién era el alumno que llevó esa cartera a casa de Fielding?

—No puedo decirle mucho más de lo que ya le he dicho. Se llama Perkins y es el prefecto de la «casa» de Fielding. Fielding ha hablado con él y éste ha confirmado la declaración de Rode... Los catedráticos son muy posesivos con los alumnos de su «casa», ¿sabe...? No quieren que rudos policías de nuestra calaña les dirijan la palabra. Rigby parecía un poco preocupado.

—Comprendo —dijo Smiley al fin, desconcertado—. Pero ¿cómo explica la carta?

—No es sólo la carta lo que necesita una explicación.

Smiley le miró incisivo.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir —dijo Rigby midiendo sus palabras— que la señora Rode hizo varias cosas francamente raras durante las últimas semanas.

IV. Toga y plebe

—Naturalmente la señora Rode era disidente^[4] —continuó diciendo Rigby— y los disidentes aquí en Carne forman una respetable comunidad. Si he de ser sincero —añadió con una sonrisa— mi mujer también lo es. Hace un par de semanas, nuestro pastor vino a verme. Fue por la tarde, a eso de las seis y media, creo. Precisamente cuando ya pensaba irme a casa. Entró y se sentó en esa misma silla que usted ocupa ahora. El pastor es un hombre imponente, un hombre hecho y derecho, del norte, del mismo pueblo donde nació la señora Rode. Se llama Cardew.

—¿El mismo Cardew que menciona la carta?

—Eso es, el mismo. Sabía todo lo de la familia de la señora Rode mucho antes de que los Rode se vinieran para acá. Los Glaston son bastante conocidos en el Norte y Cardew, al saber que Stella Rode era la hija de Glaston, tuvo una alegría, una gran alegría a decir verdad. La señora Rode iba a la iglesia con la regularidad de un reloj; ya puede imaginar lo que eso debe gustar por estos lugares. Era la primera vez, supongo, que alguien perteneciente al colegio hacía semejante cosa. La mayoría de los disidentes de aquí son comerciantes, lo que nosotros llamamos gente del país. —Rigby se rió de nuevo—. No ocurre con mucha frecuencia que la toga y la plebe anden del brazo. Desde luego, aquí no.

—¿Y su marido? ¿Es disidente también?

—Mire, por lo que dijo el reverendo Cardew, lo fue en otro tiempo. El señor Rode nació y se educó en Branxome y toda su familia era disidente. Fue en realidad en la iglesia de Branxome donde los Rode se conocieron. ¿Ha estado usted alguna vez allí, por casualidad? Es una bonita iglesia, en lo alto de la colina, frente al mar.

Smiley negó con la cabeza y los grandes ojos pardos de Rigby le contemplaron durante un momento pensativos.

—Valdría la pena que fuera —dijo—. Merece la pena ir a verlo. Al parecer, Rode se convirtió al anglicanismo al llegar a Carne. Hasta trató de persuadir a su mujer para que hiciera lo mismo. Los anglicanos tienen gran influencia en el colegio. La verdad es que todo eso lo sé por mi mujer. No me gusta que se meta en chismes: es la mujer de un policía y ya comprende lo que eso representa; pero fue el mismo reverendo Cardew quien se lo dijo.

—Comprendo —dijo Smiley.

—Bueno, pues Cardew vino a verme. Estaba seriamente preocupado y sin saber qué hacer. Me dijo que había venido a hablarle al amigo y no al policía. —Rigby adoptó un tono amargo—. En cuanto alguien me dice eso sé que lo que quiere es hablar con el policía. Luego me contó la historia, La señora Rode había ido a verle aquella tarde. Él no estaba en casa. Había salido a visitar a una mujer de una hacienda de Okeford y no volvió hasta alrededor de las cinco y media. De modo que la señora

Cardew no tuvo más remedio que estar con ella de visita esperando a que llegara el pastor. La señora Rode, blanca como el papel, permaneció sentada junto al fuego, completamente inmóvil. En cuanto llegó el pastor, la señora Cardew les dejó a solas y Stella Rode empezó a hablar de su marido.

Se interrumpió. Luego prosiguió:

—Le dijo que Rode quería matarla. Durante las largas noches de invierno. Parecía obsesionada, como si tuviera la idea fija de que iba a ser asesinada durante una de esas largas noches. Al principio Cardew no se lo tomó demasiado en serio, pero luego reflexionó y decidió venir a contármelo.

Smiley le lanzó una mirada penetrante.

—El pastor no comprendía una palabra del asunto. Creyó que estaba loca. Aunque sea pastor es un hombre que vive en este mundo. Imagino que la trataría con demasiada rudeza porque cuando le preguntó por qué se le había metido esa espantosa idea en la cabeza, ella se puso a llorar. Nada de histeria, por lo visto, sino un llanto tranquilo. Trató de calmarla, prometió ayudarla como fuera y le volvió a preguntar por qué se le había ocurrido esa idea. Ella se limitó a negar con la cabeza, luego se levantó y se dirigió a la puerta sin dejar de mover la cabeza con desesperación. Antes de salir, se volvió para mirarle y le pareció como si quisiera decir algo. Pero no. Se marchó sin más.

—Lo más curioso del caso —dijo Smiley— es que mintiera en la carta en este punto; se tomó la molestia de precisar que no había dicho nada a Cardew.

Rigby encogió sus anchos hombros.

—Usted me perdonará, pero la verdad es que me encuentro en una posición muy poco airosa. El comisario preferiría dejarse cortar el cuello antes que llamar a Scotland Yard. Quiere que vaya alguien a la cárcel y además pronto. Nosotros tenemos indicios suficientes como para adornar todo un árbol de Navidad: huellas digitales, hora del crimen, indicaciones sobre el atuendo del asesino y hasta el arma que utilizó.

Smiley se quedó mirándolo atónito.

—¿Ha encontrado usted el arma del crimen?

Rigby pareció dudar.

—Sí, la tenemos. Pero nadie o casi nadie lo sabe, quisiera recomendarle que lo tuviera presente. La encontramos a la mañana siguiente del día del crimen, a seis kilómetros al norte de Carne, en una cuneta de la carretera de Okeford. Medio metro de eso que se llama cable coaxial. Sabe lo que es, ¿verdad? Se fabrican de todos los tamaños, pero este pedazo tiene cinco centímetros de diámetro. Es un filamento de cobre recubierto de un plástico que a su vez está recubierto de cobre. Tenía sangre del mismo grupo sanguíneo de Stella Rode con algunos cabellos suyos pegados. Lo hemos mantenido en secreto, pues, gracias a Dios, fue uno de nuestros hombres quien

lo encontró. Nos ha señalado el itinerario que siguió el asesino en su huida.

—Supongo que no cabe ninguna duda de que se trata efectivamente del arma del crimen —preguntó Smiley tímidamente.

—Encontramos partículas de cobre en las heridas.

—Qué extraño, ¿no? —sugirió Smiley, pensativo—. Qué extraño que el asesino haya llevado el arma tan lejos antes de deshacerse de ella. Sobre todo en el caso de que fuese a pie. Lo lógico hubiese sido que tratase de desembarazarse de ella lo antes posible.

—Sí, muy extraño. Muy extraño. La carretera de Okeford corre paralela al canal durante la mitad de esos seis kilómetros de distancia: hubiera podido arrojar el cable al canal y no lo hubiéramos descubierto nunca.

—¿Era cable viejo?

—No del todo. Cable corriente. Se puede comprar en cualquier parte.

Rigby se quedó un momento dudando; luego, de pronto, dijo:

—Mire, fíjese dónde quiero ir a parar. Las circunstancias del caso requieren una investigación especial: investigación a gran escala, trabajo de laboratorio concienzudo, interrogatorios masivos. El jefe superior así lo exige y tiene razón. No tenemos pruebas contra el marido y, francamente, él no nos sirve de mucho. Parece un poco ido, un poco vago, se contradice en cosas sin importancia, como en la fecha de su boda o en el nombre de su médico. Es el *shock*, claro; no es la primera vez que se me presenta un caso así. Y ya tengo en cuenta lo de la carta que me trae, que me parece condenadamente rara, pero si puede decirme cómo Rode pudo sacarse un par de botas de goma del sombrero para deshacerse de ellas a continuación, matar a su mujer a golpes sin dejar más rastro que algunas manchas de sangre y llevarse el arma a seis kilómetros del escenario del crimen, todo en diez minutos, desde que salió de casa de Fielding, le estaré agradecido durante toda mi vida. Buscamos a un desconocido que mide cerca de un metro ochenta y tres, que lleva botas de goma del cuarenta y tres, nuevas, marca «Dunlop», guantes de piel y un viejo abrigo azul manchado de sangre. Un hombre que va a pie, que la noche del crimen se hallaba en la región de North Fields entre las once y diez y las once cuarenta y cinco; que luego huyó en dirección a Okeford llevándose dos palmos de cable coaxial, un collar de cuentas verdes y un broche de bisutería valorado en veintitrés chelines y medio. Estamos buscando a un loco, a un hombre que mata por placer o por un pedazo de pan.

Rigby se interrumpió, sonrió pensativamente y añadió:

—Que, además, es capaz de pasar quince metros volando. Pero con esa información, ¿qué vamos a hacer? ¿Qué más podemos buscar? No puedo lanzar a mis hombres a la caza de un fantasma teniendo informes de esta índole.

—Me hago cargo.

—Pero yo soy gato viejo, señor Smiley, y me gusta saber lo que me llevo entre manos. No me gusta andar a la caza de gente que yo no creo que existe y todavía me gusta menos que se me escamoteen los testigos. Quiero enfrentarme con la gente y poder hablarles. Meter la nariz en todos los rincones, conocer el terreno que piso. Pero en este colegio me está vedado. ¿Se da cuenta? De modo que nos vemos obligados a confiar en laboratorios, perros policía y en una investigación a escala nacional. Pero no sé por qué, mi olfato me dice que no es un asunto de esa clase.

—Leí en el periódico que había una mujer, una tal «Janie la loca»...

—A eso voy. La señora Rode era una mujer amable, fácil de abordar. A mí, por lo menos, así me lo pareció siempre. Las mujeres de la comunidad disidente hablaban mal de ella, pero ya sabe lo que son las mujeres. Parece que a esa pobre Janie le demostró mucha simpatía. Janie llamaba a las puertas de las cocinas pidiendo limosna, vendiendo yerbas y amuletos. Ya sabe a qué me refiero. Es una criatura muy rara que habla con los pájaros y cosas así. Vive en una capilla normanda, cerca de Pylle. Stella Rode le daba siempre comida y ropa: con mucha frecuencia la pobre mujer andaba medio muerta de hambre. Pues bien, Janie ha desaparecido. La vieron, por última vez, el miércoles a primera hora de la noche por el sendero que va a North Fields. Lo que no quiere decir nada porque esa clase de personas van y vienen según su antojo. Se pasan años enteros sin moverse del mismo rincón y de pronto, desaparecen como una aguja en un pajar. Han muerto en una cuneta, quizás, o se han puesto repentinamente enfermos y se han metido en cualquier parte. Janie no es el único personaje raro de la historia. Se armó un buen jaleo porque descubrimos un montón de pisadas junto a la hilera de árboles que bordea el jardín. Pisadas de mujer, diría yo, y en un punto llegan muy cerca del invernadero. Pudo ser una gitana o una mendiga. O cualquier otra persona. Pero creo que se trata verdaderamente de Janie. Y espero por todos los santos que lo sea. Un testigo ocular nos vendría de perillas, aunque esté loco.

Smiley se levantó y se dieron la mano.

—Hasta pronto —dijo Rigby—. Telefonéeme cuando quiera y a la hora que sea.

Garrapateó un número de teléfono en el bloc que tenía ante sí. Arrancó la hoja y se la dio a Smiley.

—Es el número de teléfono de mi casa.

Acompañó a Smiley hasta la puerta, pareció dudar y luego le preguntó:

—¿No será usted, por casualidad, antiguo alumno de Carne?

—Cielo santo, no.

Rigby pareció que volvía a dudar.

—Nuestro comisario superior, el general Havelock, estudió en Carne y luego estuvo en la India al mando de las fuerzas. Lo jubilan este año y está muy interesado en el caso. No quiere que nos acerquemos al colegio a ningún precio.

—Comprendo.

—Pero exige que metamos a alguien en la cárcel lo antes posible.

—Y a alguien que no pertenezca a Carne, supongo.

—Adiós, señor Smiley. No olvide llamarme. Oh, olvidaba decirle algo. Ese trozo de cable...

—¿Qué?

—Rode se sirvió de un trozo de ese mismo material para hacer una demostración de electrónica en una de sus conferencias. Hace tres semanas que se le extravió.

Smiley volvió al hotel a pie.

Mi querida Brim:

En cuanto llegué, le enseñé la carta al inspector que lleva el caso. Tal como Ben había supuesto, es Rigby, cuyo aspecto físico es una mezcla de Sancho Panza y duende picaresco. Y no tiene nada de tonto.

Para que no te impacientes, no voy a empezar por el principio, te adelanto que nuestra carta no tuvo el efecto que esperábamos, porque no cabe duda de que Stella Rode le contó hace dos semanas al pastor de los disidentes del pueblo, reverendo Cardew, que su marido quería matarla durante las largas noches, signifique lo que signifique. En cuanto a las circunstancias del asesinato, el relato del *Guardian* es correcto en lo esencial.

En realidad, a medida que Rigby me contaba los pormenores del caso me fui convenciendo de que no había sido asesinada por su marido. Casi todos los indicios nos alejan de él, pues, sin hablar de la falta de móvil, tenemos el lugar donde fue hallada el arma, pisadas en la nieve (de un hombre alto con botas de goma), la presencia de huellas enguantadas sin identificar en el invernadero. Añade a esto el más convincente de todos los argumentos: el asesino, quienquiera que fuese, debió de quedar empapado de sangre. Según Rigby, el invernadero ofrecía un espectáculo espantoso; Rode, claro está, cuando su colega salió a su encuentro en el sendero, tenía manchas de sangre; pero no pasaban de ser manchas que podían explicarse muy bien por el hecho de haber tropezado y caído sobre el cadáver en la oscuridad. Por cierto, las pisadas entran en el jardín, pero no salen.

Según Rigby, no hay en este momento más que una interpretación posible: el asesino fue un desconocido, un vagabundo, un loco quizá, que la mató por el sólo placer de matar o para quedarse con las joyas que llevaba encima (sin ningún valor), huyendo luego por la carretera de Okeford y arrojando el arma a una cuneta. (¿Por qué diablos cargó con ella seis kilómetros y no la echó al canal que corre paralelo a la zanja? La carretera de Okeford atraviesa el canal de Okemoor que está lleno de diques para prevenir inundaciones). Si la hipótesis es correcta, no tenemos más que atribuir la carta de Stella y su entrevista con Cardew, o bien a manía persecutoria o

bien al presentimiento de su muerte, según seamos o no supersticiosos. Si es así, es la más inconcebible de las coincidencias. Me parece tan poco probable, que me lleva a la siguiente suposición:

Por lo que Rigby no me dijo, el comisario superior le pisa los talones, le presiona para que se lance a la busca y captura de vagabundos con abrigo azul manchado de sangre (recuerda lo del cinturón), y claro está, Rigby no tiene otra alternativa que seguir pistas y hacer lo que quiera su jefe. Pero hay algo que le preocupa, algo que me ha ocultado o algo que se huele. Creo que fue sincero al pedirme que le contara todo cuanto yo pueda averiguar respecto al colegio, respecto a los mismos Rode, de cómo se les consideraba en aquel ambiente y esas cosas. Encuentra que los muros del monasterio de Carne son un poco demasiado altos para él...

De modo que pienso seguir husmeando un poco y ver qué pasa. Al salir de la Comisaría, llamé a Fielding por teléfono y me ha invitado a cenar con él esta noche. Te escribiré otra vez en cuanto tenga algo nuevo que contarte.

George

Después de cerrar cuidadosamente el sobre, Smiley cerró la puerta con llave y bajó por la amplia escalinata de mármol, procurando pisar por la estrecha alfombra de coco central. Había en el *hall* un buzón de color rojo para los clientes del hotel, pero Smiley, hombre precavido, no lo usó. Echó la carta en el buzón que había en la esquina y se preguntó dónde podía ir a comer. En la habitación tenía los bocadillos y el café que le había preparado la señorita Brimley. Sin demasiado entusiasmo regresó, pues, al hotel. Estaba lleno de periodistas y Smiley no podía soportar a los periodistas. Hacía frío y Smiley no podía soportar el frío. Y aquello de comer bocadillos en la habitación de un hotel, no era precisamente algo que resultara especialmente prometedor.

V. Perro y gato

Poco después de dar las siete, aquella misma tarde, George Smiley subía los peldaños de la entrada principal de la casa de Terence Fielding. Llamó y una mujer regordeta, próxima a los sesenta, le hizo pasar al recibidor. Un fuego de leña caldeaba el ambiente, y tenía la sensación de que por encima de su cabeza había una especie de galería y una escalera de caoba que subía en espiral hacia lo alto de la casa. La luz parecía provenir principalmente del fuego y Smiley pudo ver que de las paredes que había a su alrededor colgaban numerosos cuadros de todas las épocas y estilos y que la repisa de la chimenea estaba sobrecargada de toda clase de objetos artísticos. Se dio cuenta, con un involuntario escalofrío, que ni el fuego ni los cuadros lograban disimular aquel vago olor a escuela, a cera de *parquet* barata, a chocolate, a rancho. Del recibidor partían varios Pasillos, todos con su zócalo marrón oscuro o verde, de acuerdo con la inflexible norma decorativa que parece regir en todos los colegios. De uno de ellos, surgió la enorme silueta de Terence Fielding.

Macizo y genial, con su espléndido mechón de pelo gris sobre la frente y su toga flotando en el aire, se dirigió a Smiley.

—¿Smiley? Le presento a True, a la señorita Truebody, mi ama de llaves. ¡Qué maravilla de nieve! ¡Un auténtico Brueghel! ¿Vio cómo patinaban los alumnos en Eyot? ¡Qué espectáculo más maravilloso! Esos trajes negros, esas bufandas de color, ese pálido sol. No le falta nada. Un auténtico Brueghel lleno de vida. ¡Qué maravilla!

Ayudó a Smiley a sacarse el abrigo y lo echó sobre una silla de madera de pino con asiento de paja que había en un rincón del vestíbulo.

—¿Le gusta esa silla? ¿No la reconoce?

—No, creo que no —respondió Smiley un poco confuso.

—Pues debería reconocerla. Me la hizo por encargo en Provençe antes de la guerra un artesano ebanista. ¿La recuerda ahora? Es una copia de la silla amarilla de Van Gogh. ¿Ahora? A veces viene gente que la reconoce en seguida.

Echó a andar por un corredor y pasaron a un confortable despacho decorado con mosaico holandés, pequeñas estatuas Renacimiento, misteriosos bronce, perros de porcelana y jarros de terracota. En el centro de todo, Fielding reinaba con todo su esplendor.

En lugar del traje académico correspondiente, Fielding, como decano de los profesores de Carne, se podía permitir llevar un lujoso atuendo consistente en unos solemnes faldones negros y el almidonado peto de un hombre de leyes, como un monje en hábito «de gala». La impresión de austeridad monacal del atuendo contrastaba notablemente con la estudiada extravagancia de su persona. Evidentemente, Fielding era plenamente consciente de ello y trataba de subrayar la solemnidad del traje imprimiéndole cierto carácter, añadiéndole el detalle de una flor

de su jardín, cuidadosamente elegida para la ocasión y el caso. Había escandalizado a los sastres de Carne, cuyos escaparates de cristal esmerilado lucían la insignia de los proveedores de la familia real, haciéndoles poner ojales en la toga. Según su estado de ánimo y la ocasión, prendía en ellos una flor que tanto podía ser una rosa de invierno como un jacinto silvestre. Aquella noche llevaba una rosa, tan fresca, que Smiley supuso que la había encargado para aquella ocasión y que acababa de ponérsela en el ojal hacía sólo un instante.

—¿Jerez, o prefiere madeira?

—Una copita de jerez, gracias.

—El madeira es una bebida de señoritas —exclamó Fielding mientras con el garrafín iba llenando las copas—, pero a los alumnos les encanta, quizá por esa misma razón. La verdad es que son unos coquetuelos. —Tendió una copa a Smiley y, en tono teatral, añadió—: En este momento estamos todos consternados con ese horrible asunto. Es la primera vez que sucede algo semejante, ¿sabe usted? ¿Ha leído los periódicos de la noche?

—No, confieso que no. Pero desde luego el «Hotel Sawley» está atiborrado de periodistas.

—Y también toda la ciudad está toda llena de ellos. Han movilizado el Hampshire con sus detectores de minas. ¡Sabe Dios qué esperan encontrar!

—¿Y cómo lo toman los alumnos?

—A ellos les encanta. Los alumnos de esta «casa» se sienten privilegiados porque los Rode estuvieron cenando aquí aquella noche. Un zoquete de la Policía hasta quería interrogar a uno de mis alumnos.

—¿No es posible! —dijo Smiley con toda inocencia—. ¿Ya santo de qué?

—¡Oh! ¡Quién sabe! —respondió Fielding un poco seco y, cambiando de tema, añadió—: Usted era amigo de mi hermano, ¿no? Él me habló de usted.

—Sí, era un buen amigo. Uno de mis íntimos amigos.

—¿También durante la guerra?

—Sí.

—¿Acaso pertenecía usted también a la banda?

—¿A qué banda?

—A la de Steed, Asprey, Jebedee. A la de todos ellos.

—Sí.

—Nunca supe cómo murió. ¿Y usted?

—Tampoco.

—No nos veíamos mucho en los últimos años Adrian y yo. Una persona sofisticada como yo no puede soportar la sencillez —declaró Fielding, un poco con la pomposidad del principio.

Llamaron con discreción a la puerta, lo que evitó a Smiley la molestia de

contestar, y un muchacho alto, pelirrojo, entró tímidamente en la estancia.

—Cuando pueda, señor; le he reunido a todo el mundo en el refectorio.

—¡Caramba! —dijo Fielding vaciando su vaso—. Los rezos. —Se volvió hacia Smiley—. Le presento a Perkins, el jefe de mis prefectos. En música es un genio, pero lo que es en clase, es un verdadero caso. ¿No es así, Tim? Puede quedarse aquí o acompañarnos, como guste. No son más que diez minutos.

—Un poco menos esta noche, señor —dijo Perkins—. Es el *nunc dimittis*.

—Demos gracias al cielo por sus pequeñas bondades —declaró Fielding ajustándose con gesto rápido el peto, a la vez que indicaba a Smiley que le siguiera a paso de marcha. Perkins iba el último. Fielding continuaba la conversación sin molestarse en volver la cabeza—. Me alegra que haya elegido esta noche para venir a mi casa. No tengo costumbre de recibir los sábados porque todo el mundo lo hace, aunque ahora andamos todos algo desorientados en eso de cenas y reuniones. Félix D’Arcy va a venir también esta noche, pero para el caso no cuenta porque él viene casi siempre. A propósito, normalmente aquí vestimos de etiqueta para la cena, pero no tiene importancia.

A Smiley se le encogió el corazón. Doblaron una esquina y se adentraron por otro corredor.

—Aquí tenemos rezos a todas horas. El director ha resucitado las siete horas canónicas de los oficios: maitines, tercia, sexta y así sucesivamente. Nos damos un atracón de rezos durante todo el semestre y luego hacemos abstinencia en vacaciones. El mismo sistema que rige para el deporte, y además facilita el pasar lista en la «casa».

Siempre abriendo la marcha, los llevó hasta otro corredor que terminaba en una puerta de doble batiente que daba al refectorio. Entró con paso firme. La toga ondeaba elegantemente tras él. Los alumnos le esperaban.

—¿Un poco más de jerez? ¿Qué le parecieron los rezos? No cantan mal, ¿verdad? Tenemos un par de buenos tenores. La semana pasada probamos un poco con el canto llano y salió muy bien, algo excelente. D’Arcy no tardará en llegar. Es un pelotilla de miedo. Parece un coche del novecientos, pura fachada. ¡No sabe la suerte que tiene usted de que su hermana no venga hoy! Ella es mucho peor.

—¿Qué asignatura es la suya?

Estaban otra vez en el despacho de Fielding.

—¡Asignatura! He de decirle que aquí nadie da una asignatura determinada. Ninguno de nosotros ha leído siquiera una línea de un libro desde que salió de la Universidad. —Bajó la voz y añadió en tono sombrío—: Suponiendo que realmente fuéramos a la Universidad. D’Arcy da clase de francés. Es jefe de Estudios por elección, solterón de profesión y pederasta sublime por naturaleza...

Fielding ahora parecía una estatua, la cabeza echada hacia atrás, su mano derecha forzosamente tendida a Smiley.

—... Y su asignatura son las faldas del prójimo. Sin embargo, por iniciativa propia, se ha convertido en el maestro de ceremonias de Carne. Si vamos en bicicleta con la toga puesta, si correspondemos de modo poco correcto a una invitación, si un día no colocamos a los invitados en la mesa como es de rigor o hablamos de un colega callándole «señor», D'Arcy acabará enterándose y nos largará un sermón.

—¿Y cuáles son los deberes de un jefe de Estudios, pues? —preguntó Smiley por decir algo.

—Es el enlace entre los profesores de letras y los de ciencias, redacta el horario y revisa los resultados de los exámenes. Pero la principal misión del pobre hombre consiste en reconciliar Letras y Ciencias —sacudió la cabeza con escepticismo—. Y para conseguirlo sería necesario alguien de mayor talla que D'Arcy. Y no es que —añadió con fastidio— tenga ninguna importancia el que sean unas u otras las que ganen la hora suplementaria del viernes. ¿A quién le importa que sean las Letras o las Ciencias? Desde luego a los alumnos no, a ellos menos que a nadie, pobrecillos.

Fielding siguió hablando así, a tontas y a locas, siempre en superlativo, a veces tratando de atrapar en el aire, con su mano, artificiosas metáforas. Hablaba de sus colegas con cáustica mofa, de los alumnos con compasión si no con simpatía, de las Artes con fervor y con la afectada admiración del discípulo privilegiado y único.

—Carne no es un colegio. Es un sanatorio para leprosos de espíritu. Los primeros síntomas aparecen cuando salimos de la Universidad: entonces comienza la putrefacción progresiva de todo órgano intelectual. Día tras día, nuestro cerebro va dejando de funcionar, nuestra inteligencia se atrofia hasta pudrirse. Cada cual observa el proceso en los demás y trata de ignorar que él mismo también lo está experimentando.

Se interrumpió y contempló sus manos como reflexionando.

—En mí el proceso ha terminado. Tiene usted ante sí un alma cuyo cuerpo es Carne.

Más que satisfecho de su confesión, Fielding abrió sus enormes brazos de modo que las amplias mangas de la toga le daban el aspecto de un murciélago gigante.

—¡El Vampiro de Carne! —exclamó con una profunda reverencia—. ¡Alcohólico y poeta!

Smiley se sentía fascinado por Fielding, por su talla, su voz, la caprichosa volubilidad de su temperamento, su estilo de artista de cinemascopio. Aquella sucesión de poses contradictorias le atraía y le repelía a un mismo tiempo. Se preguntaba si Fielding esperaba que él tomara también parte en la representación, pero Fielding parecía de tal modo deslumbrado por las candilejas, que el auditorio le resultaba indiferente. Cuanto más lo observaba Smiley, más difícil le resultaba definir

el personaje: voluble pero estéril, audaz pero escurridizo; pintoresco, desenfrenado, ingenuo y al propio tiempo falso y perverso. Smiley decidió procurarse informes exactos y completos de Fielding. Averiguaría sus medios de existencia, sus ambiciones, sus reveses.

La señorita Truebody interrumpió sus pensamientos. Félix D'Arcy acababa de llegar.

Nada de velas negras, pero sí una admirable cena fría preparada por la señorita Truebody. Nada de clarete y sí vino del Rin que circulaba por la mesa como el agua. Y por fin, después de una larga espera, Fielding mencionó el nombre de Stella Rode.

La conversación había girado hasta entonces y sin gran entusiasmo sobre las Letras y las Ciencias. Hubiese resultado insulsa y aburrida —ya que ninguno de ellos conocía el tema a fondo— si Fielding, que parecía querer presentar a D'Arcy en su aspecto menos favorable, no hubiera sacado constantemente de quicio a éste. D'Arcy opinaba sobre personas y asuntos bajo el prisma de lo que él llamaba «decoroso» (su expresión favorita) y de una femenina malquerencia para con sus colegas. Al cabo de un rato, Fielding preguntó quién sustituía a Rode durante su ausencia, a lo que D'Arcy contestó:

—Nadie.

Y añadió con fingido entusiasmo:

—Ese asunto fue un golpe terrible para nuestra comunidad.

—¡Qué bobada! —replicó Fielding—. A los chicos les encantan las catástrofes. Cuanto más lejos estamos de la muerte, más nos fascina. Todo ese asunto les resulta sencillamente apasionante.

—La publicidad ha sido de lo más indecorosa —añadió D'Arcy—. Creo que a la mayoría de nosotros, los que formamos el claustro, nos ha afectado de veras. —Volviéndose hacia Smiley prosiguió—: La Prensa es para nosotros una auténtica pesadilla en estos momentos; eso, en otros tiempos, hubiera sido imposible porque, en otros tiempos, nuestras ilustres familias y nuestras instituciones estaban protegidas de toda intrusión. Pero hoy todo es distinto. Hasta nos vemos obligados a suscribirnos a periódicos mediocres por esa misma razón. Un semanario mencionaba en un solo número a cuatro antiguos alumnos de Hecht, todos ellos en artículos indecorosos y, desde luego, en ninguno de los casos se omitía aludir a que el personaje en cuestión había sido formado en Carne. Supongo que ya sabe que tenemos aquí al príncipe heredero (tengo el honor de encargarme personalmente de su francés). El joven Sawley está asimismo entre nosotros y la actuación de la Prensa durante el divorcio de sus padres fue sencillamente indecorosa y deplorable. El director de Carne tuvo que escribir a la Asociación de la Prensa; por cierto que yo mismo le hice el borrador. Pero en esta trágica ocasión han rebasado todos los límites. Piense que anoche los

periodistas tuvieron la osadía de asistir al servicio en memoria de la difunta: ocupaban los dos últimos bancos de la nave oeste. Hecht estaba de servicio en la capilla y trató en vano de sacarles. —Dejó de hablar, levantó las cejas en señal de desaprobación y sonrió—. No tenía derecho a hacerlo, claro está, pero ello no es razón suficiente como para detener al gran Hecht. —Dirigiéndose a Smiley, explicó —: Uno de nuestros *atléticos* hermanos.

—Stella era demasiado vulgar en su opinión, ¿verdad, Félix? —inquirió Fielding.

—Nada de eso —respondió inmediatamente D’Arcy—. No me parece bien que diga eso de mí, Fielding. Yo no juzgo las clases sino las maneras y admito que, en ese caso particular de las buenas maneras, ella me parecía deficiente.

—En más de un aspecto Stella representaba precisamente lo que nosotros necesitábamos —prosiguió Fielding dirigiéndose a Smiley y como ignorando a D’Arcy—. Ella era el símbolo de todo lo que tenemos la obligación de olvidar: el ladrillo rojo, las viviendas del Ayuntamiento, las nuevas aglomeraciones urbanas, ¡la antítesis misma de Carne! —Se volvió bruscamente a D’Arcy—. Pero para usted, Félix, era ni más ni menos que vulgar.

—Nada de eso, simplemente que no sabía estar en el lugar que le correspondía.

Con afectada desesperación, Fielding le dijo a Smiley:

—Fíjese, aquí hablamos un refinado lenguaje de universitarios, llevamos toga, damos cenas de gala en el Aula de Profesores, rezamos de memoria largas plegarias en latín que ninguno de nosotros es capaz de traducir, vamos a la abadía donde nuestras esposas, con sus horribles sombreros, se sientan en el gallinero. Sin embargo, no es más que una charada carente de sentido.

D’Arcy inició una débil sonrisa.

—Me cuesta creer, querido Terence, que alguien que ofrece una refinada cena como ésta, pueda tener en tan poca estima las conveniencias sociales. —Buscó con la mirada el apoyo de Smiley, que se prestó obedientemente a ofrecerle su asentimiento—. Además, en Carne conocemos a Fielding desde hace tiempo y no nos impresionan ya sus salidas extemporáneas.

—Sé muy bien por qué detestaba usted a esa mujer, Félix. Era una mujer íntegra y Carne se siente desarmado ante una integridad así.

De pronto D’Arcy se puso furioso.

—Terence, no le permito que hable así. No se lo permito. Estimo que tengo en Carne una cierta misión que cumplir, misión que tenemos todos: la de restaurar y mantener esas normas de conducta que tan lamentablemente se descuidaron durante la guerra. Y soy consciente de que tal determinación ha perjudicado en más de una ocasión mi popularidad. Pero los comentarios o consejos que brindo no van jamás, le ruego que lo tenga en cuenta, jamás, dirigidos contra un individuo en cuestión sino sólo contra sus maneras, contra ciertos indecorosos errores de conducta. Y no tengo

inconveniente en reconocer que en más de una ocasión me vi forzado a llamar la atención a Rode sobre la conducta de su esposa. Pero ello nada tiene que ver con la persona, Terence. No permitiré que se diga que yo detestaba a la señora Rode. Una insinuación semejante es siempre desagradable, pero en las circunstancias trágicas en que nos hallamos, resulta francamente indecorosa. El origen y la educación de la señora Rode la habían preparado muy mal para alternar con nosotros; eso es cosa distinta y precisamente pone de relieve lo que yo quiero que quede claro, Terence: yo siempre he procurado enseñar, nunca criticar. ¿Ha quedado bien claro?

—Como el agua —contestó secamente Fielding.

—¿La apreciaban las demás señoras de Carne? —aventuró Smiley.

—No precisamente —contestó D'Arcy, mordaz.

—¡Las señoras! ¡Dios mío! —suspiró Fielding llevándose la mano a la frente.

Se hizo un silencio.

—Creo que su manera de vestir les daba apuro, por lo menos a algunas de ellas. Además ella misma iba a lavar la ropa a la lavandería pública... Y además debo añadir que una de las cosas que no daban de ella una impresión favorable es que no frecuentaba nuestra iglesia...

—¿Había hecho alguna amistad íntima con alguna de las demás esposas? —preguntó otra vez con obstinación Smiley.

—Me parece que la joven señora Snow se entendía muy bien con ella.

—¿Y dijo usted que estuvo cenando aquí la noche del crimen?

—Sí —respondió con gran calma Fielding—, el miércoles. Y fueron Félix y su hermana quienes se llevaron al pobre Rode después... —Echó una rápida mirada a D'Arcy.

—Exactamente —reconoció inmediatamente D'Arcy sin apartar de Fielding los ojos. A Smiley le dio la impresión de que entre ellos había una especie de complicidad—. Nunca lo podremos olvidar, nunca... Terence, hablando ahora de nuestros asuntos, debo decirle que la composición de Perkins es una catástrofe, en mi vida ha caído en mis manos un trabajo peor. ¿Qué le ocurre a ese muchacho? ¿Es que no se encuentra bien? Su madre es una mujer muy culta, prima de los Samford, según me han dicho.

Smiley le observaba interrogándose sobre su verdadera personalidad. La chaqueta del smoking estaba algo raída, verdusca de tan vieja. Smiley se lo imaginaba contando que perteneció a su abuelo. La piel de su cara era tan lisa que daba la impresión de ser gordo sin serlo. Su voz no perdía nunca cierto tono monótono e insinuante, y mantenía una eterna sonrisa aun estando callado. Aquella sonrisa no abandonaba jamás su terso rostro, era una sonrisa labrada en su carne maleable que entreabría los labios dejando ver los dientes perfectos y una especie de hueco en las comisuras, como si los dedos del dentista hubieran dejado su impronta en ellas. Sin

embargo, el rostro de D'Arcy estaba lejos de carecer de expresión: acusaba todos los matices. El menor movimiento de la boca o la nariz, la más insignificante mirada o fruncimiento de cejas, se leían en él y podían interpretarse. En aquel momento deseaba cambiar de tema. No del tema de Stella Rode (pues él mismo lo volvió a sacar a relucir un poco después), sino del de aquella precisa noche de su muerte y de la exacta narración de los acontecimientos. Y además, Smiley estaba convencido de que Fielding lo había comprendido también por la mirada que ambos habían cruzado, una mirada en la que había como un pacto de temor, quizás una amenaza, de modo que a partir de aquel instante la actitud de Fielding cambió, pareció hosco y preocupado, lo que intrigó muchísimo a Smiley, y por no poco tiempo.

D'Arcy se volvió hacia Smiley y le dijo con una familiaridad empalagosa:

—Tenga a bien disculpar esta lamentable caída en las hablillas de Carne. Seguro que cree que aquí en Carne hemos roto completamente con el mundo, ¿no? Tenemos esa fama, fama de que Carne es un colegio esnob. Es lo que se puede leer a diario en esos infectos periódicos. Y sin embargo, contra lo que pretende la vanguardia —dijo mirando tímidamente a Fielding—, puedo decir que nadie, absolutamente nadie, es menos esnob que Félix D'Arcy.

Smiley observaba su cabello, muy fino y ligeramente rojizo que descubría una nuca rosada.

—Fíjese en el caso del pobre Rode, por ejemplo. No tengo nada en contra de su humilde origen ni de su formación. Estoy convencido de que las escuelas secundarias llevan a cabo una gran labor. Se ha adaptado a nosotros perfectamente. Se lo dije yo mismo al director, le dije que Rode se había adaptado muy bien. Cumple perfectamente con sus obligaciones para con la iglesia y eso yo mismo lo puse en evidencia. Es más, espero y creo haber contribuido a facilitarle su adaptación. Como le decía al director, si se les guía y enseña, personas como él pueden muy bien asimilar nuestras costumbres e incluso nuestras maneras, y el director no pudo menos que darme la razón.

El vaso de Smiley estaba vacío y, sin consultar a Fielding, D'Arcy cogió el garrafín y se lo llenó. Tenía las manos finas y sin vello como las de una niña.

—Pero —prosiguió— he de ser justo y decir que la señora Rode no se tomó tanto interés en adaptarse a nosotros.

Sin dejar de sonreír, bebió delicadamente un sorbo de su vaso.

«Quiere poner cada cosa en su sitio», se dijo Smiley para sí mismo.

—Ella no hubiera conseguido nunca ser uno más entre nosotros en Carne, ésa es mi opinión; opinión que yo nunca hubiera formulado de estar ella con vida. Su origen era una baza en contra y, desde luego, no era culpa suya, pero la verdad es que provenía de un ambiente deplorable. Francamente y hablando entre nosotros, tengo

razones para creer que su pasado tiene mucho que ver con su muerte.

—¿Qué le hace decir semejante cosa? —preguntó vivamente Smiley.

Tras una furtiva mirada a Fielding, D'Arcy contestó:

—Parece que ella esperaba ser atacada.

Luego prosiguió:

—Mi hermana tiene pasión por los perros como quizás usted ya sepa. Especialmente por los King Charles. El año pasado se llevó el primer premio en la exposición canina de North Dorset y poco después, en la de Cruf, una mención especial para su *Reina de Carne*. Los vende a América, ¿sabe? Me atrevería a decir que hay muy pocas personas en Inglaterra más entendidas que ella en perros de esa raza. No hace ni una semana que la esposa de nuestro director afirmaba eso mismo. Pues bien, los Rode eran vecinos nuestros, como sabe usted, y Dorothy no es persona como para descuidar sus deberes de buena vecindad y en cuanto se trata de deberes, para ella no existe clase social, eso se lo aseguro yo. Los Rode tenían también un perro, no de raza pero muy inteligente, que habían traído consigo. (No sé exactamente de dónde procedía, pero ello no viene al caso). Parecía que querían mucho a su perro porque Rode se lo llevaba incluso a los partidos de fútbol, hasta el día que no tuve más remedio que llamarle la atención porque esa costumbre provocaba una indecorosa hilaridad entre los alumnos. He podido comprobar el mismo hecho cuando yo sacaba a pasear los King Charles de Dorothy.

Y ahora voy al grano. Dorothy llama siempre a un veterinario llamado Harriman, un hombre intachable que vive un poco lejos, en Sturminster. Hace un par de semanas tuvo que mandarlo llamar porque *Reina de Carne* tenía mucha tos; un animal de su categoría merece todos los cuidados, eso por supuesto.

Fielding lanzó un gruñido, pero D'Arcy continuó como si no lo hubiera oído.

—Como en ese momento yo estaba en casa, Harriman se quedó a tomar café con nosotros. Como he dicho ya, es un hombre intachable. Primero hizo cierta alusión al perro de los Rode y luego nos contó la verdad: la señora Rode le había hecho matar a su perro, pretendiendo que había mordido al cartero. Una larga y complicada historia: el servicio de Correos había presentado querrela, la Policía había intervenido y yo qué sé qué cosas más. Según la señora Rode, además, el perro no podía protegerla realmente, sino sólo ponerla en guardia. Eso fue lo que le dijo a Harriman, que no le serviría de nada.

—¿Y no la afectó la muerte del perro? —preguntó Smiley.

—Oh, sí, muchísimo. Harriman nos dijo que llegó llorando y que la señora Harriman tuvo que darle una taza de té. Le aconsejaron que diese al perro otra oportunidad, que lo llevara a la guardería durante cierto tiempo, pero ella se mostró inflexible, completamente inflexible. Harriman estaba perplejo. Su mujer también.

Cuando después discutieron el asunto de los dos a solas, estuvieron de acuerdo en que la conducta de la señora Rode no había sido normal, sino más bien extraña, muy extraña. Otro dato curioso es el estado en que se hallaba el perro: lo habían maltratado y con ganas. Tenía el lomo marcado como por latigazos.

—¿Trató Harriman de averiguar qué significaba aquello de que «el perro no le serviría de nada»? ¿Qué le pareció eso a Harriman? —preguntó Smiley, observando con gran atención a D'Arcy.

—Se lo dijo también a la señora Harriman, pero no quiso dar ninguna explicación. Sin embargo, yo diría que la explicación es clara.

—¿Sí? —preguntó Smiley.

D'Arcy inclinó un poco la cabeza y se acarició el lóbulo de la oreja con cierta coquetería.

—Todos tenemos algo de detective —dijo—. Dorothy y yo volvimos a hablar de ello después del crimen... y llegamos a la conclusión de que Stella Rode había tenido ciertas relaciones no muy recomendables antes de venir a Carne y de que esas relaciones se habían reanudado recientemente..., incluso quizá contra su voluntad. Cualquiera rufián, viejo admirador, que se doliera de su ascenso en la escala social.

—¿Las mordeduras del cartero eran graves? —preguntó Smiley.

D'Arcy se volvió otra vez hacia él.

—Eso es lo más extraordinario del caso, el verdadero meollo de la historia: el cartero ni siquiera había sido atacado por el perro. Dorothy se informó. La historia, de cabo a rabo, era una sarta de mentiras.

Se levantaron de la mesa y pasaron al despachito de Fielding, donde la señorita Truebody había servido el café. El drama del miércoles seguía siendo el objeto de la conversación... D'Arcy estaba obsesionado por lo indecoroso de la situación: la insistencia de los periodistas, la falta de delicadeza de la Policía, el pasado poco ilustre de la señora Rode, el infortunio del esposo. Fielding seguía encerrado en su extraño mutismo, en sus propios pensamientos que sólo parecía abandonar un breve instante para lanzar de vez en cuando una mirada hostil a D'Arcy.

A las once menos cuarto en punto, D'Arcy confesó que estaba muy cansado y los tres pasaron al amplio recibidor, donde la señorita Truebody tendió los respectivos abrigos a Smiley y a D'Arcy, y a este último, además, bufanda y sombrero. Fielding escuchó los cumplidos de D'Arcy con un hosco movimiento de cabeza. Luego le dijo a Smiley:

—Ese asunto del que usted me habló por teléfono, ¿a qué se refiere exactamente?

—¡Oh! Se trata de una carta que la señora Rode escribió poco antes de que la asesinaran —respondió evasivamente Smiley—. La Policía se ocupa del asunto, pero no cree que esa carta sea... importante. Parece que no tiene ninguna importancia

porque la difunta sufría... —sonrió forzadamente— una especie de manía persecutoria, ¿no se dice así? Si quiere podemos hablar de este asunto cualquier día. Me gustaría que cenara conmigo en el «Sawley» antes de que me vaya. ¿Va usted a Londres con frecuencia? Podríamos encontrarnos un día en Londres cuando termine el curso.

D'Arcy, de pie en el umbral de la puerta, observaba la nieve recién caída, perfectamente blanca, que recubría la calle.

—¡Ah! —dijo con una risita de mutuo entendimiento—. ¡Esas largas noches!, ¿verdad, Terence? ¡Esas largas noches!

VI. Contra el diablo, ramas de muérdago

—¿Qué es eso de esas largas noches? —le preguntó Smiley a D’Arcy. A través de la nieve se alejaban a buen paso de la casa de Fielding, en dirección al recinto de la abadía.

—Tenemos un proverbio que dice que en Carne nieva siempre durante las largas noches y las largas noches son las noches de Cuaresma. Antes de la reforma, los monjes de la abadía se pasaban en vela durante la Cuaresma, desde las completas a los laudes, es decir, toda la noche, como usted quizá ya sepa. Pero como no existe ahora ya ninguna Orden religiosa vinculada a la abadía, la costumbre ha caído en desuso. Sin embargo, nosotros continuamos observándola rezando en Cuaresma las completas, que es la última de las horas canónicas que se reza antes de acostarse. El director, que profesa gran respeto por las tradiciones de ese género, ha rebautizado nuestros rezos con la denominación antigua. El primer rezo, como sin duda usted ya sabe, que tiene lugar de madrugada, se llama prima. La tercia es la hora tercera del día, es decir, las nueve de la mañana, de modo que aquí no la llamamos rezo matinal, sino tercia. A mí me parece encantador. Y así, durante el Adviento y la Cuaresma, a mediodía en la abadía rezamos la sexta.

—¿Son todos esos oficios obligatorios?

—Desde luego. Si no lo fueran, tendríamos que tomar disposiciones especiales para tener ocupados a los alumnos que no asistieran a ellos. No lo creo conveniente y además no olvide usted que Carne fue fundado por una Orden religiosa.

Hacía una noche magnífica. Al atravesar el recinto, Smiley levantó los ojos para contemplar la torre. Al claro de luna, parecía más pequeña y menos agresiva. La blancura de la nieve hacía clarear el cielo. La silueta de la abadía se destacaba con tanta nitidez contra él que hasta en los más tristes detalles de su mutilación podían distinguirse las desfiguradas estatuas de santos, desventuradas figuras que habían perdido su razón de existir y permanecían ciegas a la evolución del mundo.

Habían llegado a la encrucijada sur de la abadía.

—Parece que es aquí donde nuestros caminos se separan —dijo D’Arcy tendiéndole la mano.

—Hace una noche magnífica —se apresuró a responder Smiley—. Permítame que le acompañe hasta su casa.

—Con mucho gusto —dijo D’Arcy sin entusiasmo.

Tomaron el camino de North Fields. A un lado, corría el alto muro de piedra; por el otro, durante dos kilómetros y medio, la carretera se abría a la enorme extensión de los terrenos de juego que comprendía más de veinte campos de rugby. Recorrieron aquel trecho sin hablar, hasta que D’Arcy se detuvo y, con el bastón indicó una casita en la linde de los campos de deporte.

—Aquello es North Fields y aquella casa, la casa de los Rode. Antiguamente allí vivía el superintendente de los campos de deporte; pero, hace unos años, el colegio añadió otra ala a la casa, convirtiéndola en una vivienda de profesor. Yo vivo en una casa algo mayor, que está un poco más allá en la misma carretera. Por suerte, me gusta mucho andar.

—¿Fue por aquí por donde encontró usted a Stanley Rode aquella noche?

D'Arcy tardó un poco en contestar.

—Fue más cerca de mi casa, a cuatrocientos metros de donde estamos ahora. Tenía un aspecto lamentable. Personalmente no puedo soportar la sangre y si hubiera sospechado lo que iban a ver mis ojos una vez en casa, no creo que le hubiera dejado entrar. Gracias a Dios, mi hermana Dorothy es una mujer muy competente.

Siguieron andando en silencio hasta que Smiley dijo:

—Por lo que dijeron ustedes durante la cena, los Rode formaban una pareja muy mal avenida.

—En efecto. Si la muerte hubiera ocurrido en otras circunstancias, yo la hubiera calificado de providencial: una misericordiosa liberación para Rode. Era una mujer perversa de veras, Smiley, una mujer que se dedicaba a poner a su marido siempre en ridículo. Y creo que lo hacía con toda intención. Hay quien no comparte esta opinión, pero yo estoy convencido de ello y tengo mis buenas razones. Burlarse de su marido era para ella un placer.

—Y de Carne también, sin duda.

—Precisamente. El esplendor de Carne está pasando por un momento crítico. Numerosos colegios e instituciones han cedido a la presión de las masas que exigen el cambio de un estado de cosas, un cambio contra viento y marea. Me cabe la satisfacción de afirmar que Carne se ha negado a unirse a esa piara. Ahora es más importante que nunca protegernos, tanto de los enemigos internos como de los externos.

D'Arcy hablaba con una vehemencia sorprendente.

—Pero ¿hasta ese punto representaba ella un problema? Su marido hubiera podido hablarle, ¿no?

—Desde luego yo nunca le animé a que lo hiciera, se lo aseguro; no acostumbro a inmiscuirme entre marido y mujer.

Habían llegado ante la casa de D'Arcy. Un alto seto de laureles impedía ver la casa desde la carretera, a no ser, claro, las dos chimeneas en lo alto que confirmaban la impresión de Smiley de que se trataba de una gran mansión victoriana.

—Nunca me avergoncé de mi gusto por la época victoriana —dijo D'Arcy mientras abría la verja lentamente—. Pero confieso que en Carne estamos muy lejos de emplear el lenguaje que hoy se emplea en el mundo. Esta casa era el presbiterio de la iglesia de North Fields, pero —el ministro que tiene a su cargo los servicios de la

abadía tiene también la iglesia y como esta casa pertenece al patrimonio de Carne, tuve la suerte de que me fuera atribuida. Buenas noches. Venga a tomar una copa de jerez antes de marcharse, ¿se quedará mucho tiempo?

—Lo dudo. Además imagino que ya tiene usted ahora bastantes preocupaciones.

—¿Qué quiere decir? —preguntó vivamente D'Arcy.

—Los periodistas, la Policía, todas las molestias que siempre significan.

—Ah, sí. Desde luego. Eso desde luego. Pero a pesar de todo, nuestra vida social no tiene por qué cambiar. Damos siempre una pequeña recepción a mitad de semestre y creo que es particularmente importante, en las circunstancias presentes, no dejarla de celebrar. Mañana le enviaré la invitación al «Hotel Sawley». Mi hermana estará encantada. Buenas noches.

Cerró la verja y el chirrido fue celebrado por los frenéticos ladridos de los perros. Se abrió una ventana, y una voz de mujer preguntó sin demasiada amabilidad:

—¿Eres tú, Félix?

—Sí, Dorothy.

—¿No podrías ahorrarte ese ruido de mil diablos? Has vuelto a despertar a los perros.

La ventana se cerró con un golpe elocuente y D'Arcy, sin ni siquiera dirigir una mirada a Smiley, desapareció inmediatamente en las sombras de la casa.

Smiley tomó otra vez la carretera del pueblo. Al cabo de unos diez minutos de marcha, se detuvo para contemplar la casa de los Rode, que estaba a unos cien metros, al otro lado de los campos de deporte. Sombría y misteriosa contra la blancura del campo, se erguía por entre un bosquecillo de abetos. Un sendero conducía hasta ella. En la esquina había un buzón de ladrillo y un poste indicador de roble, muy nuevo, que señalaba el camino, supuso Smiley, que conducía al pueblo de Pylle. No se podía leer lo que decía porque estaba cubierto por una capa de nieve. Smiley frotó con la mano y pudo leer «North Fields» en caracteres góticos tan mal trazados que debían de producir considerable desasosiego a D'Arcy. Nadie había pisado la nieve por allí; al parecer había nevado hacía muy poco. No habría gran circulación entre Pylle y Carne, a buen seguro. Echando un rápido vistazo arriba y abajo de la carretera, Smiley tomó el sendero. Por ambos lados, el alto seto le impedía ver todo lo que no fuera el cielo pálido que las ramas dispersas de los sauces intentaban alcanzar. Le pareció oír un ruido de pasos muy próximo a sus espaldas, pero, al detenerse para escuchar, no pudo oír más que el susurro furtivo de los setos bajo el peso de la nieve. Tomó mayor conciencia del frío que parecía prendido de la humedad estancada en aquel encajonado sendero y que se apoderaba de él como la atmósfera glacial de una casa deshabitada. Pronto, a su izquierda, el seto daba paso a una hilera de árboles que Smiley identificó con el bosquecillo que había vislumbrado

desde la carretera. Allí, bajo los árboles, la nieve dejaba ver a trechos la tierra desnuda. El sendero le condujo, en una curva gradual, hacia la izquierda y, de pronto, la casa surgió ante él, lúgubre y escabrosa al claro de luna. Los muros de ladrillo y piedra estaban casi cubiertos por la hiedra espesa que caía sobre el porche como una melena enmarañada.

Examinó el jardín. El bosquecillo que bordeaba el sendero se adentraba casi hasta la esquina de la casa y hasta el final del césped, haciendo de biombo entre la casa y el campo de deporte. El asesino se había acercado a la casa por un sendero que atravesaba el césped y los árboles para ir a parar al camino que había en el otro extremo del jardín. Observando con sumo cuidado la nieve, llegó a distinguir aquel sendero. La blanca puerta de cristal que había a la izquierda debía dar, probablemente, al invernadero... De repente sintió miedo, miedo de la casa, miedo del tenebroso jardín que la rodeaba. Sintió miedo con la lucidez del dolor. Le parecía que los muros, cubiertos de hiedra avanzaban para apoderarse de él como la vieja que mima y acaricia a un niño al que repugna. La casa era grande pero poco atractiva. A los ojos de Smiley, tomaba formas irreales, negras y escurridizas en los bruscos contrastes del claro de luna. Fascinado a pesar del espanto, se aproximó. Las sombras se abrieron ante él y se cerraron a su paso, avanzaron rápidas para quedar de súbito inmóviles, escondiéndose entre la hiedra espesa o confundiéndose con la negrura de las ventanas.

Notó alarmado su primer movimiento involuntario de pánico. Todos sus sentidos se unieron en un concertado grito de terror en el que vista, oído y tacto no lograban distinguirse en el frenético cerebro. Dio la vuelta en redondo y se lanzó corriendo hacia la verja. Al mismo tiempo, miraba por encima del hombro hacia la casa.

Una mujer, de pie a mitad de sendero, le estaba contemplando y, tras ella, la puerta del invernadero se balanceaba sobre sus goznes.

Se quedó inmóvil durante un instante. Luego dio la vuelta y corrió hacia el invernadero. Olvidando sus terrores, Smiley la siguió. Al llegar a la esquina de la casa la vio, estupefacto, en el umbral empujando la puerta suavemente atrás y adelante, pensativa y descuidada como un niño. Estaba de espaldas a Smiley, pero de pronto se volvió de cara y con el suave carraspeo de Dorset y la entonación infantil de un idiota le dijo:

—Le había *toma* *pol* diablo, *señó*, pero ya veo que no tiene alas.

Smiley no sabía qué hacer. Si avanzaba, corría el riesgo de asustarla y de que entonces escapara. Se esforzó en observarla al otro lado de aquellos metros de nieve que los separaban. Le pareció que llevaba la cabeza cubierta por un gorro o un chal y

una capa sobre los hombros. En la mano tenía una rama de hojas que agitaba suavemente mientras hablaba.

—Pero tú no *pués* hacerme *na* porque llevo en mi mano una rama de muérdago que te mantendrá a raya. Así es que te quedas ahí porque la pequeñita Janie no te deja pasar.

Sacudió la rama con fuerza hacia él y se puso a reír en baja voz. Tenía todavía la mano apoyada en la puerta y al hablar ladeaba un poco la cabeza.

—No te acerques a la pequeñita Janie por bonita que te *paezca*.

—Entendido, Janie —dijo Smiley a media voz—, eres muy bonita, ya lo sé y llevas una capa muy bonita también.

Evidentemente complacida, agarró los bordes de la capa y lentamente giró sobre sus talones en redondo, como un niño parodiando a una dama distinguida.

Entonces Smiley pudo ver que las dos mangas vacías de un abrigo se balanceaban a los lados.

—Hay muchos que le hacen la burla a Janie —dijo en tono de desafío—, pero no hay muchos que hayan visto volar al diablo. Pero Janie lo vio, Janie lo vio. Tiene alas de plata iguales que las de los peces. Janie lo vio.

—¿Dónde has encontrado ese abrigo, Janie?

Juntó las manos y sacudió lentamente la cabeza.

—Es maaalo, oh, qué maaalo es. —Y volvió a reír un poco—. Lo vi cómo volaba a caballo del viento —otra vez se rió— con la luna detrás *pa* alumbrarle el camino. Son como hermanos, la luna y el diablo.

Obedeciendo a un súbito impulso, Smiley arrancó de la pared un puñado de hiedra y se la tendió mientras se iba acercando a ella.

—¿Te gustan las flores, Janie? Ten, toma, flores para Janie; bonitas flores para la bonita Janie.

Estaba a punto de darle alcance cuando, con una rapidez y agilidad sorprendentes, ella atravesó el césped corriendo, desapareció entre los árboles y se alejó sendero adelante a todo correr.

Smiley no la persiguió. Estaba empapado de sudor. En cuanto llegó al hotel, telefoneó al inspector Rigby.

VII. La iglesia del rey Arturo

Nada tan parecido al salón-bar del «Hotel Sawley» como la sección de plantas tropicales de un jardín botánico. Al gusto de una época en que los cactus constituían la última novedad y el bambú su complemento indispensable, el salón-bar había sido concebido arquitectónicamente a imagen y semejanza de un calvero en plena jungla. Columnas de acero a modo de troncos de palmera sostenían un enorme tejado de cristal cuya majestuosa cúpula figuraba el cielo africano. Rodeados de urnas de bronce o de loza vidriada de color verde que contenían todo el elegante y prolijo mundo del cacto, los residentes del hotel podían descansar en los sofás de grácil bambú, bebiéndose a sorbos el café mientras rememoraban la dura vida del safari.

Los esfuerzos de Smiley por conseguir una botella de whisky y un sifón a las siete y media de la tarde no fueron inmediatamente coronados por el éxito. Los periodistas habían desaparecido como buitres que abandonan los esqueletos. El único signo de vida en el hotel era el guardián nocturno que, con aire de discreta desaprobación, le aconsejó que se fuera a la cama. Smiley, obstinado por naturaleza, descubrió media corona en el bolsillo del abrigo y, no sin irritación, se la metió en la mano al viejo. El resultado, si no mágico, fue por lo menos tangible y cuando Rigby llegó al hotel, encontró a Smiley instalado en el salón-bar junto a un buen fuego de gas y con una botella de whisky y dos vasos ante sí.

Smiley le contó los acontecimientos de la tarde con escrupulosa exactitud.

—Fue el abrigo lo que me llamó la atención, un abrigo de hombre. Me acordé del cinturón azul y...

No terminó la frase.

Rigby asintió con la cabeza, se levantó, atravesó a paso ligero el salón y, por la puerta oscilante, ganó el despacho del conserje. Diez minutos después, estaba de regreso.

—Creo que lo mejor será hacernos con ella —se limitó a decir—. He pedido un coche.

—¿Nosotros? —preguntó Smiley con asombro.

—Sí, si no le importa. ¿Qué pasa? ¿Es que tiene miedo?

—Sí —contestó—. Tengo miedo.

El pueblo de Pylle está situado al sur de North Fields, sobre una colina abrupta que se yergue empinada entre los llanos y húmedos pastos del valle de Carne. El pueblo no consiste más que en un puñado de chozas de piedra y una pequeña taberna donde beber cerveza. Desde los campos de deporte de Carne, el pueblo podría tomarse por un saliente de roca sobre un picacho, pues la colina vista desde el norte parece cónica. Los historiadores del lugar aseguran que Pylle es el poblado más

antiguo de Dorset, que su nombre es el término anglosajón que significa puerto y que los romanos lo emplearon como puerto cuando todas las tierras bajas de su alrededor estaban cubiertas por el mar. Dicen también que el rey Arturo lo eligió como lugar de reposo después de haberse pasado siete meses en el mar y que se postró ante san Andrés, patrón de los marineros, donde ahora está la iglesia de Pylle y le encendió una vela por cada mes pasado en el barco; y que en la iglesia, erigida para conmemorar su visita, hay una moneda de cobre que atestigua el relato, la misma que el rey Arturo le dio al guarda antes de hacerse a la mar rumbo a la isla de Avalon. La iglesia se ha conservado hasta hoy, solitaria y sin custodia en la colina.

El inspector Rigby, un apasionado de la historia del lugar, le hizo a Smiley un resumen del legendario pasado de Pylle mientras conducía prudentemente el coche por los caminos nevados.

—Esos pueblecitos perdidos son lugares bastante extraños —concluyó—. Con frecuencia sólo viven dos o tres familias y tan emparentadas entre sí que resulta tan difícil distinguirlas como a las familias de los gatos. De ahí proceden los idiotas. La gente dice que es el signo del diablo, para mí es el signo del incesto. Les aterra tenerlos en el pueblo, ¿sabe? Los sacarían del pueblo a cualquier precio como para lavar la vergüenza, ¿comprende lo que quiero decir?

—Le comprendo.

—Esa Janie es del género beato, a algunos les da por ahí. Ahora todos los de Pylle son disidentes y la iglesia del rey Arturo no la pisa nadie. Se cae a pedazos. Muy de vez en cuando, sube alguien del valle interesado por su historia pero nadie se ocupa de ella, o mejor dicho, nadie se ocupaba hasta el día en que Janie se instaló en ella.

—¿Que se instaló en ella?

—Sí. Y se puso a limpiar la iglesia día y noche, a llenarla de flores campestres y cosas así. Es por eso por lo que la consideran una bruja.

Después de pasar por delante de la casa de los Rode en silencio y de tomar una curva muy pronunciada, empezaron a subir por la empinada cuesta que lleva hasta Pylle. La nieve del camino era nieve virgen y, aparte de ligeros patinazos, el coche avanzaba sin dificultad. La falda de la colina era boscosa y el camino estaba oscuro cuando de pronto se hallaron en una suave meseta donde un viento feroz levantaba oleadas de nieve, leves como el humo, que daban contra el coche. La nieve se había ido amontonando a un lado del camino y cada vez se hacía más difícil avanzar.

Al final, Rigby paró el coche y dijo:

—A partir de aquí seguiremos a pie, si no le molesta.

—¿Falta mucho?

—Poco y malo, diría yo. Ahí arriba, delante mismo, tiene el pueblo.

A través del parabrisas, cubierto por una capa de polvo de nieve, Smiley logró

entrever dos edificios bajos a unos quinientos metros. Una alta silueta embozada se dirigía hacia ellos por el sendero.

—Ése es Ted Mundy —anunció Rigby con satisfacción—, le dije que nos esperara aquí. Es el alguacil de Okeford.

Se asomó por la ventanilla y dijo en tono jovial:

—Eh, hola Ted. ¿Cómo andamos, zorrastrón?

Rigby abrió la puerta trasera y el alguacil subió al coche. Rigby hizo rápidamente las presentaciones.

—Hay luz en la iglesia —dijo Mundy—, pero no sé si Janie está dentro. No se lo puedo preguntar a ninguno del pueblo si no los quiero tener a todos encima. Están todos convencidos de que se marchó para siempre.

—¿Es que duerme allí, entonces, Ted? ¿Tiene una cama o algo así? —preguntó Rigby y Smiley constató, no sin satisfacción, que cuando hablaba con Ted su acento de Dorset era más pronunciado.

—Eso parece, Bill. Aunque yo no encontré ninguna cama cuando estuve allí el jueves. Te voy a decir algo rarísimo, Bill. Me he enterado de que la señora Rode subía a veces hasta aquí arriba, hasta la iglesia, para ver a Janie.

—También yo lo he oído —contestó Rigby—. ¿Por dónde se va a la iglesia, Ted?

—Está en la otra vertiente —contestó Mundy— en un prado que hay a la salida del pueblo. —Se volvió hacia Smiley para añadir—: Es un caso frecuente aquí, supongo que usted lo sabe. —Mundy hablaba despacio, como eligiendo las palabras—. Sabe, cuando la peste, abandonaban a los muertos en el pueblo y se iban; no muy lejos, desde luego, por sus tierras y la iglesia. Espantoso, algo espantoso.

Se hubiera dicho que Mundy insinuaba que en aquella región la peste negra era algo relativamente reciente, casi como si hubiera quien todavía podía contarle por haberlo vivido.

Salieron del coche, luchando por abrir las portezuelas contra el viento que se había desencadenado y se dirigieron al pueblo. Mundy en cabeza y Smiley cerrando la marcha. La borrasca de nieve dura y fina les azotaba el rostro. En semejante noche, caminar por lo alto de aquella blanca colina tenía mucho de irreal. El perfil de la cresta de la desierta colina, el quejido del viento, la nube cargada de nieve que huía ocultando la luna, las siniestras cabañas oscuras junto a las que avanzaban con tantas precauciones, todo, pertenecía a otro mundo.

Mundy torció bruscamente a la izquierda y Smiley adivinó que, evitando pasar por el centro del pueblo, esperaba no atraer la atención de sus habitantes. Al cabo de unos veinte minutos de marcha, pisando nieve honda casi siempre, se hallaron bordeando un seto bajo que separaba dos campos. A su derecha, en el extremo opuesto del campo, vieron brillar en la nieve una tenue luz, tan tenue que Smiley tuvo que mirar dos veces para asegurarse de que no se engañaba. Rigby se detuvo e hizo

una seña a los demás para que se acercaran.

—Creo que es mejor hacerlo ahora —dijo, y dirigiéndose a Smiley añadió—: Quisiera pedirle que se mantuviera un poco a la expectativa. Si surgen complicaciones, no quisiéramos verle mezclado en esto, ¿verdad?

—Claro.

—Ted Mundy, véngase conmigo.

Siguieron el seto hasta llegar a un portillo con un par de escalones. Ahora, por un claro del seto, podían ver distintamente la iglesia, un edificio bajo que parecía más bien un pajar. En un rincón, un débil resplandor como el de la llama vacilante de una vela se adivinaba tras las vidrieras.

—Está dentro —dijo Mundy en voz baja.

Avanzaron, Rigby en cabeza, Smiley siempre detrás. Cruzaron el campo y la iglesia cada vez estaba más cerca. Otros ruidos, nuevos, se mezclaban a los de la tempestad: el seco rechinar de una puerta, el quejido de un techo que amenaza ruina, los suspiros incesantes del viento en una casa agonizante. Los dos hombres que precedían a Smiley se detuvieron casi a la sombra del muro de la iglesia y se quedaron hablando entre susurros. Luego, Mundy se alejó sin hacer ningún ruido y desapareció por la esquina de la iglesia. Rigby esperó un momento, luego se acercó a la estrecha abertura lateral y empujó la puerta trasera.

Se abrió rechinando penosamente sobre sus goznes. Él se metió en la iglesia. Smiley esperaba fuera cuando de pronto, dominando todos los ruidos de la noche, oyó un grito, tan agudo y estridente, tan claro que no podía decirse de dónde provenía, sino, que parecía traído por el viento, montado sobre el caballo alado del aire. Smiley tuvo la visión de la loca Janie tal como se le había aparecido aquella tarde y por segunda vez volvió a distinguir en su grito demente el espantoso acento de la locura. Se quedó esperando durante un instante. El eco se desvaneció. Entonces, aterrado, avanzó lentamente por la nieve hacia aquella puerta abierta.

Sobre el altar desnudo, dos velas y una lámpara de aceite alumbraban precariamente la diminuta capilla. Janie, sentada en los peldaños del santuario, frente al altar, miraba vagamente hacia donde ellos se encontraban. Su rostro inexpresivo estaba pintarrajeado de verde y azul; su zarrapastrosa indumentaria estaba ensartada de siemprevivas y a sus pies, en el suelo, cadáveres de pájaros y otros animalillos, la rodeaban.

Los bancos de la iglesia estaban igualmente decorados con toda clase de animales muertos y el altar adornado de ramas rotas y montoncillos de hojas de muérdago. Entre las velas se erigía una tosca cruz. Pasando por delante de Rigby y de la vacilante silueta de Janie, Smiley cruzó rápidamente la nave y se detuvo ante el altar. Dudó durante un instante, luego se volvió y llamó quedamente a Rigby.

Entre los brazos de la cruz, a modo de tosca diadema, colgaba un collar de

cuentas verdes.

VIII. Flores para Stella

Cuando despertó, el eco del grito de Janie todavía resonaba en sus oídos. Se había propuesto dormir hasta media mañana, pero su reloj marcaba las siete y media. Como todavía estaba oscuro, encendió la lámpara de cabecera y contempló con mirada soñolienta la habitación. Sus pantalones, que había echado sobre la silla, tenían las perneras todavía empapadas por la nieve. En cuanto a los zapatos, no iba a tener más remedio que comprarse otro par. Y allí, al alcance de la mano, tenía las notas que había escrito de madrugada, antes de dormirse: la transcripción, hecha de memoria, de aquel monólogo que mantuvo Janie en el viaje de vuelta a Carne, un viaje que le sería muy difícil olvidar. Mundy se había instalado en el asiento trasero con ella. Janie hablaba sola como hacen los niños, formulándose preguntas que ella misma contestaba con el tono paciente de un adulto para quien la respuesta es evidente.

Parecía presa de una obsesión muy determinada y precisa. Había visto al diablo. Lo había visto volar por los aires, con las alas de plata desplegadas tras él. El recuerdo, tan pronto parecía resultarle divertido, como henchirla de la sensación de su propia importancia o belleza, como aterrarla hasta el punto de hacerla llorar y suplicarle que se fuera. Entonces Mundy le hablaba amablemente e intentaba calmarla. Smiley se preguntaba si los policías acababan por acostumbrarse a esas escenas lamentables, a ropas que no eran más que harapos que envolvían a miembros torturados, a idiotas quejumbrosos que aullaban y lloraban agarrados a ellos. Desde la noche del crimen, ella no había cesado de huir y esconderse en las noches sin fin, buscando su alimento en los campos y en las basuras... ¿Qué había hecho ella aquella noche? ¿Qué habría visto? ¿Había matado a Stella Rode? ¿Había visto al asesino y se había imaginado que era el diablo volando por los aires? ¿Por qué se había imaginado tal cosa? Si Janie no había matado a Stella Rode, ¿qué vio entonces que la había aterrado de tal forma como para pasar tres largas noches rondando por los campos como una bestia por el bosque? ¿Había dado fuerza a su brazo el demonio que la poseía? ¿La fuerza de matar? ¿Era el diablo quien cabalgaba por los aires?

Pero ¿y las cuentas, el abrigo y las pisadas en la nieve que no eran las suyas...? ¿Dónde quedaban? Echado en la cama, se preguntaba en vano acerca de todos aquellos enigmas. Iba siendo hora de levantarse: aquella mañana se celebraba el funeral.

Cuando salía de la cama, sonó el teléfono. Era Rigby. Su voz parecía tensa y apremiante.

- Necesito verle. ¿Puede pasar por mi despacho?
- ¿Antes o después del funeral?
- Antes a ser posible. ¿Por qué no ahora mismo?
- Estaré con usted dentro de diez minutos.

Por primera vez, Smiley le vio cansado y preocupado.

—Se trata de Janie la loca. El jefe piensa que debemos inculparla.

—¿De qué?

—De asesinato —respondió Rigby con voz crispada, pasando a Smiley un pequeño expediente por encima de la mesa—. La vieja loca ha hecho una declaración... Una especie de confesión.

Permanecieron en silencio mientras Smiley leía la extraordinaria declaración. Janie la loca lo había firmado con sus iniciales, J. L., trazadas con escritura infantil y de tamaño de un par de centímetros. El policía que había tomado la declaración había intentado condensar y simplificar su relato, pero después de la primera página parecía haber renunciado a hacerlo. Por fin, Smiley llegó a la descripción del asesinato:

«Así que voy y le digo a mi palomita: “Eres una mala porque te vas con el diablo”, pero ella no me hizo caso, ¿sabe?, y entonces me enfadé mucho con ella, pero no le importó. No me gusta que nadie se vaya con el diablo por la noche, y se lo dije. Si hubiera tenido muérdago, no hubiera pasado nada, ésa es la verdad. Y yo se lo dije, pero no quería oír nada. Y eso es todo lo que Janie tiene que decir, además de que ella sacó al diablo de allí. Sí, Janie lo hizo. Y hay una que me lo agradecerá, mi palomita, y por eso me llevé sus joyas para los santos, yo, para que hagan bonito en la iglesia y un abrigo para no tener frío».

Rigby le observaba mientras volvía a poner la declaración sobre la mesa.

—Y bien, ¿qué le parece?

Smiley dudaba. Al fin contestó:

—Me parece una buena sarta de simplezas.

—Claro que sí —dijo Rigby con cierto desprecio—. Cuando merodeaba por allí, vio algo, sólo Dios sabe qué; probablemente trataba de robar algo, no me extrañaría nada. Quizá despojó el cadáver o simplemente recogió las cuentas del collar de allí donde el asesino las había dejado caer. Hemos averiguado lo del abrigo. Pertenecía a una tal señora Jardine, que tiene una panadería en Carne. La señora Jardine se lo dio a Stella Rode el miércoles para sus refugiados y Janie lo pescó del invernadero, como dice «un abrigo para no tener frío». Pero en cuanto al asesinato, ella es tan culpable como usted o como yo. ¿Y las pisadas, y las huellas de guantes de goma del invernadero? Además, Janie no es lo bastante fuerte como para cargar con esa pobre mujer quince metros pisando nieve. Fue un hombre quien le dio el golpe. Eso salta a la vista.

—Entonces, ¿qué vamos a...?

—Hemos interrumpido la investigación y yo tengo que preparar un expediente contra cierta Jane Lyn, de Pylle, por el asesinato con premeditación de Stella Rode. He querido hacérselo saber yo mismo antes de que lo lea en los periódicos. Así ya

sabr  de qué se trata.

—Gracias.

—Mientras tanto, si puedo ayudarle en lo que sea, estoy a su disposición. — Pareció dudar, como si quisiera añadir algo, pero cambió de opinión.

Al bajar por la amplia escalera, Smiley experimentaba una sensación de impotencia y cólera que no era, precisamente, el adecuado estado de ánimo para asistir a un funeral.

Fue una ceremonia admirablemente bien organizada. Ni las flores ni la asistencia sobrepasaban el número que las circunstancias requerían. No había sido enterrada en la abadía, teniendo en cuenta la sencillez de la difunta quizá, sino en el cementerio de la parroquia. El director, como era su costumbre, estaba muy ocupado aquel día y delegó su representación en su esposa, una mujer pequeña e insignificante que había vivido mucho tiempo en la India. A la cabeza del cortejo iba D'Arcy, poniéndose en evidencia por su intempestivo celo de bedel inquieto y el reverendo Cardew había venido también para guiar a la pobre Stella por entre el laberinto del ritual anglicano. También los Hecht estaban all . Charles completamente de negro, cepillado y reluciente, y Shane, trágica en su traje de luto y con un sombrero negro de alas muy anchas.

Smiley, que como los demás había llegado temprano temiendo la aglomeración de público atraído por la malsana curiosidad que la ceremonia podía suscitar, tom  asiento a la entrada de la capilla. Observaba con interés a todos los que iban llegando, esperando con curiosidad ver por primera vez a Stanley Rode.

Llegaron diversos comerciantes y tenderos embutidos en trajes de sarga y con corbata negra y formaron un grupito al sur de la nave, apartados de los profesores y sus esposas. Pronto se les unieron otros habitantes del lugar, mujeres que habían conocido a Stella Rode en la iglesia y luego Rigby, que miró de frente a Smiley sin hacer ninguna seña. Cuando sonaron las tres, un anciano muy alto franqueó lentamente el umbral, con los ojos al frente sin ver ni saludar a nadie. A su lado iba Stanley Rode.

A primera vista aquella cara no le dijo nada a Smiley que buscaba en vano en ella signos de un carácter o indicios de una personalidad. Un rostro cualquiera, insignificante, más bien regordete, sin ninguna distinc n. Aquel rostro era el que le correspondía a aquel cuerpo bajo y desgarbado y a aquel pelo negro y ordinario. Todo él respiraba la correspondiente actitud de pena. Al verlo pasar por la nave central y tomar asiento en la presidencia del duelo, Smiley se dijo que su porte y modo de andar bastaban para hacer de él un extraño en Carne. Si resultaba vulgar llevar la estilográfica en el bolsillo exterior de la americana, usar gruesos jers is caseros y corbata marrón, andar a saltitos separando las puntas de los pies, entonces, sin lugar a

dudas. Rode era vulgar porque, aunque no cometiera ninguno de esos pecadillos, sus maneras los traían inmediatamente a la memoria.

Entraron en el cementerio tras el ataúd y se agruparon alrededor de la tumba abierta. D'Arcy Y Fielding estaban de lado, aparentemente absorbidos por la ceremonia. El alto anciano que acompañaba a Rode parecía visiblemente conmovido y Smiley supuso que sería Samuel Glaston, el padre de Stella. Al terminar la ceremonia, se alejó rápidamente del gentío, haciendo una breve señal a Rode y desapareció en la iglesia. Parecía como si le costara esfuerzo avanzar, como si anduviera en contra de un fuerte viento.

El pequeño grupo se fue alejando lentamente de la tumba hasta que junto a ella sólo quedó Rode, personaje extrañamente tieso y crispado, tenso y violento, de ojos muy abiertos, pero de mirada vacía, los labios prietos en la severa actitud del pedagogo. Luego, mientras Smiley le observaba, Rode pareció despertar de un sueño; los músculos de su cuerpo se relajaron de repente y él, lentamente, se apartó de la tumba con paso seguro; y sin vacilación se dirigió al grupo que ahora se había reunido junto a la verja del cementerio. Entonces Fielding, que se mantenía detrás de los demás, le vio aproximarse y, ante la estupefacción de Smiley, se alejó deliberadamente y a toda prisa, con una expresión de abierta antipatía. No fue el gesto calculado del hombre que quiere mostrar su desdén a otro, puesto que nadie, ni el mismo Rode, se fijó en él. Por una sola vez, Terence Fielding parecía dominado por una emoción auténtica e indiferente a la impresión que su actuación pudiera causar.

De mala gana, Smiley se unió al grupo. Rode se mantenía un poco apartado. Estaban los D'Arcy y tres o cuatro profesores más. Nadie se mostraba precisamente locuaz.

—¿Es usted el señor Rode? —inquirió.

—Sí, el mismo. —Hablaba cuidando cada una de las sílabas, con un asomo de acento que se esforzaba en reprimir.

—Represento a la señorita Brimley, de *La Voz Cristiana*.

—Ah, sí.

—Se mostró muy interesada en que *La Voz* estuviera representada hoy. Pensé que a usted le gustaría saberlo.

—Ya vi su corona; fue muy amable de su parte.

—Su esposa era uno de nuestros más adictos suscriptores —prosiguió Smiley—. La considerábamos, por decirlo así, como de familia.

—Sí, sentía una auténtica debilidad por *La Voz*.

Smiley se preguntó si Rode se mostraba siempre así de impasible o si su apatía se debía a su duelo.

—¿Cuándo llegó usted...? —preguntó de pronto Rode.

—El viernes.

—Así que aprovechando la ocasión para pasar el fin de semana, ¿eh?

Smiley se quedó tan perplejo que no supo qué decir. Rode seguía mirándole en espera de una respuesta.

—Tengo aquí un par de amigos..., Fielding...

—¡Ah..., Terence!

Smiley estaba seguro de que Rode no tenía suficiente intimidad con Fielding como para llamarle por su nombre de pila.

—Si me autoriza usted —aventuró Smiley— quisiera escribir un artículo necrológico para la señorita Brimley. ¿Tiene usted alguna objeción?

—Eso le hubiera gustado a Stella.

—A no ser que ello le resulte demasiado molesto en estos momentos, me gustaría pasarme por su casa mañana para preguntarle algunos detalles.

—Venga cuando quiera.

—¿A las once?

—Con mucho gusto —respondió Rode en tono casi vivaracho.

Y se dirigieron juntos hacia la verja del cementerio.

IX. Los dolientes

No era una jugada apropiada para un hombre que acababa de perder a su esposa tan bruscamente. Smiley se daba perfecta cuenta de ello. En el momento en que levantaba la aldaba de la verja y se adentraba por el caminito en que dos noches atrás había mantenido aquella extraña conversación con Janie Lyn, se confesaba que hacerle una visita a Rode en semejante momento y con semejante pretexto era cometer una falta de delicadeza que demostraba una carencia total de principios. A lo largo de todos aquellos años de labor clandestina, Smiley no logró nunca identificar el fin con los medios, lo que era una nota distintiva de su personalidad. Crítico severo de sus motivaciones, había logrado descubrir, tras una paciente observación, que él no era el individuo frío y razonador que sus gustos y costumbres hubieran podido hacer suponer. En una ocasión, durante la guerra, sus superiores lo describieron como el individuo que poseía la picardía del diablo y la conciencia de una virgen, descripción que se ajustaba bastante a la realidad.

Hizo sonar el timbre y esperó.

Stanley Rode abrió la puerta. Iba pulcramente vestido.

—¡Hola! ¿Qué tal? —preguntó como si fuesen grandes amigos—. Óigame, ¿no tendrá usted coche, por casualidad?

—Sí, pero lo dejé en Londres.

Rode pareció decepcionarse.

—No importa. Pensé que podríamos ir a dar una vuelta y hablar por el camino. Empiezo a estar hasta la coronilla de dar vueltas por esta casa solo. La señorita D'Arcy me invitó a que me instalara en su casa por unos días. Son una gente excelente, excelente como poca. Pero confieso que por ahora no tengo ganas. Por lo menos por ahora no.

—Lo comprendo muy bien.

—¿Sí? —dijo mientras ayudaba a Smiley a desprenderse del abrigo—. No creo que haya muchas personas que lo comprendan. Me refiero a la soledad. ¿No sabe usted lo que hicieron el director y el señor D'Arcy? Oh, con buena intención, desde luego. Han repartido mis hojas de examen entre los demás profesores. Las hojas que yo tenía que corregir, ¿sabe?, ¿y qué es lo que voy a hacer yo aquí solo? Me han dispensado de las clases, de todo. Entre todos se han repartido mi trabajo. Parece como si quisieran deshacerse de mí.

Smiley asintió vagamente con la cabeza. Rode le abrió paso hacia el salón.

—Ya sé que lo han hecho pensando en que era lo que más me convenía, como ya le he dicho. Pero después de todo, yo he de emplear mi tiempo en algo, ¿no? Simon Snow se ha quedado con algunas de las hojas de mi clase. ¿Le conoce usted, por casualidad? Sesenta y uno sobre cien: ésa es la nota que le ha puesto a uno de mis

alumnos. Y ese alumno es una nulidad. A principio de curso, ya le dije a Fielding que era imposible que pasara. Perkins se llama, un muchacho simpático, prefecto de la «casa» de Fielding. ¡Ya se hubiera podido contentar con sacar un treinta! Y Simon va y les da sesenta y uno... Todavía no he visto los exámenes, claro, pero es imposible. Absolutamente imposible.

Tomaron asiento.

—Y no es que yo no quiera que el muchacho prosiga sus estudios. Es más bien simpático, nada extraordinario, pero muy bien educado. Mi mujer y yo pensábamos invitarle a tomar el té este semestre. Y lo hubiéramos hecho de no...

Se hizo un instante de silencio. Smiley iba a hablar cuando Rode se levantó y dijo:

—He puesto el agua en el fuego, señor...

—Smiley.

—He puesto el agua en el fuego, señor Smiley. ¿Quiere tomar una taza de café?

La voz estudiada, ajustada como un traje de alquiler, pensó Smiley.

Rode volvió al cabo de unos minutos con una bandeja y cada cual se sirvió el café, dosificándolo a su propio gusto.

A Smiley, las pretensiones sociales de Rode y sus constantes esfuerzos por ocultar sus orígenes le producían continua irritación y malestar. Cada una de sus palabras, cada uno de sus gestos, le traicionaba. El modo de doblar el codo al sorber el café, de estirar el pliegue del pantalón al sentarse.

—Me pregunto si yo quizá podría ahora...

—Adelante, señor Smiley.

—Quede claro que nosotros nos interesamos principalmente por la relación de la señora Rode con... nuestra Iglesia.

—Naturalmente.

—Se casaron ustedes en Braxome tengo entendido.

—En la iglesia de Braxome Hill, una iglesia muy bonita.

A D'Arcy no le hubiera gustado su manera de decirlo. De fanfarrón en moto. Lapiceros en el bolsillo exterior de la americana.

—¿Cuándo fue?

—En setiembre del cincuenta y uno.

—¿Se dedicaba la señora Rode a las obras de caridad, en Braxome? Sé que aquí desplegaba una gran actividad.

—No, en Braxome no. Pero aquí mucho. Es que en Braxome, sabe usted, ella tenía que atender a su padre. Aquí estaba al cargo de la Ayuda al Refugiado. No empezó a funcionar del todo hasta el cincuenta y seis. Empezó con los húngaros y este último año...

Smiley espiaba a Rode detrás de sus gafas, pero de pronto, dándose cuenta de su

actitud, disimuló y miró a otra parte.

—¿Tomaba ella parte en las actividades de la vida social de Carne? ¿Hay en Carne algún club Femenino o algo por el estilo? —preguntó Smiley inocentemente.

—Sí, un poco, claro. Pero siendo disidente, frecuentaba más a la gente disidente del pueblo... Sobre ese punto, podría hablar usted con el reverendo Cardew, el pastor.

—Pero ¿podría decirse, señor Rode, que ella tomaba parte activa en la vida del colegio? Rode respondió tras una vacilación:

—Sí, claro.

—Gracias.

Tras otro silencio, Smiley prosiguió:

—Nuestros lectores, claro está, se acordarán de que la señora Rode ganó el concurso de Consejos Culinarios. ¿Guisaba bien?

—Muy bien. Cocinaba corriente, desde luego, nada de platos rebuscados ni de requisitos.

—¿Se le ocurre a usted alguna cosa que añadir sobre ella, algo que a ella misma le hubiera gustado que publicásemos en esta ocasión?

Rode se quedó mirándole con ojos inexpresivos. Luego se encogió de hombros.

—No, de veras. No se me ocurre nada. ¡Oh! Sí, quizá mencionar que su padre era juez de paz en el Norte. Se sentía orgullosa de eso.

Smiley terminó de beber su café y se levantó.

—Ha sido usted muy amable conmigo, señor Rode. Se lo agradecemos de veras, téngalo por seguro. No dejaré de enviarle una prueba de nuestro artículo...

—Gracias. Lo hago por ella, compréndalo. Siempre demostró una gran predilección por *La Voz*. *La Voz* y ella crecieron juntas...

Se dieron la mano.

—A propósito, ¿sabe dónde podría encontrar al señor Glaston? ¿Está todavía en Carne o ha regresado ya a Braxome?

—Desde luego ayer estaba aquí. Piensa regresar a Braxome esta tarde. La Policía quería verle antes de su marcha.

—Ya comprendo.

—Tiene alquilada una habitación en el «Hotel Sawley».

—Muchas gracias. Quizás intente hablar con él antes de marcharme.

—¿Cuándo, pues, piensa usted marcharse?

—Muy pronto, supongo. Adiós, pues, señor Rode. Por cierto, si... —empezó a decir Smiley.

—Dígame.

—Si alguna vez se encuentra usted en Londres sin nada que hacer y tiene ganas de charlar un rato... y tomar una taza de té, estaremos encantados de verle por *La Voz*, Siempre que quiera.

—Gracias. Muchas gracias, señor...

—Smiley.

—Gracias, es muy amable. Hace tiempo que no me han dicho algo así. Lo acepto con gusto y ya pasaré a saludarle. Ha sido muy amable.

—Adiós.

Volvieron a darse la mano. La de Rode era seca y fría. Suave.

De nuevo en el hotel, se instaló en un pupitre del salón vacío de clientes y escribió una nota para el señor Glaston.

Muy señor mío:

He venido en representación de la señorita Brimley de *La Voz Cristiana*. Tengo un par de cartas de Stella que creo le gustará leer. Perdóneme por venir a importunarle en un momento tan triste. Tengo entendido que usted piensa marcharse de Carne esta tarde y me gustaría saber si podría recibirme antes de partir.

Cerró cuidadosamente el sobre y lo llevó a la recepción. Como ya no había nadie, llamó al timbre y esperó. Acabó por venir un ordenanza, en otro tiempo carcelero, de rostro grisáceo y sin afeitar que después de examinar el sobre un buen rato con aire crítico, aceptó, gracias a una buena propina, llevarlo a la habitación del señor Glaston. Smiley se quedó en la recepción esperando.

Smiley era uno de esos solitarios que parece que han venido al mundo a los dieciocho años con una educación perfecta. Enigmático era su carácter y también su profesión. Los tortuosos caminos del espionaje no son frecuentados por los temerarios y brillantes aventureros descritos en las novelas. El hombre que, como Smiley, ha pasado años viviendo y trabajando entre los enemigos de su patria repite una sola letanía: pasar siempre, absolutamente siempre, inadvertido. Confundirse entre la gente es su máximo afán, que la multitud pase junto a él por la calle sin dirigirle ni una mirada, su aspiración suprema, y se arrima a ella por cuanto de anonimato y seguridad le ofrece. El miedo que siente le hace incluso servil: llegaría hasta abrazar a los impacientes tenderos que a empujones le sacan de la acera. Admira a los funcionarios, a la Policía, al conductor del autobús por la impávida indiferencia de sus actitudes.

Pero ese miedo, ese servilismo, esa subordinación desarrollaron en Smiley una aguda percepción del colorido humano: una sensibilidad viva, femenina, para captar su carácter, personalidad y fines. Sabía distinguir la humanidad como el cazador la madriguera, como la zorra el bosque. Porque el espía ha de cazar mientras van a su caza y el coto de caza es la multitud de la calle. Por eso, había llegado a saber interpretar todos sus gestos y palabras, a no pasar por alto ni un cambio de miradas ni

un movimiento, igual como el cazador no puede pasar por alto el helecho doblado o cómo la zorra detecta el peligro.

Mientras aguardaba pacientemente la respuesta de Glaston, pasó revista a los múltiples acontecimientos de las últimas veinticuatro horas para situarlos de una manera objetiva. ¿Cuál podía ser la causa de la actitud de D'Arcy para con Fielding? ¿Por qué daba la impresión de que estaban compartiendo, a pesar suyo, un vil secreto? Clavó sus ojos, más allá de los jardines descuidados del hotel, en la abadía de Carne, y pudo ver tras el tejado de plomo las familiares almenas del colegio: ellas impedían la intrusión del presente y protegían el pasado. Imaginó la corte de honor a la hora en que los alumnos salían de la iglesia: los grupos con abrigo negro en las ociosas actitudes propias de la Inglaterra del siglo XVIII. Entonces se acordó del otro colegio que había junto a la Comisaría. La escuela secundaria de Carne, algo tan postizo como la conserjería de un cementerio abandonado, que desentonaba en el ambiente de Carne como su fachada de ladrillo y sílex junto a las doradas almenas del patio central del colegio.

«Sí —se decía Smiley—, muy largo es el camino que lleva recorrido Stanley Rode desde la escuela secundaria de Braxome».

Y si Rode era el asesino de su mujer, Smiley estaba convencido de que hallaría el motivo y el modo en aquel largo y duro camino que lo había llevado hasta Carne.

—Fue muy amable al venir —dijo Glaston— y muy amable la señorita Brimley al enviarle. *La Voz* está en manos de gente de bien, desde siempre. —Dijo lo de «gente de bien» como si fuera el máximo calificativo a que estuviera acostumbrado.

—Quisiera que leyera usted estas cartas, señor Glaston. Me temo que la segunda va a sorprenderle, pero estoy convencido de que comprenderá que era mi obligación enseñársela.

Habían tomado asiento en el salón donde las gigantescas plantas parecían montar la guardia.

Smiley alargó las dos cartas a Glaston. El anciano las tomó con pulso firme y las leyó. Las mantenía bastante alejadas de los ojos, echando su poderosa cabeza hacia atrás, con los ojos entornados, el crispado perfil de sus labios con las comisuras hacia abajo. Dijo por fin:

—Usted estuvo con la señorita Brimley durante la guerra, ¿verdad?

—Sí, trabajé también con John Landsbury.

—¿Y es por esa razón, claro, por lo que la señorita Brimley se dirigió a usted?

—Sí.

—¿Pertenece usted a la Iglesia disidente?

—No.

Se quedó sin decir nada durante un rato, con las manos cruzadas sobre las rodillas y las cartas sobre la mesa frente a él.

—Cuando se casaron, Stanley era disidente. Se convirtió al anglicanismo después, ¿lo sabía usted?

—Sí.

—En mi tierra, allá en el Norte, eso no se hace. Tuvimos que luchar por nuestra fe y ganamos. Algo parecido al derecho al voto.

—Lo sé.

Se mantenía erguido como un soldado. Su aspecto era más bien severo que triste. De pronto, sus ojos se posaron en Smiley y se quedaron observándole mucho rato con sumo interés.

—¿Es usted profesor? —preguntó.

Smiley se dijo que, en sus tiempos, el señor Glaston debió de ser un hombre de negocios muy avisado.

—No... En cierto modo estoy retirado.

—¿Casado?

—Lo estuve.

El anciano volvió a su mutismo y Smiley se arrepintió de haber forzado la entrevista.

—A ella le encantaba cotorrear —dijo al fin.

Smiley se abstuvo de cualquier comentario.

—¿Había puesto al corriente a la Policía?

—Sí, pero ya lo estaba. Quiero decir que ya sabían que Stella creía que su marido quería matarla. Había intentado decírselo al reverendo Cardew...

—¿El pastor?

—Sí. Él imaginó que estaba sobreexcitada por exceso de trabajo y... que se engañaba.

—¿Opina usted lo contrario?

—No sé. No lo sé. Pero por lo que he oído decir de su hija, no creo que estuviera desequilibrada. Hubo algo que despertó sus sospechas, algo que la asustó tremendamente. Creo que debemos tenerlo siempre muy en cuenta. Para mí no es una coincidencia que ella tuviera miedo antes de su muerte. Y por lo tanto no creo que la mendiga loca la haya matado.

Samuel Glaston hizo una lenta señal con la cabeza. Smiley tuvo la impresión de que el anciano se esforzaba en dar muestras de interés, en parte por educación y en parte también porque no demostrarlo hubiera sido confesar que para él hasta la misma vida carecía ya de interés.

Después, tras un largo silencio, dobló las cartas cuidadosamente y se las devolvió a Smiley, que esperó a que él hablara. Pero no dijo nada.

Al cabo de unos pocos instantes, Smiley se levantó y salió de la habitación sin hacer ruido.

X. Cosas de mujeres

Shane Hecht sonrió y bebió otro sorbo de jerez.

—Debe de ser usted una persona terriblemente importante —le dijo a Smiley— para que D’Arcy saque un jerez decente. ¿Qué hace usted? ¿Pertenece a la nobleza de Gotha?

—He de confesarte que no. Terence Fielding nos invitó a cenar a los dos el sábado por la noche y D’Arcy me dijo que viniera hoy a tomar una copa en su compañía.

—Terence es absolutamente perverso, ¿no cree? Charles lo aborrece. La verdad es que no tienen ni un solo punto de vista común... Pobre Terence. Es su último semestre, ¿sabe?

—Sí, lo sé.

—Fue tan amable ayer acompañándonos durante el funeral. Los detesto, ¿y usted? El negro es tan antihigiénico. Siempre recordaré el funeral del rey George V. En aquella época Lord Sawley pertenecía a la Corte y le dio a Charles dos invitaciones. Fue tan amable. Siempre digo que después de aquello ningún funeral nos parece bien. Si bien en eso de los funerales, no es que yo tenga las ideas muy claras, ¿y usted? Tengo la sospecha de que son esencialmente una diversión para el vulgo: un vaso de coñac y un trozo de pastel en el salón. Creo que hoy la tendencia entre la gente de nuestra clase es celebrar unas discretas exequias: nada de flores, sólo un breve elogio fúnebre seguido de la ceremonia religiosa.

Sus ojillos brillaban de placer; terminó su jerez y le tendió la copa vacía a Smiley.

—Por favor, amigo mío. Detesto el jerez, desde luego, pero Charles es tan tacaño. Smiley le llenó la copa con el garrafín de la mesa.

—¡Qué horror de asesinato! ¿No cree? Esa mendiga debe de estar loca. Stella Rode era una persona tan simpática... y tan original. Tenía un don extraordinario para arreglarse sus vestidos... Pero tenía unos amigos la mar de curiosos. Todos eran como Juan el leñador y Pedro el pescador, ya sabe lo que quiero decir.

—¿Tenía muchos amigos en Carne?

Shane Hecht soltó una risita y dijo:

—Nadie tiene muchos amigos en Carne... Claro que ella no facilitaba las cosas... Los domingos se presentaba siempre con vestido de crespón negro... ¿Por qué será que la gente de clase baja lo hace siempre? En el pueblo caía simpática, creo. Allí se adora a todo el que traiciona a Carne. Y además era de la Iglesia científica cristiana, o algo así.

—De la Iglesia baptista, tengo entendido —dijo Smiley sin pensar.

Se le quedó mirando un momento con abierta curiosidad.

—Qué delicadeza —murmuró ella—. Y dígame, ¿usted, qué es?

Smiley, con una pizca de ironía, contestó que estaba cesante y de pronto se dio cuenta de que por un pelo no tendría que contarle toda su vida a Shane Hecht, como un chiquillo. Su fealdad, su tamaño, su voz, unidos a la elegante malicia de su conversación, le conferían una autoridad peligrosa. Smiley no podía por menos que compararla a Fielding, pero para Fielding los demás apenas existían. En cambio, para Shane Hecht sí existían: existían para proporcionarle la ocasión de criticar su conducta social, para ser puestos en ridículo..., mutilarlos, aniquilarlos.

—He leído en el diario que su padre tenía buena posición. Un hombre del Norte. Segunda generación. Realmente sorprendente lo poco complicada que era Stella..., sencilla y natural... Es increíble esa necesidad que sentía de ir a la lavandería o de ser amiga del primer mendigo que se le ponía por delante... Claro que la gente de los Midlands es muy distinta a nosotros, ¿no cree? No hay más que tres familias con un nombre entre Ipswich y Newcastle. ¿De dónde me dijo usted que era, mi buen amigo?

—De Londres.

—¡Qué bien! Un día fui a tomar el té a casa de Stella. Primero sirvió la leche y el té era de la India. Algo tan distinto... —De pronto se quedó mirando a Smiley y dijo —: Voy a decirle un secreto: llegué casi a admirarla de tan insoportable. Era una de esas esnobs horriblemente pesadas que imaginan que la virtud es patrimonio de los pobres. —Se sonrió y luego añadió—: No le puedo decir más que, hablando de Stella Rode, llegué a estar de acuerdo con Charles, y eso es mucho decir. Si le gusta estudiar a la Humanidad, obsérvenos: somos como el día y la noche.

En aquel instante, la hermana de D'Arcy vino a unirse a ellos. Era una mujer huesuda y masculina, de pelo gris y descuidado, boca ávida y arrogante.

—Dorothy, encanto —murmuró Shane—. ¡Qué reunión tan agradable! Lo has preparado todo de maravilla. Y qué interesante resulta conocer a una persona de Londres, ¿verdad? Estábamos hablando del funeral de esa pobre señora Rode...

—Stella Rode no tenía muy buenas maneras, Shane, pero hizo mucho por mis refugiados.

—¿Por sus refugiados? —preguntó Smiley inocentemente.

—Sí, húngaros. Se desvivía recogiendo cosas para ellos: muebles, ropas, dinero. Fue una de las pocas que de veras hizo algo. —Al decirlo miraba significativamente a su marido.

—Era una criatura muy activa y no le importaba arremangarse cuando se presentaba el caso. Había movilizad a todas las mujeres de la Iglesia disidente y recogían toneladas de cosas. Tenemos obligación de hacerle justicia. Esas mujeres tenían auténtico entusiasmo. Félix, un poco más de jerez.

Repartidas entre las dos habitaciones, había unas veinte personas, pero como Smiley había llegado un poco tarde, había sido retenido no muy lejos de la puerta por

el grupo formado por D'Arcy y su hermana, Charles, Shane Hecht, un joven profesor de Matemáticas llamado Snow y su esposa, y un vicario de la abadía. Smiley, azorado, con el aire de un topo con gafas, pasó revista a su alrededor, pero no logró ver a Fielding.

—Sí —proseguía Dorothy D'Arcy—, era una hormiguita laboriosa... Hasta su último momento. Yo fui a su casa el viernes, con esa especie de pastor de su iglesia de hojalata que se llama Cardew. Para ver si había que ordenar el lote de los refugiados. Pero todo estaba en perfecto orden, empaquetado y con la dirección puesta. No tuvimos más que enviarlo. Verdaderamente era una persona activa como pocas. En nuestro bazar de caridad logró vender más que nadie, ¿sabe usted?

—Sí, encanto —dijo Shane Hecht muy melosa—. Me acuerdo muy bien. Fue el día que la presenté a Lady Sawley. Llevaba un sombrerito muy mono. El de los domingos, ya sabes. Y qué respeto. La llamaba «Milady». —Se volvió hacia Smiley para susurrarle—: Más bien feudal, ¿no le parece? A mí me encanta: ya se ha perdido eso tanto en nuestros días.

En un ángulo de la habitación, el profesor de Matemáticas y su mujer mantenían una conversación con Charles Hecht y, poco después, Smiley se las compuso para escapar de su grupo y unírseles.

Ann Snow era una bonita joven de cara más bien cuadrada y nariz respingona. Su marido era alto y esbelto y se inclinaba con distinción. Sostenía un vaso de jerez entre los dedos delgados como si se tratara de una retorta química y cuando hablaba parecía hacerlo más bien al jerez que a su interlocutor. Smiley recordó haberlos visto en el funeral. Hecht estaba ligeramente sonrojado y parecía más bien molesto mientras fumaba su pipa. La conversación seguía a trompicones ya que el grupo vecino les interrumpía cada dos por tres. Hecht, siempre remoto y taciturno, acabó por apartarse de ellos y se quedó ostensiblemente solo junto a la puerta.

—Pobre Stella —dijo Ann Snow al poco—. Perdón —añadió—. No consigo sacármela de la cabeza. Parece cosa de locos, de locos. En fin, quiero decir, ¿por qué esa Janie habrá hecho una cosa semejante?

—¿Quería usted a Stella? —le preguntó Smiley.

—Pues claro que la queríamos. Era un encanto. Hace ya cuatro semestres que estamos aquí, pero quizás ella fue la única persona que se mostró de veras amable con nosotros. —Su marido no hizo comentario, se limitó a asentir con la cabeza a su copa de jerez—. Simon no hizo sus estudios en Carne, sabe usted, al contrario de la mayoría de los profesores. Por eso no conocíamos a nadie y nadie demostró demasiado interés por nosotros. Todos hicieron como si estuviesen encantados de tenernos entre ellos, claro, pero fue Stella quien realmente...

Dorothy D'Arcy cayó de pronto sobre ellos.

—Señora Snow —dijo con tono cortante—. Tenía ganas de hablar con usted.

Quiero que sea usted quien tome a su cargo la labor que Stella Rode venía haciendo por los refugiados. —Lanzó a Simon una mirada escrutadora—. El director se interesa mucho por los refugiados.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó Ann Snow consternada—. De verdad que no puedo, señorita D’Arcy, yo...

—¿Que no puede? ¿Y eso por qué? Bien que le ayudó usted a la señora Rode a vender en su puesto del bazar, ¿no?

—Así que es de allí de donde sacaba ella sus vestidos —silbó Shane Hecht tras ellos. Ann, sin convicción contestó:

—Pero... es que yo..., yo no tengo el aplomo de Stella, compéndalo. Y además ella era baptista: toda la gente de aquí le daba cosas y todos la apreciaban mucho. Conmigo, sería muy distinto.

—Eso no son más que estúpidas ñoñerías —declaró la señorita D’Arcy, que hablaba a las mujeres más jóvenes que ella como si fueran criados o niños de la calle.

Shane Hecht, a su lado, añadió:

—A los baptistas no les parece bien tener un banco propio en la iglesia, ¿verdad? ¡Les comprendo de maravilla! Porque sabiendo que tiene su banco pagado en la iglesia, uno acaba por no tener más remedio que ir.

El vicario que, hasta aquel momento, hablaba de cricket en un rincón, se quedó perplejo e inició una leve protesta:

—Vamos, vamos, señora Hecht. Tener un banco privado tiene también sus ventajas...

Y se embarcó en una confusa apología de aquella antigua tradición que Shane escuchó con todos los signos del más concienzudo interés. Cuando por fin acabó, ella dijo:

—Gracias, querido William, has estado encantador. —Le volvió la espalda y le dijo a Smiley a media voz—: Es William Trumper, un antiguo alumno de Charles; sus exámenes causaron sensación en su época. Fue un alumno brillantísimo.

Smiley, con muy pocas ganas de sumarse a la venganza de Shane Hecht contra el vicario, se volvió hacia Anne Snow, pero ésta seguía siendo juguete de las caritativas intenciones de la señorita D’Arcy y, además, Shane se mostraba reacia a soltarlo.

—El único Smiley que he conocido se casó con Lady Ann Sercombe cuando terminó la guerra. Ella le abandonó poco después, claro. Un matrimonio muy curioso. Tengo entendido que, desde luego, él no estaba hecho para ella. Era prima de Lord Sawley, ¿sabe? Los lazos de los Sawley con Carne han durado cuatro siglos. El actual heredero es alumno de Charles. Con frecuencia nos invitan a cenar al castillo. Nunca he sabido nada más de Anne Sercombe... Se marchó a África..., ¿o fue a la India? No, no. A América. ¡Qué tragedia! Nunca hablamos de esto en el castillo.

Durante unos instantes los ruidos de la concurrencia cesaron. Smiley no percibía

más que la mirada de Shane fija en él en espera de una respuesta. Y al cabo de un rato, ella le liberó como diciendo:

«Te aplastaría si quisiera. Pero no voy a hacerlo, dejaré que vivas»...

Se dio la vuelta y se alejó.

Hizo lo posible para despedirse al mismo tiempo que Anne y Simon Snow. Tenían un coche viejo, e insistieron en llevar a Smiley hasta el hotel. Durante el trayecto les dijo:

—Si no tienen mejor cosa que hacer, me gustaría invitarles a cenar en mi hotel. Seguro que la comida es malísima.

Los Snow protestaron, pero acabaron por aceptar y un cuarto de hora después, los tres se habían instalado en un rincón del enorme comedor del «Hotel Sawley», ante la consternación de los tres camareros y de una docena de retratos de antepasados de Lord Sawley, pomposos personajes de pintura agrietada.

—Fue durante nuestro segundo semestre cuando nosotros empezamos verdaderamente a conocerla —iba diciendo Ann Snow—. Stella no frecuentaba mucho la compañía de las demás mujeres. Por entonces había aprendido ya la lección. No aceptaba las invitaciones a tomar café y cosas por el estilo. Por eso fue una auténtica casualidad que nos conociéramos. Cuando llegamos, no había ninguna vivienda de profesor disponible y tuvimos que pasar el primer semestre en el hotel. Y sólo al final del segundo, pudimos instalarnos en una casita de Bread Street. Aquel traslado fue un caos. Simon estaba de exámenes para el concurso de becas y no teníamos un chelín. Tuvimos que valemos en todo por nosotros mismos. Nos trasladamos un jueves por la mañana y llovía a cántaros. No había modo de entrar nuestros buenos muebles por la puerta de delante; al final, los hombres de Mulligan acabaron por descargarlo todo, dejándolo amontonado junto al umbral de la puerta para que yo me las arreglara. —Se echó a reír y Smiley pensó que era una chiquilla encantadora—. Se portaron asquerosamente. Supongo que se hubieran marchado tan frescos, pero querían que les abonara la factura inmediatamente y subía mucho más de lo previsto. Yo no tenía el talonario, claro, se lo había llevado Simon. Los hombres de Mulligan llegaron hasta amenazarme con llevárselo todo otra vez. Era monstruoso. Creo que a mí casi se me caían las lágrimas.

«Y ahora casi también»..., se dijo Smiley.

—Fue precisamente entonces cuando apareció Stella como caída del cielo. No sé ni cómo pudo enterarse de que estábamos de mudanza. Seguro que nadie más lo sabía. Llevaba con ella una bata, un par de zapatos viejos y había venido a echarnos una mano. Cuando vio lo que pasaba, no se molestó ni en hablar con los empleados, sino que se fue al teléfono y llamó al mismo señor Mulligan. No sé qué le dijo, pero luego hizo que el capataz hablara con el patrón y todo fue como la seda. Estaba muy

contenta, muy contenta de poder prestar un servicio. Ella era así. Bueno, pues desmontaron la puerta de entrada y lograron entrarlo todo. Sabía echarle una mano de un modo maravilloso, sin marimandonear. Todas las demás mujeres —añadió amargamente— saben mandar muy bien, pero son incapaces de prestar el menor servicio.

Smiley asintió con la cabeza y llenó discretamente los vasos.

—Simon se marcha —dijo de pronto Ann en tono confidencial—. Acaba de conseguir una beca y nos volvemos a Oxford. Hará el doctorado y será catedrático de Universidad.

Brindaron por su éxito y hablaron de otras cosas hasta que Smiley preguntó:

—Y Rode, ¿resulta agradable trabajar con él?

—Es un buen maestro, pero personalmente lo encuentro pesado como colega.

—Oh, él era muy distinto de Stella —dijo Ann—. Lleva a Carne en la médula. D'Arcy lo adoptó y ahora se cree importante. Dice Simon que a todos los que proceden de escuelas secundarias les ocurre lo mismo: el fanatismo del converso. Es deplorable. Hasta cambió de religión cuando se vino a Carne. Pero Stella no, ni le pasó por la cabeza una cosa semejante.

—La iglesia oficial ofrece muchas ventajas en Carne —observó Simon.

—Stella y Shane Hecht no debieron de llevarse muy bien —insinuó prudentemente Smiley.

—¡Pues claro que no! —exclamó Ann con tono irritado—. Shane se portaba horrorosamente con ella, siempre con burlas y desprecios porque hablaba de sus gustos con sencillez y franqueza. Shane odiaba a Stella. Y creo que era porque Stella se negaba a ser una dama de postín y estaba plenamente satisfecha de ser como era. Eso era lo que exasperaba a Shane. A Shane le gusta que la gente quiera presumir de algo porque así puede ponerlos fácilmente en ridículo.

—A Carne también —dijo Simon sosegadamente.

—Ayudó y trabajó por los refugiados de modo sorprendente. Fue así como, en realidad, se buscó problemas —dijo Anne Snow haciendo girar su copa de coñac entre sus delicadas manos.

—¿Problemas?

—Poco antes de su muerte. ¿No se lo ha contado nadie? ¿Lo de la espantosa escena con la hermana de D'Arcy?

—No.

—No me extraña: a ellos no les interesa y Stella nunca llevaba chismes.

—Deje que se lo cuente —dijo Simon—. La historia no tiene desperdicio. Cuando comenzó eso del Año del Refugiado, Dorothy D'Arcy ardía en entusiasmo caritativo. El director, también. Los arrebatos de Dorothy siempre parecen coincidir

con los suyos. Empezó a recoger ropas y dinero y a mandarlos a Londres. Todo muy digno de alabanza, pero en el pueblo existía ya un comité muy eficaz dirigido por el alcalde. Pero aquello no le bastaba a Dorothy; pretendía que el colegio tuviera su propio comité, porque no hay que mezclar las obras caritativas de uno con las de los demás, ¿verdad? Creo que Félix andaba detrás de todo ello, además. En resumen, unos meses después de que todo eso anduviera en danza, parece ser que el Centro de Refugiados de Londres escribió a Dorothy preguntando si alguien querría dar albergue a un matrimonio de refugiados. En lugar de dar a conocer la carta, Dorothy contestó diciendo que ella misma les acogería en casa. Hasta aquí la cosa marchó perfectamente. Llega la pareja, Dorothy y Félix la exhiben orgullosamente y la Prensa local presenta el asunto como ejemplo de humanitarismo británico. Una tarde, seis semanas después, el matrimonio llama a la puerta de Stella. Los Rode y los D'Arcy son vecinos, sabe usted, y además Stella había intentado ayudar a Dorothy en lo de los refugiados. La mujer lloraba a lágrima viva y el marido decía a gritos que iba a matar a alguien. Stella no se inmutó. Los hizo pasar al salón y les ofreció una taza de té. Finalmente, lograron explicar, con las cuatro palabras inglesas que sabían, que habían salido huyendo de casa de los D'Arcy por los malos tratos de que eran objeto. La mujer se veía obligada a trabajar desde la mañana a la noche en la cocina y el marido hacía las veces de mozo de perrera sin sueldo, cuidando de esos horribles perros que Dorothy cría. Esos que no tienen nariz.

—Los King Charles —apuntó Anne.

—Para ellos eso resultaba insoportable. La mujer estaba encinta y él era ingeniero titular, lo que hacía que ni uno ni otro fueran particularmente aptos para servir de criados. Le contaron a Stella que Dorothy no volvería hasta la noche porque había ido a una exposición canina. Stella les aconsejó que se quedaran en su casa y que ella misma iría por la noche a casa de los D'Arcy a contarles lo que había ocurrido. Como ve, no le faltaba decisión ni aplomo. Le pareció que aquello era lo más correcto. Pero Dorothy montó en cólera y le exigió que le devolviese «sus refugiados». Stella le replicó que estaba convencida de que no querrían volver, y regresó a su casa. Inmediatamente telefoneó al Centro de Refugiados de Londres pidiéndoles consejo. Enviaron a cierta señora que habló con Dorothy y con el matrimonio y el resultado fue que los hicieron regresar a Londres al día siguiente. Imagínese el partido que Shane Hecht le hubiera sacado a la historia.

—¿No se enteró nunca de lo ocurrido?

—Stella no se lo contó nunca a nadie, excepto a nosotros y nosotros supimos guardar el secreto. Dorothy se limitó a decir que los refugiados habían encontrado trabajo en Londres y el caso no pasó de ahí.

—¿Cuánto hace que ocurrió eso?

—Hace exactamente tres semanas que se fueron —le precisó Anne a su marido

—. Stella me lo contó la noche que vino a cenar conmigo cuando tú estabas en Oxford para la entrevista. Hoy hace exactamente tres semanas. —Se volvió a Smiley—. Mi pobre Simon lo ha pasado muy mal. Félix D'Arcy le ha cargado con la corrección de todos los exámenes de Rode. Corregir los exámenes de una persona es ya bastante trabajo, corregir los de dos es volverse loco.

—Sí —confesó Simon, pensativo—, he pasado una semana francamente mala. Y humillante también, en cierto sentido. Varios alumnos que daban Matemáticas conmigo el curso anterior han pasado este año a la clase de Rode. A un par de ellos yo los tenía conceptuados como desastres irremediables, pero parece que Rode ha conseguido sacar un maravilloso partido de ellos. Un examen, el de Perkins, ha obtenido un sesenta y uno en matemáticas elementales. El curso anterior no obtuvo más que un quince en un ejercicio muchísimo más fácil. Si pasó de curso, fue porque Fielding movió cielo y tierra. Pertenece a su «casa».

—Ah, sí, lo conozco, es pelirrojo, perfecto.

—¡Dios mío! —exclamó Simon—. No me diga que lo conoce.

—Oh, Fielding me lo presentó —dijo evasivo—. Así que nunca nadie les mencionó ese asunto de los refugiados, ese incidente de la señorita D'Arcy, ¿verdad? Quiero decir que nadie se lo ha confirmado, ¿no es así?

Anne Snow le contempló extrañada.

—No. Stella nos lo contó, pero, claro está, Dorothy no hizo nunca la menor alusión. Desde luego tuvo que odiar a Stella, imagino.

Les acompañó hasta su coche y, a pesar de sus protestas, se quedó esperando mientras Simon le daba a la manivela. Smiley se quedó unos minutos en la calle silenciosa, curioso personaje solitario escudriñando la carretera desierta.

XI. Un abrigo para no tener frío

Un perro que no había mordido al cartero, un diablo a caballo del viento, una mujer que sabía que iba a morir y un hombre insignificante, lleno de preocupaciones, plantado en la nieve frente a su hotel oyendo cómo el complicado carillón de la abadía le decía que se fuera a dormir.

Smiley estaba lleno de dudas. Al cabo de un rato, encogiéndose de hombros, cruzó la carretera y subió los peldaños de la entrada principal del hotel, entró en el vestíbulo pobremente iluminado y subió despaciosamente escaleras arriba. Detestaba aquel hotel. La enfermiza luz del vestíbulo, una característica más: el «Hotel Sawley» era ineficaz, anticuado y lleno de pretensiones. Y los camareros del comedor, otra, y otra los cuchicheos del salón y otra más su odiosa habitación, con aquellos jarrones azules de adornos dorados y aquella tapicería enmarcada que representaba un jardín del Condado de Buckingham.

Su habitación estaba helada; sin duda la doncella se habría dejado la ventana abierta. Puso un chelín en el contador de gas y encendió el radiador. El fuego llameó un breve instante y se apagó. Refunfuñando, Smiley empezó a buscar papel para escribir y, ante su sorpresa, lo halló en el cajón del escritorio. Se puso el pijama y la bata y sin otro remedio se arrastró hasta la cama. Después de quedarse sentado en ella unos minutos, tan incómoda se le hizo la postura que se levantó, agarró el abrigo y lo extendió sobre el edredón. Un abrigo para no tener frío...

¿Qué había dicho en su declaración Janie?

«Hay quien me da las gracias. Mi palomita sí. Y tomé sus joyas para los santos, sí, y un abrigo para no tener frío»...

Aquello se lo habían entregado a Stella el miércoles anterior, para los refugiados. Según la declaración de Janie, cabía suponer que había cogido el abrigo del invernadero al mismo tiempo que el collar del cadáver de Stella. Sin embargo, Dorothy D'Arcy se había pasado por allí el viernes por la mañana —claro que sí, con el reverendo Cardew—; lo había dicho la misma tarde de la reunión.

«Todo estaba en perfecto orden; todas las ropas empaquetadas y con la dirección puesta. Una hormiguita laboriosa»...

Entonces, ¿por qué no había empaquetado Stella el abrigo? Si todo estaba empaquetado, ¿por qué no aquel abrigo?

¿O es que Janie había robado el abrigo antes, durante el día, antes de que Stella hiciera el paquete? En tal caso las acusaciones que pesaban sobre ella perderían fuerza. Pero no, no había ocurrido así. No. Era absolutamente improbable que Janie robara un abrigo por la tarde y volviera a la casa, por la noche, la misma noche.

—Empezar por el principio —le dijo Smiley quedamente al papel timbrado que tenía sobre las rodillas—. Janie robó el abrigo al mismo tiempo que las cuentas del

collar. Es decir, *después* de la muerte de Stella. Por consiguiente, o el abrigo no estaba en el mismo paquete que las demás ropas o bien...

«¿O bien qué...? O bien otra persona, otra persona que no era Stella Rode, empaquetó las ropas después de que Stella fuera asesinada y antes de que Dorothy D'Arcy y el reverendo Cardew pasaran por North Fields el viernes por la mañana. ¿Y por qué diablos —se preguntaba Smiley— habría hecho alguien semejante cosa?».

«Desde siempre, uno de los principios cardinales de Smiley en cuanto a averiguar algo, ya se tratara del incunable de un oscuro poeta o de unos informes de espionaje laboriosamente recogidos, era no tomar en consideración nada que no fuera totalmente evidente. Una vez que la lógica le había servido para constatar un hecho cualquiera, Smiley no se permitía llevar sus consecuencias más allá de lo concienzudamente razonable. De acuerdo con este principio suyo, no quiso especular con el asombroso descubrimiento que acababa de realizar y se puso en cambio a reflexionar sobre el problema más oscuro de todos: el móvil del crimen».

Empezó a escribir:

«Dorothy D'Arcy: rencor, tras el fiasco con el matrimonio de refugiados. Como motivo de asesinato: absolutamente desproporcionado. Y sin embargo, ¿por qué daba la impresión de que se forzaba en cantar las alabanzas de Stella?».

«Félix D'Arcy: rencor contra Stella Rode porque no observaba el código social de Carne. Como motivo de asesinato: grotesco».

«Shane Hecht: odio».

«Terence Fielding: en un mundo de cuerdos, ningún motivo concebible».

Pero ¿es que era aquél un mundo de cuerdos? Año tras año se veían obligados a compartir la misma existencia, a repetir las mismas cosas, a las mismas personas, a cantar idénticos himnos. Sin dinero, sin esperanza. El mundo cambiaba, la moda también; las mujeres se enteraban siempre más tarde por las revistas de sociedad; entonces retocaban sus vestidos, se subían el pelo y detestaban un poco más a sus maridos. Shane Hecht, ¿había matado ella a Stella Rode? ¿Acaso ocultaba en la omnisciencia estéril de su enorme cuerpo no sólo odio y celos, sino también el valor de cometer un crimen? ¿Veía al imbécil de su marido en peligro, amenazado por los progresos de Rode, por su inteligencia? ¿La habría enfurecido hasta semejante extremo la negativa de Stella a tomar parte en aquella rastrera carrera en pos de la distinción?

Rigby tenía razón: imposible comprenderlo. Para comprenderlo hubiera sido preciso estar enfermo, clavado allí en aquel sanatorio, no durante unas semanas, sino durante años; ser uno de ellos, acostado en uno de los blancos lechos en hilera: habituarse al olor de su comida y a la codicia de su mirada. Hubiera sido preciso oír y

ver todo aquello, formar una parte integrante, conocer a fondo su código para saber cómo lo transgredían. Aquel mundo se ceñía a un patrón hecho de convenciones anómalas: ciegas, hipócritas, pero reales.

Sin embargo, había cosas que saltaban a la vista. Los extraños lazos que unían a Félix D'Arcy y a Terence Fielding, a pesar de su mutua antipatía. La repugnancia que demostraba D'Arcy a hablar de la noche del crimen. De los Rode, la evidente preferencia por Stella que demostraba Fielding. El olímpico desprecio de Shane Hecht hacia todos.

No lograba sacarse a Shane de la cabeza. Si Carne fuera un mundo racional, el primero de los habitantes que debía morir, si acaso, era Shane Hecht; sin duda alguna. Era la depositaria de los secretos de los demás y tenía un gran olfato para la debilidad humana. ¿No había logrado descubrir, incluso, la identidad de Smiley? Se había mofado de él echándole en cara el fracaso de su matrimonio que ella había desvelado como si se tratase del de otro Smiley, había jugado con él por puro placer. Era un estupendo candidato a ser asesinado.

Pero ¿por qué diablos habrían asesinado a Stella? ¿Cómo y por qué? ¿Quién habría hecho el paquete después de su muerte? Y ¿por qué?

Intentó dormir sin conseguirlo. Al fin, cuando el reloj de la abadía daba las tres, encendió la luz y se sentó en la cama. La habitación no estaba tan fría como antes y al principio Smiley se preguntó si habrían encendido la calefacción central a media noche, después de haberla tenido apagada todo el día. Luego oyó el ruido de la lluvia al caer, se fue a la ventana y entreabrió las cortinas. Caía una lluvia fina y constante; al día siguiente, toda la nieve habría desaparecido. Dos policías bajaban lentamente por la calle; desde allí podía oír el chapoteo de las botas en la nieve derretida. Sus capas mojadas relucían a la luz del farol.

Y, de pronto, le pareció oír la voz de Rigby:

«Sangre por doquier. El que la mató debió de quedar bañado en sangre».

Y luego, la voz de Janie la loca, que le gritaba al claro de luna en la nieve:

«Jane lo vio... Tenía alas de plata como peces... volando a caballo del viento...

No hay muchos que hayan visto volar al diablo»...

Pues claro: ¡el paquete! Permaneció mucho rato en la ventana viendo caer la lluvia. Al fin, satisfecho de su hallazgo, se deslizó otra vez en la cama y se quedó instantáneamente dormido.

Pasó la mañana intentando hablar por teléfono con la señorita Brimley. A cada intento le decían que había salido y él no dejaba ningún recado. Eran casi las doce, cuando por fin logró hablar con ella.

—George, no sabes cuánto lo siento. Ha llegado a Londres un misionero y tuve que hacerle una interviú. Esta tarde tengo que asistir aún a una conferencia baptista, porque los dos artículos han de salir esta semana. ¿Y si me ocupo de ello mañana a primera hora? ¿Será demasiado tarde?

—No, claro que no. Puedes dejarlo para mañana.

No corría prisa. Todavía tenía que atar un par de cabos sueltos por la tarde.

XII. Palabras desalentadoras

El trayecto en autobús le resultó agradable. El cobrador era un descontentadizo que sabía muy bien cómo dirigir la compañía de autobuses para recaudar más dinero. Alentado por Smiley, discursó a sus anchas de modo que, al llegar a Sturminster, había transformado a los directores de la Compañía General de Transportes de Dorset en una piara que se precipitaba voluntariamente y por puro placer en los abismos de la bancarrota. El cobrador le indicó a Smiley el camino para ir a la Perrera de Sturminster, de modo que, cuando bajó del autobús, cruzó el diminuto pueblo con toda seguridad y se dirigió a un grupo de chozas que había a medio kilómetro, en la carretera de Okeford y al otro lado de la iglesia.

Tenía el desagradable presentimiento de que el señor Harriman no iba a ser de su agrado. Por el solo hecho de que D'Arcy lo hubiera descrito como dechado de virtudes, Smiley ya se sentía predispuesto en su contra. Y no es que Smiley tuviera nada en contra de las distinciones sociales; pero le gustaba establecerlas por sí mismo. En la verja había un cartel que decía:

Perrera de Sturminster.

Propietario: C. J. Reid-Harriman, veterinario.

Perros lobos y perdigueros. Guardería.

Un angosto sendero conducía a lo que parecía ser el patio trasero. Por todas partes había ropa tendida: camisas, ropa interior, sábanas, casi todo caqui. Un fuerte olor a perro reinaba en el ambiente. De una bomba de agua oxidada pendían una docena de correas y collares de perro. Había allí una niña. Con aire pensativo, miraba cómo pisoteando barro se dirigía él a la puerta. Tiró de la cuerda del timbre y esperó. Luego llamó otra vez y entonces la niña dijo:

—No funciona. Está *rotpido*. Hace años que está *rotpido*.

—¿No hay nadie? —le preguntó Smiley.

—Voy a ver —contestó con gran calma y después de quedarse allí mirándole un rato más, se fue dando la vuelta a la casa y desapareció doblando la esquina. Al cabo de un rato, Smiley oyó pasos en el interior y en seguida la puerta se abrió.

—Buenos días.

Era un hombre de pelo rubio sucio, con bigote, camisa caqui y corbata de un tono más claro, pero caqui también, viejos pantalones de militar y una americana de punto con botones de piel.

—¿El señor Harriman?

—Comandante Harriman —corrigió sin darle importancia—. Da lo mismo, hombre. ¿Qué quería usted?

—Quisiera comprar un perro lobo —respondió Smiley—. Necesito un guardián.

—Muy bien, entonces pase usted. El ama de casa no está. No haga caso de la niña, es de unos vecinos, pero siempre anda por aquí. Los perros le gustan.

Siguió a Harriman que le llevó a la sala y le indicó que tomara asiento. No había calefacción.

—¿De dónde es usted? —le preguntó Harriman.

—Estoy ahora en Carne, pero sólo de paso. Mi padre vive en Dorchester y como se está haciendo viejo, cada día se vuelve más receloso y ahora quiere que le compre un buen perro. El jardinero puede ocuparse de él, alimentarle y llevarlo de paseo para que haga ejercicio y todo eso. Claro, el jardinero duerme en la casa y es por la noche cuando mi padre se siente intranquilo. Hace ya bastante tiempo que quiero hacerme con un buen perro, pero ahora, con lo que acaba de ocurrir en Carne, no quiero esperar más.

Harriman no recogió la alusión.

—¿Ese jardinero es buena persona?

—Sí, excelente.

—No necesita usted un perro fuera de serie —dijo Harriman—. Le bastará un buen animal de esos tranquilos. Yo en su lugar me llevaría una hembra.

Tenía las manos y las muñecas morenas. Por uno de los puños, le asomaba el pañuelo. Smiley observó que llevaba el reloj por la parte interior de la muñeca, de acuerdo con los oscuros ritos semimundanos del Ejército, de donde parecía proceder.

—¿Qué puede hacer un perro así? ¿Atacar o qué?

—Depende de lo que se le haya enseñado, hombre. Todo depende de eso. Pero siempre dará la alarma, eso sí. Y es lo más importante. Que haga que quien no tenga nada que hacer por allí, se vaya. Ponga un cartelito que diga: «Cuidado con el perro». Luego procure que les ladre un poco a los tenderos y así pronto todo el mundo lo sabrá. Los rateros se mantendrán alejados de la casa.

Salieron otra vez al jardín y Harriman le llevó hasta un cercado donde había una docena de cachorros que les acogieron con un concierto de furiosos ladridos desde el otro lado de la tela metálica.

—Son todos bonitos ejemplares —gritó—. Bravos como auténticos lobos.

Abrió la puerta y salió luego con una perrita regordeta que le mordía furiosa la americana.

—Esta señorita le iría bien —dijo—. No la puedo presentar a concurso porque tiene el pelo demasiado oscuro.

Smiley hizo como si dudara, dejó que Harriman le hiciera el artículo y acabó por dejarse convencer. Cuando estaban otra vez en la casa, Smiley dijo:

—Le voy a dejar paga y señal y pasaré a buscarla dentro de unos diez días, si no tiene inconveniente.

Le entregó un cheque de cinco libras y mientras Harriman rebuscaba certificados de vacuna y *pedigree* en el despacho, Smiley le dijo:

—Lástima que la señora Rode no tuviera un perro, ¿no? Le hubiera podido salvar la vida.

—¡Bah!, pero si ella tenía un perro. Sólo que quiso que se lo sacrificaran poco antes de dejarse asesinar —replicó Harriman—. Entre nosotros, le diré que es una historia rematadamente curiosa. Ella lo quería mucho. No era más que un perro callejero que era una mezcla de todas las razas, pero lo quería mucho. Va y me lo trae aquí un día, me cuenta una historia de que ha mordido al cartero y me pide que acabe con él. Pretendía convencerme de que era peligroso. Todo mentira. Tengo amigos en Carne que se informaron. No había ninguna queja, de nadie. Al cartero le gustaba precisamente aquel pobre animal. Valiente idiotez contar semejante mentira en un pueblo pequeño como éste. Tenía que terminar descubriéndose a la fuerza.

—¿Y entonces por qué diablos contó esa historia?

Harriman hizo un gesto que a Smiley se le antojó particularmente exasperante: se pasó el dedo a lo largo de la nariz y luego, bruscamente, se pellizcó los dos extremos del absurdo bigote. Aquella mímica instintiva traicionaba la timidez del que imita las maneras de sus superiores a la vez que teme su reprimenda.

—Era una enredona —afirmó cortante—. Conozco muy bien a esa clase de mujeres; en el regimiento había unas cuantas. Enredonas, liosas, lloriconas, mujeres que parecen de mantequilla y santas de altar... De esas que ponen flores en las iglesias, beatas de sacristía. Para mí no son más que histéricas que todo lo dramatizan y que se pasan la vida lamentándose. Cualquier cosa les basta para hacer de ello un drama.

—¿Tenía muchos amigos? —Smiley le ofreció un cigarrillo.

—Me extrañaría. Gracias. Los domingos iba de negro, supongo. Lo clásico. Allá en el Este llamábamos «cuervos» a esas que se visten de negro, a las vírgenes del domingo. La mayoría eran disidentes. No había ni una de la Iglesia anglicana. Pero sí católicas, fíjese... Bueno, espero que no...

—En absoluto.

—Nunca se sabe, ¿verdad? Yo no los puedo soportar; no se trata de prejuicios, pero no aguanto a los católicos. Es lo mismo que decía mi padre.

—¿Conoce usted a su marido?

—No mucho, pobre hombre, no mucho.

Smiley pensó para sí mismo que Harriman parecía tener más simpatía por los vivos que por los difuntos. Quizás era cosa de militares, quién sabe.

—Está destrozado, según dicen. Un golpe terrible. Son las cosas de la guerra ¿no? —Smiley asintió—. Él es todo lo opuesto: origen humilde, cualidades de oficial, orgullo del cuartel. Ésos son los que siempre se las cargan y a los que siempre atrapan

las mujeres.

Fueron andando por el camino hasta la verja. Smiley se despidió y prometió volver dentro de una semana a recoger el cachorro. Cuando se había alejado ya unos pasos, Harriman le llamó:

—Oh..., por cierto...

Smiley se detuvo y se volvió.

—Puedo cobrar el cheque, ¿verdad?, y ponerlo en su haber.

—Claro que sí —dijo Smiley—. Me parece muy bien.

Se dirigió a la parada del autobús reflexionando sobre los extraños recovecos del alma de los militares.

El mismo autobús le llevó a Carne, el mismo cobrador colmó una vez más de vituperios a sus jefes y el mismo conductor le obligó a hacer todo el trayecto en segunda. Bajó en la estación y se dirigió hacia el templo de ladrillo rojo. Abriendo suavemente la puerta gótica de madera de pino, ocre y barnizada a conciencia, entró. Una mujer con delantal sacaba brillo a la pesada lámpara de metal que colgaba del techo de la nave central. Esperó un momento y luego, de puntillas, le preguntó por el pastor. Con el dedo señaló la puerta de la sacristía. Interpretando su mímica, atravesó la iglesia, llamó a la puerta y esperó. Un hombre alto, que llevaba cuello redondo de sacerdote, le abrió.

—Me envía *La Voz Cristiana* —dijo Smiley con calma—. ¿Podría hablar con usted?

El reverendo Cardew le hizo pasar por la puerta lateral y le condujo a un pequeño huerto, muy cuidado, con pequeñas avenidas de tierra de color ocre que corrían a lo largo de las eras. El sol brillaba en el aire fresco. Era un día hermoso y frío. Atravesaron el huerto y entraron en un prado. A pesar de la lluvia de la noche anterior, el suelo estaba firme y la hierba corta. Paseaban uno al lado del otro, charlando.

—Éste es el Lammass Land que pertenece al colegio. En verano nos lo prestan para celebrar nuestras fiestas parroquiales. Resulta muy práctico.

Cardew no parecía corresponder demasiado a las características que generalmente presentan los que desempeñan su cargo. Smiley, que sentía para con los eclesiásticos una desconfianza un poco infantil, había esperado encontrarse con un machacón discípulo de John Wesley^[5], con un hombre ampuloso y adusto dado a las metáforas.

—Me ha enviado la señorita Brimley, nuestro editor jefe —empezó a decir Smiley—. La señora Rode y su familia estaban suscritos a nuestra revista desde que apareció. La considerábamos como algo muy familiar y quisiéramos escribir un artículo necrológico hablando de sus actividades en favor de la Iglesia.

—Ya veo.

—Conseguí tener una entrevista con su marido. Quisiéramos hablar de ella con propiedad.

—¿Y qué le dijo él?

—Me aconsejó que viniera a verle a usted porque era la persona más indicada para informarme de sus actividades, particularmente de sus caritativas actividades en pro de los refugiados.

Continuaron paseando en silencio durante un rato. Luego el reverendo Cardew dijo:

—Ella era del Norte, de cerca de Derby. A su padre se le considera allí un hombre de posición, aunque el dinero nunca le hizo cambiar de modo de ser.

—Lo sé —dijo Smiley.

—Yo frecuento su familia desde hace años, aunque no con regularidad. Antes del funeral estuve hablando con el anciano, con su padre.

—¿Qué podría yo decir de su desvelo por la Iglesia, de su influencia sobre la comunidad religiosa del lugar? ¿Puedo decir que todos la querían entrañablemente?

—Debo confesarle, señor Smiley —dijo Cardew tras una breve pausa—, que no estoy muy de acuerdo con esa clase de frases. A las personas nunca se las quiere entrañablemente, ni siquiera cuando han dejado de existir.

Su acento norteño era marcadísimo.

—¿Qué puedo decir entonces? —insistió Smiley.

—No lo sé —replicó Cardew con voz firme—. Y cuando no sé qué decir, acostumbro a callarme. Pero puesto que me lo pregunta, le diré que jamás conocí a un ángel y que Stella Rode no era ninguna excepción.

—Pero ¿no era el alma del Comité de Ayuda al Refugiado?

—Oh, sí, sí.

—¿Y no animaba a los demás a que trabajaran también con el mismo entusiasmo?

—Claro. Ella trabajaba con entusiasmo.

Siguieron paseando en silencio. El camino atravesaba el campo, descendía por la colina siguiendo un riachuelo medio escondido por los espinos. Al otro lado del riachuelo, había una hilera de olmos y más allá el familiar perfil de Carne.

—¿Eso es todo cuanto deseaba preguntarme? —inquirió Cardew.

—No. El editor en jefe de la revista está sumamente preocupado porque recibió una carta de la señora Rode, justo antes de su muerte. Era una especie de... acusación. Hemos puesto a la Policía al corriente del asunto. La señorita Brimley se reprocha no haber sabido venir en su ayuda. Quizá le parezca ilógico, pero así es. Yo, personalmente, quisiera poder convencerla de que no existe relación ninguna entre la carta y el crimen. Ésta es otra de las razones de mi visita...

—¿A quién acusaba la carta?

—A su marido.

—En su lugar, yo le diría a la señorita Brimley —dijo Cardew enfatizando sus palabras— que no tiene absolutamente nada que reprocharse.

XIII. Camino de regreso

Fue el lunes por la noche. Más o menos cuando Smiley regresaba al hotel después de visitar al reverendo Cardew, Tim Perkins, el prefecto de la «casa» de Fielding, se despedía de la señora Harlowe, su profesora de violoncelo. Era una buena mujer, tal vez un poco neurasténica, que sufría viéndole tan preocupado. Sin duda Perkins era su mejor discípulo, el más dotado que Carne le enviara jamás y ella se confesaba a sí misma que sentía predilección por él.

—Hoy has tocado de una manera desastrosa, Tim —le dijo en la puerta al despedirlo—. Desastrosa de veras. No es necesario que me expliques nada. Ya sé que sólo te queda un semestre, que no tienes las tres medias mínimas necesarias para pasar al examen final, que tienes por fuerza que obtener ese diploma y que estás con el alma en un hilo. Si lo prefieres, el lunes próximo no daremos clase, tomaremos unos emparedados y pondremos discos.

—Bien, señora Harlowe.

Colocó la caja de su instrumento en el portaequipajes de la bicicleta.

—¿Te funcionan los faros, Tim?

—Sí, señora Harlowe.

—Muy bien. Y no intentes batir tu récord ahora, Tim. Te sobra tiempo hasta la hora del té. Piensa que con la nieve el camino está muy resbaladizo.

Perkins no contestó. Empujó la bicicleta sobre la gravilla del jardín y se dirigió a la verja.

—¿No te olvidas de nada, Tim?

—Perdone, señora Harlowe.

Volvió sobre sus pasos y le estrechó la mano. Ella insistía invariablemente en aquel detalle.

—Vamos, Tim, ¿qué es lo que te pasa? ¿Has hecho alguna tontería? A mí puedes decírmelo, ya lo sabes. Yo no pertenezco al colegio.

Perkins tuvo un momento de duda, luego dijo:

—Son sólo los exámenes, señora Harlowe. Todos están muy bien. —Volvió a dudar y luego añadió—: Buenas noches, señora Harlowe.

—Buenas noches.

Se quedó mirando cómo cerraba la verja tras él y le vio alejarse en bicicleta por el angosto sendero. En un cuarto de hora estaría en Carne, todo el camino era prácticamente cuesta abajo.

Normalmente disfrutaba haciendo el camino de regreso. Era para él el mejor momento de la semana. Pero aquella noche no se daba cuenta de nada. Iba aprisa, como siempre; el seto desfilaba sobre la sombría pantalla del cielo y los conejos

escapaban del resplandor de los faros. Pero aquella noche no se daba cuenta de nada.

Tenía que decírselo a alguien. Debió decírselo a la señora Harlowe, se arrepintió de no haberlo hecho.

La señora Harlowe hubiera sabido aconsejarle. Y el señor Snow también, pero ya no le tenía como profesor de ciencias. Ahora tenía a Rode. Y de ahí venía lo malo. De ahí y de Fielding.

Podía contárselo a True. Sí, eso es lo que iba a hacer, se lo contaría a True. Aquella misma noche iría a ver a la señorita Truebody. La iría a ver después de la hora de la enfermería y le contaría la verdad. Su padre no se lo perdonaría jamás, claro, porque para él aquello significaría el fracaso y quizá la deshonra. No podría ingresar en la escuela militar de Sandhurst al terminar el próximo semestre, lo que equivalía a más dinero del que podían gastar...

Entraba en la pendiente más pronunciada del camino. Por un lado, se terminaba el seto, descubriendo una vista maravillosa del castillo de Sawley, que se destacaba contra el cielo nocturno como un decorado de *Macbeth*. Le gustaba el teatro, le hubiera gustado que el director les dejara hacer teatro en Carne.

Se incorporó sobre la barra del manillar para tomar velocidad y franquear el pequeño vado que había al pie de la colina. El aire frío le mordía el rostro y por un momento casi olvidó... De pronto frenó bruscamente y sintió derrapar frenéticamente la bicicleta.

Algo iba mal. Vio brillar una luz frente a él, una linterna y oyó una voz familiar que le llamaba apremiante en la oscuridad.

XIV. La distinción en la limosna

El Comité de las Public Schools de Ayuda al Refugiado (presidente: Lady Sarah, condesa de Sawley) posee un despacho en Belgrave Square. No queda muy claro si está situado en ese barrio elegante para seducir a los ricos o para dar ánimos a los pobres, o como sugieren las irreverentes voces del Gran Mundo, para proporcionar a la condesa de Sawley un económico *pied-à-terre* en el West End de Londres. Los auténticos responsables de la Ayuda al Refugiado quedan convenientemente relegados al sur del río, a uno de esos lugares olvidados de Kensington que tanto contribuyen a la esquizofrénica arquitectura londinense. Un día el mundo descubrirá York Gardens, pues ése es el nombre del lugar, y entonces perderá su recoleto encanto. Pero por ahora está todavía lleno de niños que juegan a la rayuela en la calle, mientras sus madres les increpan en zapatillas a la puerta de sus casas...

La señorita Brimley, que se hallaba en aquel lugar gracias a la llamada telefónica de Smiley que había recibido la víspera, tenía el raro don de hablarles a los niños como si fueran seres humanos y por eso no le costó descubrir la casa medio derruida y sin ningún letrero que el Comité utilizaba como centro de recogida. Con la ayuda de siete niños de corta edad, llamó al timbre y esperó pacientemente. Al cabo de un rato, oyó el repiqueteo de unos pies que bajaban por unas escaleras sin alfombra, y una muchacha muy bonita abrió la puerta. Se contemplaron mutuamente con cierta satisfacción.

—Siento molestarla —empezó diciendo la señorita Brimley—, pero una amiga mía que vive fuera de Londres me ha pedido que viniera a preguntar por un paquete de ropas expedido hace un par de días. Ha cometido una estúpida equivocación.

—Oh, qué horror —exclamó amablemente la joven—. ¿Quiere usted pasar? Aquí dentro hay un caos terrible y no tenemos sillas, pero sí puedo ofrecerle una tacita de café en polvo.

La señorita Brimley la siguió, cerrando enérgicamente la puerta a los siete niños que se pegaban a sus pasos. Aquello era el vestíbulo y por doquier se veían paquetes de todas clases y medidas, unos envueltos en arpillera y con la etiqueta puesta, otros simplemente recubiertos de papel de embalar, rasgados y mal hechos, otros en cestos y canastas de ropa, maletas viejas y hasta un viejo baúl de camarote con una etiqueta amarillenta en la que se leía: «A dejar en la escala».

La joven la hizo subir a una pieza que evidentemente servía de despacho, una sala que tenía como único mobiliario una mesa de madera de pino inundada de cartas y una silla de cocina. Una estufa de petróleo chisporroteaba en un rincón y un chorro de vapor se escapaba melancólicamente de una olla eléctrica que había junto a ella.

—Perdone, pero es que abajo no hay un lugar donde se pueda hablar —dijo la joven al entrar en la habitación—. Quiero decir que no nos vamos a quedar hablando

sobre una pierna como los incas. ¿O no son los incas? Quizá sean los del Afganistán. Bueno, unos u otros, qué más da. ¿Cómo consiguió dar con nosotros?

—Primero fui al despacho del West End —contestó la señorita Brimley— y me dijeron que viniera aquí. Creo que no les parecía demasiado bien. Después me dejé guiar por los niños. Ellos siempre conocen el camino. Usted es la señorita Dawney, ¿verdad?

—No, por Dios. Yo vengo por las mañanas a echar una mano. Jill Dawney ha tenido que ir a la Aduana. Si quiere hablar con ella, estará de vuelta a la hora del té.

—No, eso sí que no. No la molestaré más que dos minutos. El jueves pasado, una amiga mía que vive en Carne...

—¡Qué estupendo! —se le escapó a la joven.

—... en realidad es prima mía, pero es más sencillo llamarla amiga, ¿no? Bueno, pues dio un vestido viejo de color gris para los refugiados y está convencida de que se dejó un broche prendido en él. Yo creo que se equivoca, créame (es una cabeza de chorlito), pero ayer por la mañana me llamó por teléfono y tan descompuesta estaba que me hizo prometer que vendría inmediatamente a preguntar si lo habían encontrado. Pero por desgracia ayer me fue imposible venir. Estuve pendiente de mi pequeño semanario, de la mañana a la noche. Pero me imagino que quizá lleven un poco de retraso y llegue todavía a tiempo.

—Pues claro. Llevamos un retraso de siglos. Todo está ahí abajo y aún tenemos que desempaquetar y hacer la selección. Lo mandan Comités voluntarios que se han venido formando en los colegios, a veces por los mismos alumnos, otras por los profesores. Reúnen todas las ropas y las envían en grandes paquetes por tren o por correo, pero generalmente por tren. Aquí los escogemos antes de enviarlos al extranjero.

—Eso es lo que me pareció entender por lo que me dijo Jane. En cuanto se dio cuenta de su descuido, se fue a ver a la encargada de las colectas y de las expediciones, pero era ya demasiado tarde: el paquete había sido enviado.

—¡Qué aventura...! ¿Sabe usted cuándo mandaron el paquete?

—Sí, el viernes por la mañana.

—¿Desde Carne? ¿Por tren o por correo?

La señorita Brimley se temía esa pregunta desde un principio, pero aventuró:

—Por correo, creo.

La joven se puso a rebuscar entre los montones de papeles y cartas que había sobre la mesa y al fin logró hacerse con un cuaderno que decía «Registro». Lo abrió al azar, lo ojeó rápidamente, lamiéndose el dedo de vez en cuando con aire fatigado.

—No pudo llegar más que ayer a lo sumo —dijo—. Por lo tanto no creo que lo hayamos abierto aún. La verdad, no sé si conseguiremos sacarnos todo ese trabajo de encima. Con las vacaciones de Pascua en perspectiva, todo irá de mal en peor. Y para

colmo, la mitad de las cosas se están pudriendo en la Aduana. ¡Vaya, por fin! ¡Aquí está!

Le alargó el cuaderno de registro a la señorita Brimley y con su largo dedo señaló una inscripción hecha en lápiz en la columna central: «Carne: paquete postal; peso 27 libras».

—Óigame, ¿le molestaría mucho dejarme echar un vistazo? —dijo la señorita Brimley.

Bajaron otra vez al vestíbulo.

—El desbarajuste no es tan grande como parece —le gritó la joven a su espalda—. Todos los paquetes que llegaron el lunes han de estar junto a la puerta.

—¿Y cómo sabe usted de dónde vienen si el matasellos está medio borrado? —le preguntó la señorita Brimley en cuanto la joven empezó a rebuscar de un paquete a otro.

—Le suministramos a cada uno de nuestros representantes, voluntarios claro, etiquetas impresas que tienen un número de origen. Otras veces, les pedimos sólo que escriban el nombre del colegio en mayúsculas en un lugar visible. Dese cuenta de que no podemos dedicarnos a escribir cartas detalladas de lo que recibimos con su copia respectiva y así: no tenemos materialmente tiempo. Sería la locura. Lo único que hacemos cuando nos llega un paquete es enviarle una tarjeta impresa al remitente dándole las gracias por su paquete de fecha tal con un peso tal y cual. Porque las personas que no sean nuestros representantes jamás enviarán un paquete a esta dirección, claro, sino que los envían a la dirección que siempre anunciamos de Belgrave Square.

—¿Y funciona bien ese sistema?

—No —replicó la joven—. Desde luego que no. O bien el representante en cuestión olvida usar nuestras etiquetas o bien se le acaban y olvida pedirnos que le enviemos más. Entonces, diez días después del envío, llaman furiosos diciendo que no les hemos mandado acuse de recibo. Y también cambian de representante sin decírnoslo y sin pasarle al nuevo ni etiquetas ni instrucciones. O los alumnos deciden de pronto hacer los envíos por su cuenta y nadie les dice cómo deben hacerlos. Lady Sarah se pone hecha un basilisco si algún paquete va a parar a la Oficina Central. No tienen más remedio que traérselo aquí para inventario y nuevo embalaje.

—Me hago cargo.

La señorita Brimley observaba ansiosamente cómo la joven, sin dejar de hablar, pasaba revista a los paquetes.

—¿Me dijo que esa amiga suya *de veras* es una profesora de Carne? Debe de ser una persona interesantísima. Me gustaría saber cómo es en realidad el príncipe, porque en fotografía parece bastante delicaducho. Mi primo hizo allí sus estudios. Es un soso. ¿Sabe lo que me dijo un día? Pues que durante la semana de Ascot, todo el

mundo... ¡Por fin! ¡Aquí está!

La joven levantó con sus brazos un voluminoso paquete cuadrado y lo llevó hasta una mesa disimulada bajo el hueco de la escalera. La señorita Brimley, mientras la joven desataba con sumo cuidado el grueso cordel, observaba intrigada la etiqueta. En la esquina superior izquierda se veía la sigla del Comité: C4. La letra C de Carne, con toda seguridad. Después del 4, seguía una B escrita con bolígrafo.

—¿Qué significa esta B? —preguntó la señorita Brimley.

—Oh, es un acuerdo particular que hicimos con Carne. La representante se llama D'Arcy pero últimamente han recogido tanto, que le pidió a una amiga suya que la ayudara en los envíos. De modo que, cuando nosotros acusamos recibo, siempre hacemos constar si se trata de A o de B. Yo no sé quién será B, pero es alguien con muchas ganas de trabajar porque manda los paquetes impecables.

La señorita Brimley se abstuvo de preguntar en qué proporción los paquetes de Carne venían expedidos por la señorita D'Arcy o por su anónima colaboradora.

La joven sacó el cordel y puso el paquete boca abajo para quitar el papel de embalar. Fue entonces cuando la señorita Brimley descubrió una pequeña mancha marrón, del tamaño de una moneda, en la juntura. Pero inmediatamente, de acuerdo con su racionalismo, se dijo que tenía que intentar hallar alguna otra explicación que no fuera aquella que había aceptado como evidente. La joven continuaba deshaciendo el paquete y de pronto dijo:

—Pero si fue en Carne donde ocurrió ese crimen espantoso, ¿no? Donde una gitana asesinó a la esposa de uno de los profesores. ¡Es horrible pensar que semejantes cosas ocurren con tanta frecuencia! ¡Uf! ¡Lo que me pensaba! —exclamó de pronto interrumpiéndose.

Había sacado el papel exterior y se disponía a vaciar el contenido cuando el aspecto de lo que vio en el interior atrajo manifiestamente su atención.

—¿Qué? —preguntó vivamente la señorita Brimley.

La joven se echó a reír.

—Este paquete. La inscripción siempre viene muy clara, una de las más meticulosamente claras que recibimos. En cambio ésta es muy distinta. No la hizo la misma persona sino probablemente algún ayudante. En seguida me di cuenta.

—¿Por qué está tan segura?

—Oh. Es como la caligrafía. Se reconoce inmediatamente. —Rió otra vez y sin más sacó el resto del papel—. ¿Me dijo que el vestido era gris? Vamos a ver.

Con las dos manos fue sacando los vestidos de arriba primero y poniéndolos en dos montones a los lados. Había sacado ya la mitad cuando exclamó:

—¡Vaya! Es el colmo. ¡Se han vuelto locos de remate! —Y sacó un montón de ropas a medio usar, un impermeable de plástico transparente, un par de guantes muy viejos y un par de chanclos de goma.

La señorita Brimley, con las manos crispadas, se agarraba al borde de la mesa y sentía latir la sangre en sus palmas.

—¡Fíjese qué capa! Y mojada además —añadió la joven con asco, arrojando todas aquellas desagradables prendas debajo de la mesa.

La señorita Brimley no hacía más que recordar la carta de Smiley: «El que la mató debió de quedar bañado en sangre». Sí, y el que la mató llevaba una capa de plástico con capucha, chanclos de goma y viejos guantes de piel manchados de barro. El que mató a Stella Rode no la había atacado aquella noche por casualidad sino que había premeditado el crimen mucho tiempo atrás y había esperado el momento oportuno.

«Sí —pensó la señorita Brimley—. Esperó a las largas noches».

La joven seguía hablando:

—Me da la impresión de que ni el vestido ni el broche están aquí.

—No, en efecto —dijo la señorita Brimley—. Ya me doy cuenta. Muchísimas gracias, ha sido muy amable. —Vaciló un poco y luego consiguió añadir—: Creo que será mejor que deje el paquete tal como está, con el papel de embalar y todo. Ha ocurrido algo muy grave, algo espantoso y la Policía quiere... hacer una investigación y examinar el paquete... Estoy hablándole en serio y le ruego tenga confianza en mí: las cosas no son lo que parecen...

Y sin más logró escabullirse y pasar a la reconfortante anarquía de York Gardens y a los grandes ojos asombrados de los niños que la esperaban.

Se fue a una cabina telefónica, consiguió comunicar con el «Hotel Sawley» y a un recepcionista aburrido le pidió que la pusiera con el señor Smiley. Se hizo un silencio absoluto en la línea hasta que la telefonista de la central le dijo que tenía que depositar tres chelines y medio más en el aparato. La señorita Brimley contestó secamente que hasta entonces por su dinero no había obtenido más que tres minutos de silencio, tras lo que pudo oír, sin equívoco posible, cómo la telefonista se relamía los dientes y luego, sin transición, la voz de George Smiley.

—George, soy Brim. Un impermeable de plástico, una capa, chanclos de goma y guantes de piel que parecen manchados de sangre. Al parecer, manchas también en el papel que envuelve el paquete.

Silencio.

—¿Alguna inscripción en el exterior del paquete?

—Ninguna. El Comité de Recogida suministra etiquetas impresas.

—¿Dónde están esas prendas ahora? ¿Las tienes tú?

—No. Le dije a la encargada que lo dejara todo tal como estaba. Puede esperar un par de horas... George, ¿estás ahí?

—Sí.

—¿Quién la mató? ¿Su marido?

—No lo sé. Te lo aseguro.

—¿Quieres que haga algo? Quiero decir con las ropas. ¿Que telefonee a Sparrow, por ejemplo?

—No. Voy a hablar con Rigby ahora mismo. Adiós, Brim. Gracias por llamar.

Colgó el receptor pensando que él había estado bastante raro por teléfono. A veces, daba la impresión de que no había posibilidad de comunicarse con él, como si hubiera colgado de repente.

Se fue paseando en dirección a los muelles del Támesis. Eran mucho más de las diez. Era la primera vez que llegaba tarde desde hacía Dios sabe cuánto. Se dijo que debería tomar un taxi, pero como era una mujer ahorradora, tomó el autobús.

Ailsa Brimley, que había adquirido un dominio de sí misma poco corriente entre los hombres y aún menos entre las mujeres, no creía que las circunstancias críticas exigieran prisas. Cuanto más urgente era la situación, más tranquila se mostraba ella. Un día, John Landsbury había hecho notar a este respecto: «Brim, usted se muestra siempre refractaria al drama y posee la rara cualidad de despreciar lo que es urgente. Conozco a una docena de personas que le pagarían a usted cinco mil libras al año para que les repitiera que las cosas importantes no son nunca urgentes. Lo urgente es sinónimo de efímero y lo efímero jamás es importante».

Bajó del autobús y se esmeró en echar el billete en la papelera dispuesta al efecto. De pie en la calle, al sol, advirtió los titulares de la primera edición de los diarios de la tarde. Si no hubiera sido por el sol, quizá ni los hubiera visto. Pero el sol la deslumbraba y la obligaba a mirar al suelo. Por eso los vio. Leyó los caracteres intensamente negros, recién salidos de la imprenta y redactados con la histeria de Fleet Street:

UN ALUMNO DE CARNE HA DESAPARECIDO.
SE LE HA ESTADO BUSCANDO INFRUCTUOSAMENTE
DURANTE TODA LA NOCHE

XV. Hacia Fielding

Smiley colgó el teléfono, pasó con aire apresurado por delante de recepción y ganó la puerta de entrada. Tenía que ver a Rigby inmediatamente. Cuando salía del hotel, oyó que gritaban su nombre. Al darse la vuelta, vio a su antiguo enemigo, el vigilante nocturno, que desafiando la luz del día le hacía señas, cual Caronte, con su mano gris.

—Le han llamado de la Comisaría —le anunció con manifiesto placer—. El inspector Rigby le llama. Quiere que vaya usted inmediatamente. Inmediatamente, ¿comprende?

—Iba precisamente ahora para allá —replicó Smiley irritado, y cuando empujaba la puerta oscilante oyó que el anciano repetía:

—Inmediatamente, fíjese bien. Le están esperando inmediatamente.

Mientras atravesaba las calles de Carne, reflexionaba por enésima vez sobre los oscuros motivos de las acciones humanas: no existe una sola verdad sobre la tierra. No existe ni una constante, ni un punto de referencia, ni siquiera en la más pura lógica ni en el más oscuro misticismo. Y muchísimo menos en los motivos que impulsan a los hombres a obrar con violencia.

El asesino, tan próximo a ser descubierto, ¿se había complacido en llevar a cabo sus planes tan minuciosamente? Porque ahora ya no cabía duda: se trataba de un asesinato planeado hasta el mínimo detalle, hasta el punto de esconder el arma en un lugar inexplicablemente apartado del escenario del crimen. Un asesinato con pistas falsas para confundir a la Policía, un asesinato planeado para que pareciera impremeditado, un asesinato por las cuentas de un simple collar. Ahora el misterio de las pisadas quedaba explicado: después de meter los chanclos en el paquete, el asesino había ido andando por el sendero, desde el invernadero a la verja y sus pisadas habían quedado borradas por otras muchas posteriores.

Rigby tenía un aire cansado.

—Supongo que estará al corriente de la noticia.

—¿De qué noticia?

—De lo de ese muchacho, ese alumno de la «casa» de Fielding que hemos estado buscando toda la noche.

Smiley sintió náuseas de repente.

—No, no sé nada.

—¡Ay, señor! Pensé que lo sabía. Ayer noche, a las ocho y media, Fielding llamó. Perkins, el prefecto de su «casa», no había regresado de su lección de música con la señorita Harlowe, que vive en Longemed. Dimos la alerta y nos pusimos a buscarle. Enviamos un coche de Policía por la carretera que él tenía que tomar de regreso, porque, sabe usted, iba en bicicleta. A la ida no vieron nada, pero de regreso el conductor se detuvo al pie de la colina, allí donde está la cascada, porque el

conductor se le ocurrió que quizás el muchacho había derrapado desde la cima y había ido a parar allá abajo al fondo. Lo encontraron a mitad del foso con la bicicleta muy cerca. Muerto.

—¡Cielo santo!

—No lo hemos comunicado a la Prensa todavía. Los padres del muchacho viven en Singapur. Su padre es oficial. Fielding les ha enviado un telegrama. Lo hemos puesto en conocimiento del Ministerio de la Guerra.

Se hizo el silencio. Luego Smiley preguntó:

—¿Cómo ocurrió?

—Hemos cortado el paso por la carretera y tratado de reconstruir el accidente. He enviado un inspector que en este momento está inspeccionando el lugar. Lo malo es que no hemos podido hacer gran cosa hasta que se ha hecho de día. Además, los hombres lo han pisoteado todo y desde luego no se les puede culpar. Parece como si hubiera caído al llegar al pie de la cuesta y se hubiera golpeado la cabeza contra una piedra: la sien derecha.

—¿Cómo lo tomó Fielding?

—Temblaba como una hoja. Si quiere que le diga la verdad, nunca lo hubiera esperado de él. Daba la impresión de... vencido. Había mucho que hacer: telegrafiar a los padres, prevenir al tío del muchacho que vive en Windsor... Pero lo dejó todo en manos de la señorita Truebody, su ama de llaves. Sin ella, no sé cómo hubieran andado las cosas. Yo me quedé con él una media hora, hasta que materialmente se derrumbó y me pidió que lo dejara solo.

—¿Qué quiere decir? ¿Que se derrumbó? —preguntó vivamente Smiley.

—Empezó a llorar. Lloraba como un chiquillo —dijo sencillamente Rigby—. No lo hubiera creído nunca.

Smiley ofreció un cigarrillo a Rigby y cogió otro él.

—Supongo —aventuró— que se trata de un accidente.

—Supongo que sí —contestó Rigby en tono impenetrable.

—Será mejor, quizá, que le ponga al corriente ahora mismo de lo que me acabo de enterar —dijo Smiley—. Cuando me llamó al hotel, yo estaba a punto de salir para venir a verle. La señorita Brimley acababa de hablar conmigo por teléfono.

Y con su concisión y exactitud habituales, le contó cuanto Ailsa Brimley le había dicho y por qué razones había llegado él a la conclusión de que el paquete podía contener algo interesante.

Smiley esperó a que Rigby hubiera hablado con Londres. Con precisión casi maquinal, iba dando indicaciones: que fueran a recoger el paquete y su contenido, que lo llevaran al laboratorio para él examen forense y analizar sus posibles huellas dactilares. Añadió que él iría personalmente a Londres con unas muestras caligráficas

del alumno y una hoja de examen para someterlo a un perito calígrafo. No, saldría de Carne en el tren de las 4.25 para estar en Waterloo a las 8.05. ¿Podría enviarle un coche a la estación? Hubo un silencio. Luego Rigby dijo con irritación:

—Muy bien. Ya tomaré un puñetero taxi.

Y colgó de golpe. Se quedó mirando a Smiley con aire furibundo, luego esbozó una sonrisa, se tiró de la oreja y dijo:

—Lo siento. Me sacan de mis casillas. —Indicó con la cabeza la pared del fondo y añadió—: Demasiadas ocupaciones. Tengo que hablarle al jefe del asunto ese del paquete, pero ha ido de caza, a la caza del pichón y con unos amigos... No tardará. Pero lo malo es que yo no le puse al corriente de que estuviera usted en Carne, y si no tiene inconveniente yo preferiría no...

—Claro que no. Ninguno. Es mejor que no me mencione para nada.

—Le diré que ha sido una comprobación de rutina. Luego mencionaremos a la señorita Brimley porque... de nada sirve echar la leña al fuego, ¿verdad?

—Desde luego.

—Imagino que no voy a tener más remedio que dejar en libertad a Janie... Razón tenía, ¿no...?, con aquello de las alas de plata al claro de luna.

—Yo no lo haría —interrumpió Smiley con una vehemencia poco usual en él—. Reténgala cuanto le sea posible. No más accidentes, por amor de Dios. Con uno basta.

—Entonces, ¿es que no cree usted que la muerte de Perkins fuera por accidente?

—No, por Dios —exclamó Smiley inmediatamente—. Ni usted tampoco, ¿verdad?

—He enviado a un detective para que investigara sobre ese accidente —dijo Rigby con toda naturalidad—. No puedo encargarme del caso personalmente porque he de ocuparme del asunto Rode. Ahora el jefe no va a tener más remedio que llamar a Scotland Yard. Y le aseguro que se va a armar una buena gresca... Él, que se creía que todo era asunto concluido...

—Y mientras tanto, ¿qué?

—Mientras tanto, me voy a lanzar a fondo hasta averiguar quién mató a Stella Rode.

—En caso de que se encuentren huellas en ese impermeable, cosa que dudo —aventuró con toda calma Smiley—, ¿tiene usted algunas aquí con que compararlas?

—Tenemos las de Rode, claro está, y las de Janie.

—¿Las de Fielding no?

Rigby vacilaba.

—La verdad es que también las tenemos. Desde hace mucho tiempo. Pero aquello no tiene nada que ver con un asunto de este calibre.

—Fue durante la guerra —dijo Smiley—. Su hermano me lo contó. Le ocurrió

cuando estaba allá por el Norte, ¿no? Inmediatamente se echó tierra al asunto, creo.

Rigby asintió con la cabeza.

—Que yo sepa, sólo D'Arcy está al corriente. Bueno, y el director, claro. Una historia de vacaciones... con un alumno de aviación, tengo entendido. El jefe se mostró muy comprensivo...

Smiley le dio un apretón de manos a Rigby y bajó por la escalera de madera de pino que tan familiar le resultaba ya. Y una vez más notó aquel olor a centro docente, a cera de *parquet*, a jabón y ácido fénico que había percibido en la casa de Fielding.

Regresó al hotel paseando con mucha calma. Al llegar al punto en que debía torcer a la izquierda, vaciló y de pronto pareció cambiar de intención. Despaciosamente, casi sin ganas, atravesó la carretera y siguiendo el muro del recinto de la abadía, se dirigió a la casa de Fielding. Parecía angustiado, horrorizado casi.

XVI. Afición a la música

La señorita Truebody le abrió la puerta. Tenía las comisuras de los ojos enrojecidos, como las del que ha estado llorando.

—¿Podría ver al señor Fielding? ¿Para despedirme?

Vacilando contestó:

—El señor Fielding está muy afectado. No creo que quiera recibir a nadie.

Entró tras ella en el vestíbulo y vio cómo se dirigía al despacho, llamaba a la puerta, acercaba la oreja y luego cómo asía suavemente el pomo y entraba. Tardó mucho en volver a salir.

—Saldrá en seguida —dijo sin mirarle—. ¿Quiere darme su abrigo?

Esperó a que se sacara el abrigo, luego se lo cogió y lo colgó junto a la silla Van Gogh. Se quedaron uno al lado del otro, sin decir nada, los dos con los ojos puestos en la puerta del despacho.

De pronto, Fielding apareció en el quicio de la puerta, sin afeitarse y en mangas de camisa.

—¿Pero qué puñetas quiere usted? —preguntó con voz pastosa.

—Sólo quería despedirme de usted, Fielding, y darle el pésame.

Se le quedó mirando un instante con dureza. Tenía el cuerpo materialmente echado contra el umbral de la puerta.

—Pues bien, adiós. Y gracias por la visita. —Con la mano esbozó un vago ademán—. Se hubiera podido ahorrar la molestia, ¿sabe usted? —añadió con grosería—. Podía haberme enviado una tarjeta y basta, ¿no?

—Desde luego. Sólo que me pareció algo demasiado trágico precisamente cuando estaba tan cerca de lograrlo.

—¿Qué es lo que insinúa? ¿Qué diablos insinúa usted?

—Me refiero a su trabajo..., a sus progresos. Precisamente el otro día Simon Snow me hablaba de ello. Absolutamente increíble, los fantásticos progresos que hizo en clase de Rode.

Hubo un silencio muy largo. Después Fielding lo interrumpió:

—Adiós, Smiley. Gracias por la visita.

Iba a meterse otra vez en su despacho, cuando Smiley soltó:

—De nada..., de nada. Imagino que ese pobre Rode ha debido de alegrarse mucho por el resultado del examen también. Porque para Perkins pasar ese examen era cuestión de vida o muerte, ¿no es así? Si no hubiera aprobado en ciencias, el próximo semestre no hubiera podido terminar sus estudios. A pesar de ser prefecto de la «casa» hubiera tenido que renunciar a presentarse al ingreso en el Ejército, imagino yo, ¿verdad? Pobre Perkins, ¡cuánto le debía a Rode! Y a usted también, ¿verdad, Fielding? Me consta. Le ha ayudado muchísimo. Ambos... Rode y usted le han

ayudado. Rode y Fielding. Hay que hacer que sus padres lo sepan. Financieramente, andan más bien apurados, si no estoy mal informado. Su padre es militar, ¿no? ¿Destinado a Singapur? ¡Qué esfuerzo debió suponer para ellos mandar a su hijo a Carne! Les servirá de consuelo saber cuánto hicieron por él aquí; ¿no cree, Fielding?

Éste estaba como la cera.

—Ya sabe las últimas noticias, supongo —prosiguió—. Lo de esa pobre desgraciada trotamundos que mató a Stella Rode. La han considerado lo suficientemente sana de juicio como para declararla culpable. Seguramente la ahorcarán. Será la tercera muerte, ¿no es así? Pero mire, Fielding, que quede entre nosotros, voy a decirle algo que quizá le parezca raro: yo no creo que ella la matara. ¿Qué cree usted? Desde luego yo estoy convencido de que ella no la mató.

Hablaba sin mirar a Fielding. Tenía sus pequeñas manos crispadas detrás de la espalda, se mantenía encorvado y la cabeza ladeada como en espera de una respuesta.

Las palabras de Smiley, a Fielding parecían causarle dolor físico. Lentamente movió la cabeza.

—No —dijo—. No. Fue Carne. Carne fue quien los mató. Un caso semejante sólo pudo ocurrir aquí. A ese juego sólo se juega aquí: divide y vencerás. —Miró a Smiley cara a cara y gritó—: ¡Y ahora lárguese de una santa vez! Ya tiene lo que quería, ¿no? Ya me puede incluir en su lista de sospechosos.

Entonces, sin tener en cuenta el consiguiente embarazo de Smiley, empezó a deshacerse en lágrimas que era incapaz de contener mientras se apoyaba la cara en las manos. Se convirtió así, de repente, en algo grotesco: enjugaba aquellas lágrimas infantiles con su mano blanca como la cal y tenía las puntas de los pies vueltas hacia adentro. Con gran suavidad, Smiley logró hacerle entrar en el despacho y que tomara asiento frente a la chimenea apagada. Luego empezó a hablarle con dulzura y comprensión:

—Si lo que imagino es cierto, no tenemos demasiado tiempo. Quisiera que me hablara usted de Tim Perkins, de su examen.

Fielding, con la cara hundida en sus manos, aceptó con la cabeza.

—Hubiera suspendido, ¿no es verdad? No hubiera conseguido pasar el examen final y por tanto se hubiera visto obligado a dejar el colegio.

Fielding guardaba silencio.

—Aquel día, después del examen, Rode le confió su cartera para que se la trajera aquí; la cartera contenía los exámenes. Aquella semana. Rode estaba de servicio en la iglesia y no pensaba pasar por casa antes de la cena. Pero, sin embargo, quería a toda costa corregir los exámenes por la noche, después de cenar con usted.

Fielding apartó las manos del rostro y se abandonó en el sillón, echando la poderosa cabeza hacia atrás con los ojos cerrados. Smiley prosiguió:

—Perkins llegó aquí aquella noche y le confió a usted la cartera, siguiendo las

instrucciones de Rode. Al fin y al cabo, Perkins era el prefecto de su «casa», un alumno responsable y digno de confianza... Por tanto, le entregó la cartera a usted y usted le preguntó cómo había ido el examen.

—Se puso a llorar —dijo repentinamente Fielding—. Lloró como sólo los niños pueden hacerlo.

—Y después de esa crisis de lágrimas, le confesó que había copiado. Que había mirado las soluciones y las había copiado en su examen. ¿Es así? Y después de asesinada Stella Rode, ¿recordó qué otra cosa había visto en la cartera?

Fielding se puso en pie.

—¡No! ¿Es que no lo comprende? Tim no hubiera copiado ni para salvar su vida. Ahí está el detalle. Ésa es la absurda ironía de todo ese asunto. Él no copió. Fui yo quien copió por él.

—Pero eso es imposible. Usted no hubiera podido imitar su letra.

—Él escribía con bolígrafo y todo se reducía a fórmulas y gráficas. Cuando se hubo marchado, yo me encontré a solas con la cartera, la abrí y busqué su examen. Era un desastre, de siete preguntas sólo había contestado dos. Entonces lo copié todo del libro de ciencias con bolígrafo azul de esos que todos nosotros tenemos iguales, de marca «Abbot». Imité su letra lo mejor que supe: no había más que tres líneas de cifras, lo demás, todo eran gráficas.

—¿Entonces fue usted quien abrió la cartera? ¿Fue usted quien vio...?

—Sí, fui yo. Tim, no. Él no hubiera copiado por nada del mundo. Pero fue él quien lo pagó, ¿no lo comprende? Cuando dieron las notas, Tim se dio cuenta de que allí pasaba algo raro. Al fin y al cabo, él no había intentado más que contestar dos preguntas de diez y, sin embargo, había sacado un sesenta y uno. Pero él no sabía nada. Nada de nada.

Durante un buen rato los dos se quedaron callados.

Plantado frente a Smiley, Fielding rezumaba alivio viendo su secreto compartido. Smiley le contemplaba con la mirada perdida y las facciones tensas a fuerza de concentración.

—Y claro —dijo al fin—. Cuando asesinaron a Stella Rode, usted sabía muy bien quién había cometido el crimen.

—Sí —contestó Fielding—. Sabía que había sido Rode.

Fielding se sirvió coñac y le pasó una copa a Smiley. Parecía haber recuperado su autocontrol. Se sentó otra vez y se quedó contemplando a Smiley pensativo.

—Yo no tengo dinero —declaró al fin—. Ni un céntimo. Todos lo ignoran menos el director. Oh, saben que estoy más o menos arruinado, pero no saben hasta qué punto. Hace mucho tiempo, cometí una tontería. Tuve muchas complicaciones. Era durante la guerra, cuando había tanta escasez de profesores. Yo tenía a mi cargo una

«casa» de alumnos y prácticamente dirigía el colegio junto con D'Arcy. Nosotros dirigíamos el colegio y el director a nosotros, claro. Fue entonces cuando cometí aquella tontería. Teníamos vacaciones y yo me hallaba en el Norte dando un curso de verano en un centro docente de la RAF. Di un paso en falso. Un mal paso. Me detuvieron. Y en mi ayuda se presentó D'Arcy con su abrigo de montaña y las condiciones del señor director: «Regresa a Carne, amiguito, y no se hablará más del asunto. Sigue dirigiendo tu “casa” y prodigando tu sabiduría. Echaremos tierra sobre el asunto y lo pasado, pasado. Sabemos que no te dejarás atrapar otra vez, amiguito, y nosotros andamos escasísimos de personal. Vuelve como interino». Y eso fue lo que hice y desde entonces interino soy. Y todos los años, en diciembre, me voy gorra en mano a ver a mi querido D'Arcy a pedirle que se me renueve el contrato. Y claro, de cobrar mi retiro, nada. Así es que ahora tendré que seguir dando clases donde pueda. Hay una escuela en Somerset donde parece que me van a aceptar. El jueves tengo que ir a Londres para mantener una entrevista con su director. Es una especie de desván para viejos catedráticos. Tuve que decírselo al director de aquí porque necesitaba referencias.

—¿Era por eso por lo que no podía usted decírselo a nadie? ¿A causa de Perkins?

—En cierto modo, sí. Porque entonces hubieran querido enterarse de muchas cosas. Lo hice por Tim, compéndalo. Las autoridades no hubieran sabido interpretar esa pasión excesiva... Se presta a malas interpretaciones, ¿no cree? Pero no se trata de una pasión de aquel orden, Smiley. Aquello pasó. Ahora se trataba de algo distinto. Usted no le oyó tocar jamás el violoncelo. No es que fuera un virtuoso, pero a veces lograba tocar con una sencillez tan meticulosa que resultaba inefablemente perfecto. Era un muchacho más bien torpe para la mayoría de las cosas y por eso oírle tocar así era una extraordinaria sorpresa. Me hubiera gustado que le hubiera oído usted tocar.

—Y usted no quiso verlo mezclado en el asunto, claro. Si usted hubiese ido a la Policía y le hubiese contado lo que había visto, la reputación de Tim se hubiera visto arruinada también, ¿no es así?

Fielding hizo un gesto afirmativo.

—Lo único que yo amaba de todo Carne era a él.

—¿Que *amaba*?

—Pues, Dios santo, ¡claro!

—Sus padres querían que ingresara en Sandhurst. Yo no, la verdad. Pensaba que si podía retenerle aquí un par de semestres más, quizá le consiguiera una beca para que estudiara música. Por eso lo nombré prefecto de mi «casa», para convencer a sus padres de que lo dejaran en Carne porque se había situado muy bien. —Fielding hizo una pausa y prosiguió—: Como prefecto era un desastre.

—Y ¿qué había exactamente en aquella cartera cuando usted la abrió para mirar

el examen de Tim?

—Un plástico transparente doblado..., quizás uno de esos impermeables de bolsillo, un par de guantes viejos y un par de chanclos hechos a mano.

—¿Hechos a mano?

—Sí, parecían unas botas de goma recortadas.

—¿Nada más?

—Sí, un pedazo de cable grueso, supongo que para sus experimentos en clase de ciencias. Me pareció completamente normal que en invierno llevara chanclos por sí acaso. Pero después del crimen, comprendí cómo lo había llevado a cabo.

—¿Sabía también por qué la había matado?

Pareció como si Fielding dudara.

—Rode es un conejillo de Indias —empezó—. El primero de todos nosotros que procede de una escuela secundaria. De hecho, la mayoría hemos estudiado en el mismo Carne. Acostumbrados a Carne desde un principio. Pero Rode no, y Carne lo fascinó. El nombre mismo de Carne es sinónimo de distinción y Rode adora la distinción. Pero su mujer era distinta. Ella tenía su código particular, diferente, pero válido también. A veces, los domingos por la mañana, yo observaba el comportamiento de Rode en la abadía. Los profesores se sientan en un extremo de los bancos, casi junto al pasillo. Observaba sobre todo su cara cuando el coro desfilaba junto a él, todos vestidos de blanco y rojo, seguidos del director, con su traje de doctor y de los miembros del Consejo y los del Patronato. A Rode aquello le emborrachaba, le embriagaba el orgullo de pertenecer, él también, a Carne. Nosotros, para el que ha sido alumno de una secundaria, somos como el vino fuerte. Debió de humillarle lo indecible el hecho de que Stella no quisiera tomar parte en nada de aquello. Saltaba a la vista. La noche en que vinieron a cenar a casa, la noche en que ella murió, tuvieron una discusión. No se lo he dicho a nadie, pero así fue. Aquella tarde el director había pronunciado un sermón y Rode no sabía hablar de otra cosa. No tenía costumbre de beber y el alcohol en seguida se le subía a la cabeza. Venía empapado de sermón y de la elocuencia del director. Ella jamás ponía los pies en la abadía, frecuentaba esa miserable iglesia que hay junto a la estación. Bueno, pues él no dejaba de hablar por los codos de la belleza del oficio que se había celebrado en la abadía, de su dignidad, de su nobleza. Ella le dejó terminar sin abrir la boca, pero en cuanto acabó se echó a reír y dijo: «Pobrecito Stan, digas lo que digas, para mí seguirás siendo el pobrecito Stan». Le digo, señor Smiley, que en mi vida he visto a nadie tan fuera de sí. Se puso blanco como el mármol.

Fielding apartó con la mano el mechón de pelo gris que le caía sobre sus ojos y prosiguió con algo de aquella ampulosidad suya de antaño.

—A ella también la estuve observando durante aquella cena. Y no sólo en aquella cena, sino en todas las recepciones en que coincidimos. Me fijé hasta en las cosas

más simples, hasta en cómo comía una manzana: la pelaba en redondo de una pieza hasta que la piel caía entera. Luego la cortaba en cuatro y después a dados, todo esto antes de empezar a comérsela. Igual que la mujer de un minero preparando el postre al marido. Y había tenido de sobra ocasiones de ver cómo se hacen las cosas aquí, pero nunca le pasó por la cabeza imitar a nadie. Y eso, yo lo admito. También usted, supongo. Pero no Carne. Ni Rode. Rode menos que nadie. Rode la observaba siempre y creo que empezó a odiarla porque no se doblegaba a imitar nuestras costumbres. Llegó a considerarla como un obstáculo en su carrera, como un factor en contra para llegar adonde él se proponía. Y una vez llegado a esta conclusión, ¿qué podía hacer? No podía divorciarse: le hubiera perjudicado más que seguir casado con ella. Rode sabía muy bien lo que Carne piensa e iba a pensar del divorcio. Somos una institución religiosa, no lo olvide usted. Por eso la mató. Planeó un sórdido asesinato y con su pequeño cerebro científico le preparó a la Policía las pistas necesarias. Pistas falsas. Pistas que conducirían a un asesino que no existía. Pero algo le salió mal: Tim Perkins sacó un sesenta y uno. Era imposible, por fuerza tuvo que copiar. Y desde luego había tenido ocasión puesto que la cartera había estado en sus manos. Rode con su pequeño cerebro imaginó lo ocurrido: Tim había abierto la cartera y había visto la capa, las botas y los guantes. Y el cable además. Entonces lo mató también a él.

Con sorprendente energía, Fielding se puso en pie y se sirvió más coñac. La sangre se le había subido a la cabeza y su rostro estaba casi radiante.

Smiley se levantó.

—¿Cuándo dijo usted que iría a Londres? El jueves, ¿verdad?

—Sí. He quedado en comer con el tipo aquel del desván en uno de esos abominables clubs de Pall Mall. Yo acabo siempre haciendo lo que no debería, ¿usted no? Aunque creo que poco voy a conseguir hablando con él ahora que esta historia va a salir en los periódicos. Ni en un desván de trastos me aceptarán.

Smiley vacilaba.

—Véngase a cenar a mi casa el jueves. Puede quedarse a dormir si quiere. Invitaré a algunos amigos y trataremos de pasarlo bien. Charlaremos. De aquí a entonces, ya se sentirá usted mejor. Quizá pueda yo ayudarle... en memoria de Adrian.

—Gracias. Me gustaría. Porque aparte de esa entrevista, tengo algunas cosillas que hacer en Londres.

—Magnífico. A las ocho menos cuarto. Bywater Street, Chelsea, número 9 A.

Fielding anotó la dirección en su agenda. La mano no le temblaba.

—¿De etiqueta? —preguntó con la pluma en alto.

Un súbito impulso hizo responder a Smiley:

—Es mi costumbre, pero no la tenga en cuenta.

Hubo un momento de silencio.

—Supongo —aventuró Fielding— que todo eso, lo de Tim y yo, se hará público durante el proceso. Si así ocurre, soy hombre acabado. Acabado.

—No veo cómo podría evitarse.

—De todos modos, ahora me siento mucho mejor —dijo Fielding—. Hablar con usted me ha aliviado enormemente.

Con un precipitado adiós, Smiley le dejó solo. Se apresuró a volver a la Comisaría totalmente convencido de que Terence Fielding era el más sagaz embustero con que se había tropezado en mucho tiempo.

XVII. Corre, conejo

Llamó a la puerta de Rigby y entró sin esperar.

—Me temo mucho que no va a tener más remedio que detener a Stanley Rode —comenzó y luego pasó a contarle su entrevista con Fielding.

—He de decírselo al jefe —dijo Rigby poco convencido—. ¿Tendría inconveniente en repetirlo todo delante de él? Si tenemos que detener a un profesor de Carne, creo que lo mejor será poner al comisario superior al corriente. Acaba de llegar ahora, precisamente. Espere un momento.

Tomó el teléfono y pidió que le pusieran con el comisario en jefe. Unos minutos después, marchaban por un pasillo alfombrado de cuyas paredes colgaban fotografías de equipos de rugby y cricket, unas desvaídas y amarillentas por el sol de la India, otras en sepia, mucho mejores, debidas a los fotógrafos de Carne de principios de siglo. A intervalos, unos bidones de un rojo brillante con el letrero FUEGO en letras blancas amenizaban el corredor. Al fondo se abría una oscura puerta de roble. Rigby llamó y se quedó aguardando. Nada. Volvió a llamar y como contestación recibió el grito de:

—¡Pasen!

Dos enormes perros de aguas observaban su entrada. Detrás de los perros y de una gran mesa, el general Havelock, de la Orden del Imperio Británico y comisario superior de Carne, presidía la estancia como el ratón el madero que le salva del océano.

Los escasos mechones que nacían alrededor de su calva habían sido cuidadosamente dispuestos de modo que la cubrieran lo más posible, lo que le daba el curioso aspecto del que acaba de salir del agua. El bigote, que compensaba sobradamente la escasez de cabello, era amarillo y parecía macizo. Estatura muy baja. Llevaba un traje marrón y un cuello de camisa blanco, redondo y perfectamente almidonado.

—Señor, quisiera presentarle —comenzó Rigby— al señor Smiley de Londres.

Salió de detrás de la mesa del despacho como si se entregara sin convicción al enemigo, aunque resignado. Luego tendió una pequeña mano huesuda y dijo como si repitiera una lección aprendida de memoria:

—De Londres, ¿eh? Mucho gusto en conocerle.

—El señor Smiley está aquí por asuntos personales —prosiguió Rigby—. Es amigo del señor Fielding.

—Todo un carácter, ese Fielding, todo un carácter —saltó el comisario.

—Sí, desde luego —comentó Rigby y prosiguió diciendo—: El señor Smiley acaba de hacer una visita al señor Fielding ahora mismo para despedirse antes de volver a Londres.

Havelock lanzó con sus ojos redondos una mirada escudriñadora a Smiley, como si pusiera en entredicho que fuera a emprender el viaje.

—El señor Fielding ha hecho una especie de declaración que sostiene con pruebas que él puede aportar. Sobre el asesinato, señor.

—¿Y qué más, Rigby? —preguntó Havelock como desafiándole.

Smiley intervino:

—Según él, el asesino es el marido. Stanley Rode. Fielding dice que cuando el prefecto de su «casa» le llevó la cartera con las hojas de examen...

—¿Qué hojas de examen?

—Rode tenía exámenes aquella tarde, ¿recuerda? Luego estaba de servicio en la capilla, antes de ir a cenar a casa de Fielding. Para no tener que llevar la cartera de una parte a otra, se la entregó a Perkins para que...

—¿Al muchacho que sufrió el accidente? —preguntó Havelock.

—Sí.

—Está usted enterado de muchas cosas —comentó Havelock sombrío.

—Fielding dice que cuando el alumno le entregó la cartera, él, Fielding, la abrió. Quería saber cómo le había salido a Perkins el examen de ciencias. Era muy importante, definitivo, para su diploma —prosiguió Smiley.

—Oh, hoy en día el estudio es lo único que cuenta —exclamó Havelock con amargura—. Cuando yo era joven era muy distinto, se lo puedo asegurar.

—Cuando Fielding abrió la cartera, encontró efectivamente los exámenes. Y también un impermeable de plástico y un par de viejos guantes de piel y un par de chanclos recortados de unas antiguas botas de goma.

Silencio.

—¡Dios santo! ¡Dios santo! ¿Ha oído eso, Rigby? ¡Es precisamente lo que se ha encontrado en ese paquete de Londres! ¡Dios santo!

—Y había también un pedazo de cable, de cable grueso. Fue esa cartera lo que volvió a buscar Rode a casa de Fielding la noche del crimen, ¿recuerda usted? —concluyó Smiley.

Tenía la impresión de estarle dando la papilla a un niño en pañales, cucharada a cucharada.

Se produjo un silencio muy largo. Lo rompió Rigby, que parecía saber con quién se las traía:

—El móvil fue el deseo de progresar en su profesión, señor. La señora Rode no tenía ninguna ambición; vestía con manifiesto descuido y no tomaba parte en la vida religiosa del colegio.

—Un momento —interrumpió Havelock—. Rode había premeditado su crimen desde el principio, ¿no es eso?

—Sí, señor.

—Quería hacerlo pasar por un robo a mano armada, ¿no?

—Sí, señor.

—Después de haber recogido la cartera, regresó a North Fields. ¿Qué hace entonces?

—Se pone el impermeable de plástico, la capa y capucha, los chanclos y los guantes. Se hace con el arma, señor. Entra por la verja del jardín, atraviesa el jardín de atrás, gana la puerta delantera y llama al timbre. Su mujer le abre. Él la ataca, la arrastra hasta el invernadero y allí la mata. A continuación, aclara en el grifo las prendas que llevaba puestas y las mete en el paquete. Después de atarlo, se va, esta vez por la verja de delante, andando tranquilamente por el camino, convencido de que pronto sus pisadas se confundirán con otras muchas. Una vez en la carretera, donde la nieve es dura y virgen, da media vuelta, entra otra vez en la casa e improvisa el papel del marido lleno de angustia y de dolor, teniendo buen cuidado, cuando da con el cadáver, de borrar con sus huellas las de los guantes. Pero había un objeto que hubiera sido demasiado arriesgado enviar. El arma.

—De acuerdo, Rigby. Deténgale. El señor Borrow le dará la orden de arresto si la necesita. Para lo demás, llamaré a Lord Sawley.

—Sí, señor. Y enviaré además al sargento Low a que tome la declaración íntegra a Fielding, ¿le parece?

—¿Por qué diablos no lo declaró antes?

—Tendremos que preguntárselo, señor —respondió Rigby impasible mientras se disponía a salir de la habitación.

—¿Estudió usted también en Carne? —le preguntó Havelock, haciendo deslizar una cigarrera de plata por encima de la mesa.

—No, no. Confieso que no —contestó Smiley.

—¿Cómo es que conoce a Fielding?

—Nos conocimos en Oxford después de la guerra.

—Muy raro ese Fielding, muy raro. ¿Me dijo usted que se llamaba Smiley?

—Sí.

—Un tal Smiley se casó con Ann Sercombe, una prima de Lord Sawley. Ann, una muchacha endiabladamente guapa. ¡Mire que ir a casarse con ese tipo! Un pobre funcionario con la Orden del Real Imperio Británico y un reloj de oro. A Sawley le sentó como un tiro.

Smiley guardó silencio.

—Un hijo de Sawley estudia en Carne, ¿lo sabía?

—Me parece que lo leí en el periódico.

—Dígame, ese tal Rode, estudió en una escuela secundaria, ¿verdad?

—Creo que sí.

—Mal asunto, mal asunto. No se pueden hacer experimentos. Nunca. Nunca se

pueden hacer experimentos, ni innovaciones, ni jugar con la tradición.

—Desde luego que no.

—Eso es lo malo de nuestra época. Igual que en África. Nadie quiere aceptar que una civilización no se improvisa de un día a otro. Se necesitan siglos para fabricar a un *gentleman*.

Havelock permaneció ceñudo y se puso a jugar con el abrecartas.

—Lo que me gustaría saber es cómo pudo echar ese cable en la zanja, esa cosa con la que la mató. Durante las cuarenta y ocho horas que siguieron al crimen, no lo perdimos de vista ni un instante.

—Eso es precisamente lo que me intriga a mí también —dijo Smiley—. Eso y lo de Janie Lyn.

—¿A qué se refiere?

—No creo que Rode tuviera la presencia de ánimo suficiente como para regresar a casa después de asesinar a su mujer, sabiendo que Janie Lyn lo había visto todo. Suponiendo, claro está, que lo supiera, como parece probable. Se necesita una sangre fría..., demasiado fría.

—Curioso, rematadamente curioso —murmuró entre dientes Havelock.

Echó un vistazo a su reloj separando el codo izquierdo del cuerpo con un rápido gesto de jinete que a Smiley le pareció mitad cómico y mitad triste. Pasaban los minutos. Smiley no sabía si marcharse o no, pero tenía la vaga sensación de que Havelock deseaba su compañía.

—Se va a armar un escándalo de mil diablos —dijo Havelock—. No todos los días se detiene a un profesor de Carne acusado de asesinato. —Dejó bruscamente el abrecartas sobre la mesa—. Esos indecentes periodistas merecerían una buena paliza. No hay más que ver lo que se atreven a decir de la familia real. Pura maldad.

Se levantó, atravesó la estancia y fue a instalarse en el sillón que había junto a la chimenea. Uno de los perros fue a echarse a sus pies.

—Me gustaría saber qué le impulsó a hacer eso. ¿Por qué diablos tuvo que matarla? ¡A su propia esposa! Un hombre como él.

Havelock hizo la pregunta de buena fe, como esperando de verdad que alguien se lo aclarase.

—No creo —dijo Smiley lentamente— que nunca podamos saber a ciencia cierta por qué la gente hace las cosas.

—Dios mío, ¡y qué razón tiene usted...! ¿A qué se dedica usted, Smiley?

—Después de la guerra, estuve en Oxford. A la enseñanza y a la investigación. Ahora vivo en Londres.

—Uno de esos enchufes, ¿no?

A Smiley le parecía que Rigby no iba a volver nunca.

—¿Sabe algo de la familia de ese individuo? ¿Tiene padres?

—Me parece que sus padres murieron los dos —contestó Smiley.

En aquel momento, el teléfono sonó penetrante. Era Rigby. Stanley Rode había desaparecido.

XVIII. Después del baile

Tomó el tren de Londres de la una y media por los pelos porque en el hotel le entretuvieron discutiendo la cuenta. Dejó una nota para Rigby con su dirección y número de teléfono en Londres, pidiéndole no dejara de llamarle por la noche en cuanto tuviese los resultados de los análisis de laboratorio. No le quedaba nada más que hacer en Carne.

A medida que el tren se alejaba de Carne y las características de su paisaje desaparecían una por una en la fría niebla de febrero, a George Smiley le embargaba una sensación de alivio. No hubiera querido tener que pisar nunca la tierra de Carne. Temía el lugar aquel donde su mujer, había pasado la niñez, temía tener que recorrer la tierra donde ella había vivido. Pero no había hallado, ni en el inerte perfil del castillo de Sawley, ni en el paisaje, nada que le recordara a ella. Sólo habladurías que subsistirían mientras existieran Hechts y Havelocks para jactarse de su amistad con la primera familia de Carne.

Cogió un taxi hasta Chelsea, subió la maleta a su casa y la vació con el esmero propio de un hombre acostumbrado a vivir solo. Tenía ganas de tomar un baño, pero decidió llamar por teléfono primero a Ailsa Brimley. Se sentó en el borde de su cama y marcó el número. Una vocecita cantarina estereotipada y metálica dijo:

—«Unipress», buenos días.

Preguntó por la señorita Brimley. Hubo un gran silencio. Luego oyó que le decían:

—Debo decirle que la señorita Brimley se encuentra en este momento en una conferencia. ¿Quiere usted que transmita su interpelación a otra persona?

«Interpelación —pensó Smiley—. ¿Por qué diablos “interpelación” y no pregunta o cuestión?».

—No —contestó—. Dígale solamente que llamó el señor Smiley.

Colgó el auricular, pasó al baño y abrió el grifo del agua caliente. Estaba luchando por soltar los gemelos de la camisa cuando el teléfono sonó. Era Ailsa Brimley.

—¿George? Creo que lo mejor será que vengas inmediatamente. Tenemos visita. El señor Rode, de Carne. Quiere hablarnos.

Echó a andar hacia la calle mientras se ponía la americana y llamó a un taxi.

XIX. Justiprecio de una fábula

El ascensor que descendía iba atestado de empleados de la «Unipress» que, con los ojos cansados, regresaban a sus casas. El espectáculo de un gordo cuádragenario que subía los escalones de cuatro en cuatro les proporcionó una diversión inesperada, de modo que Smiley siguió su camino por entre pullas de administrativos y risas de mecanógrafas. Se detuvo al llegar al primer piso para examinar un enorme tablón donde estaban inscritos los nombres de una cuarta parte de la totalidad de los diarios ingleses. Al fin, bajo el epígrafe «Técnicos y Varios», descubrió *La Voz Cristiana*, puerta 619. El ascensor le pareció muy lento. De detrás del forro salía música ligera y el ascensorista, en uniforme de opereta, marcaba el compás dándose palmadas en las caderas. Las puertas doradas se abrieron en un suspiro y el ascensorista anunció:

—Sexto.

Smiley se apresuró a salir al pasillo y un momento después llamaba a la puerta 619. Ailsa Brimley le abrió.

—George, me alegro de que ya estés aquí —dijo radiante—. Rode está deseando verte.

Y sin más preámbulo, le hizo pasar al despacho. Stanley Rode, profesor de Carne, vistiendo un abrigo negro de buen corte, estaba sentado en un sofá junto a la ventana. Al ver entrar a Smiley, se levantó y le tendió la mano.

—Ha sido muy amable al venir —dijo sin emoción aparente—. Muy amable.

Siempre la misma reserva, la misma prudencia en su voz.

—¿En qué puedo serle útil? —le preguntó Smiley.

Los tres tomaron asiento. Smiley ofreció un cigarrillo a la señorita Brimley y le dio fuego.

—Se trata de este artículo que prepara usted sobre Stella —empezó diciendo—. No sabe cuánto me cuesta dar este paso ya que usted quiere tener esa atención para con ella... Bueno, en su memoria, ya sabe lo que quiero decir. Sus intenciones son evidentemente dignas de alabanza, pero yo no quiero que usted escriba ese artículo.

Smiley no dijo nada y Ailsa fue lo suficientemente lista como para hacer lo mismo. A partir de aquel momento, fue Smiley quien llevó la conversación. A él, el silencio no parecía importarle, pero a Rode parecía ponerle nervioso.

—No estaría bien, ni sería justo. El señor Glaston está de acuerdo conmigo. Hablé con él ayer por la tarde antes de que se fuera y me dio la razón. Me es imposible dejarle que usted escriba todo eso.

—¿Y por qué?

—Hay demasiada gente que está al corriente de todo. Le pregunté su opinión también al pobre reverendo Cardew. Él sabe muchas cosas, muchas cosas de Stella.

Él comprende muy bien que yo me convirtiera a la religión de Carne y que entonces ver cómo ella se iba allá todos los domingos, a ponerse de rodillas, fuera un suplicio para mí. —Movi6 un poco la cabeza—. Estaba mal hecho. No tenia otro objeto que poner mi fe en ridículo.

—¿Qué le dijo el reverendo Cardew?

—Que no somos nosotros los jueces, sino Dios. Pero yo insistí y le dije que no sería lo más indicado que todos cuantos la conocían y saben lo que hizo lean todas esas alabanzas en *La Voz*. Les parecería una inconveniencia. El reverendo Cardew no pareció opinar lo mismo, sino que se limitó a decir que había que dejar que se hiciera la voluntad de Dios. Pero yo no puedo, señor Smiley.

Otra vez se produjo un silencio. Rode se mantenía perfectamente inmóvil, excepto un ligero balanceo de la cabeza. Viendo que nadie hablaba, prosiguió:

—En un principio no le hice caso a Glaston cuando me decía que tenía sentimientos perversos. Yo no podía creerlo. Por entonces, Stella y su padre vivían en lo alto de Gorse Hill, a dos pasos de la iglesia. Cambiaban continuamente de servicio doméstico y nunca lograban retenerlo por mucho tiempo. Por tanto ella se ocupaba de la casa casi por completo. Los domingos por la mañana, al salir de la iglesia, yo solía hacerles una visita. Stella cuidaba de su padre, guisaba, limpiaba la casa y yo me preguntaba si podía atreverme a pedirle la mano de su hija. Los Glaston eran gente muy importante en Braxome. En aquella época yo daba clases en la escuela secundaria, sólo media jornada porque estaba preparándome para sacar mi licenciatura y tomé la decisión de que si la sacaba le pediría que se casara conmigo.

«El domingo siguiente a los exámenes, me fui derecho a su casa al salir de la iglesia. Me abrió la puerta el mismo señor Glaston y me hizo pasar inmediatamente a su despacho. Desde la ventana se veían la mitad de las alfarerías de Poole y al fondo, el mar. Me hizo sentar y me dijo:

—Ya sé lo que le trae por aquí, Stanley. Pretende casarse con Stella, ¿verdad? Pero usted no la conoce. No la conoce en absoluto.

—Hace ya dos años que vengo por aquí, señor Glaston —le contesté—, y sé lo que quiero.

«Entonces empezó a hablarme de ella. No hubiera creído nunca que un ser humano pudiera hablar así de su propia hija. Me dijo que era una perversa de corazón. Llena de malas intenciones. Que por esa razón no podían tener criados en casa. Me explicó cómo atraía a las personas mostrándose buena y comprensiva hasta que se le confiaban, para luego herirlas con palabras perversas, medio verdad, medio mentira. Y me dijo aun otras cosas que yo me negué a creer. Recuerdo que hasta perdí la cabeza y le llamé viejo egoísta y celoso que no quería perder a su ama de casa, le traté de viejo mentiroso que quería que su hija se ocupara de él hasta su muerte. Y le

grité que él era el verdadero perverso y no Stella y le grité mentiroso a la cara varias veces. Parecía como si no oyera nada. Se limitaba a sacudir la cabeza. Entonces salí corriendo al recibidor y llamé a Stella. Me parece que estaba en la cocina. Vino, me rodeó con sus brazos y me besó».

«Un mes después nos casábamos y su padre la dejó partir. En la boda me dio la mano y me dijo que yo era un hombre de bien y entonces, mentalmente, yo le traté de hipócrita. Nos dio dinero: a mí, no a ella, dos mil libras. Creí que intentaba con ello borrar los horrores que había dicho y al cabo de un tiempo yo le escribí para decirle que le perdonaba. Él nunca contestó aquella carta, y a partir de entonces le vi poco».

«Durante un par de años, vivimos felices en Braxome. Ella se mostraba exactamente como yo la había imaginado, sincera y sencilla. Le gustaba dar paseos y que nos besáramos en los portillos. De vez en cuando, le gustaba hacerse la gran señora e ir a cenar al “Delfín” de punta en blanco. En aquella época, significaba mucho para mí dejarme ver en lugares elegantes con la hija del señor Glaston, no puedo negarlo. Pertenece al Rotary y al Consejo y era una personalidad en Braxome. Ella con frecuencia me hacía burla por ello, en público también, lo que me resultaba bastante molesto. Recuerdo que cierto día, en el “Delfín”, había un individuo llamado Johnnie Raglan. Habíamos ido al colegio juntos. Johnnie era del tipo “si te he visto no me acuerdo” y no había hecho gran cosa desde que salió del colegio a no ser andar detrás de las chicas y meterse en líos. Stella le conocía, no sé de qué, pero apenas nos sentamos le hizo señas. Johnnie se acercó y entonces Stella le obligó a ir a por una silla y sentarse a nuestra mesa. El *maître* se nos comía con los ojos, pero no se atrevía a decir nada, tratándose de la hija de Samuel Glaston. Johnnie se quedó con nosotros toda la cena y Stella le hizo hablar de cuando íbamos al colegio juntos y de cómo era yo entonces. Johnnie lo pasaba en grande y poco a poco se fue poniendo insolente y contando que en aquellos tiempos yo era un empollón, un tontainas y que él, Johnnie, siempre me ganaba cuando se trataba de puños. Casi todo mentira, pero ella le daba alas. Cuando nos marchamos, yo le hice reproches y le dije que yo no gastaba mi dinero en el “Delfín” para oír contar a Johnnie Raglan un montón de embustes. Entonces ella sacó sus uñas y rabiosa me dijo que, al fin y al cabo, era su dinero y que Johnnie valía más que yo. Luego me pidió perdón, me besó y yo hice como que la perdonaba».

«Gotas de sudor perlaban su rostro. Hablaba precipitadamente, con palabras entrecortadas. Parecía un hombre que contara una pesadilla, una pesadilla que durara aún y cuyo espanto todavía sintiera. Se interrumpió para mirar ansioso a Smiley como si esperara un comentario, pero Smiley, con los ojos puestos en el infinito y cara de rasgos duros, impassible, parecía no verle».

«Luego nos trasladamos a Carne. Acababa de ponerme a leer el *Times* cuando vi el anuncio. Necesitaban un profesor de Ciencias y yo solicité la plaza. El señor

D'Arcy me citó para una entrevista y obtuve el puesto. Y fue precisamente al trasladarnos a Carne cuando descubrí que su padre me había dicho la verdad. Nunca antes había dado pruebas de excesiva piedad, pero en cuanto llegó a Carne demostró una devoción increíble. Sabía perfectamente que aquello iba a causar mal efecto, que me perjudicaría enormemente. En Braxome, sabe usted, hay un núcleo muy importante de disidentes; allí, ir a la iglesia baptista es cosa normal y corriente. Pero en Carne, era distinto. La iglesia disidente de Carne consiste en una barraca apartada con techo de cinc. Ella quería distinguirse de los demás profesores y a mí mismo con su simulada humildad. No me hubiera importado si hubiera sido sincera, pero no lo era. El reverendo Cardew lo sabía. Él conocía muy bien a Stella. Creo que su padre le había hablado. Además, procedía del Norte y conocía a la familia. Sé que una vez escribió al señor Glaston, o le fue a ver quizá».

«Al principio todo marchaba bastante bien. En el pueblo veían con muy buenos ojos su presencia: que la esposa de un profesor del colegio frecuentara la Iglesia disidente, no había ocurrido jamás. Luego empezó a cuidarse de la colecta para los refugiados, a recoger ropas y todo eso. La señorita D'Arcy, hermana del señor D'Arcy, se cuidaba de recogerlos en el colegio y Stella quería vencerla en terreno propio; es decir, conseguir más donativos de los fieles del templo que la señorita D'Arcy de la escuela. Pero yo sabía lo que estaba intentando y el reverendo Cardew también. La gente del pueblo, al final, se dio cuenta también. Lo escuchaba todo; hacía acopio de todos los chismes y maledicencias que podía. A veces, por la noche, cuando regresaba de trabajar para la iglesia —todos los miércoles y viernes— apenas tenía tiempo de sacarse el abrigo y ya se ponía a reír como una loca. “Los tengo bien cogidos. Son míos —decía—. Sé todos sus secretos y los tengo en un puño, Stan”. Eso es lo que me decía. Y los que empezaron a darse cuenta del juego, empezaron a temerla. Todo el mundo chismorrea, bien lo sabe Dios, pero no para sacar provecho de ello como Stella. Stella era pérfida: disfrutaba arrastrando por el lodo cuanto pudiera haber de bueno y honrado. Había logrado descubrir los secretos de una docena de personas. De Mulligan, por ejemplo, el de las mudanzas: tiene una hija que vive con su crío cerca de Leamington. No sé cómo se enteró de que esa muchacha no estaba casada y de que la habían enviado a casa de una tía suya para dar a luz y luego volver al pueblo, como si nada. Pues un día, Stella va y llama a Mulligan a propósito de la factura que les había presentado a los Snow por su mudanza y añade: “Saludos de Leamington, señor Mulligan. Quisiéramos arreglar un asuntillo”. Me lo contó ella misma. Volvió a casa riéndose como una loca y me lo contó. Pero al final le han devuelto todas las jugadas, ¿no le parece? ¡Han sabido vengarse!».

Smiley asintió levemente con la cabeza y miró francamente a Rode.

—Sí. Han sabido vengarse.

—Creen que ha sido Janie la loca quien la ha matado. Pero yo no. Janie antes

hubiera matado a su propia hermana. Eran como carne y uña, solía decir Stella. Al anochecer, cuando yo tenía clases particulares o alguna reunión y tardaba en llegar más que de costumbre, se pasaban horas juntas charlando. Stella le hacía la comida, le daba vestidos y dinero. Ayudar a un ser como Janie, verse adulada por ella, le otorgaba un sentimiento de superioridad. No lo hacía por bondad, sino porque era cruel.

«Se había traído un perro pequeño de Braxome que no era de raza. Hace unos meses, al entrar en casa, me lo encontré echado en el garaje gimiendo aterradoramente. Estaba cojo y la espalda le sangraba. Le había dado una paliza. Debió de ser en una crisis de locura porque ya le había pegado otras veces; pero así, nunca. Nunca. Y entonces ocurrió que yo le reñí a gritos y como ella se burlaba, le pegué. No demasiado fuerte, pero pegué a mi mujer. En la cara. Le di veinticuatro horas para que matara a aquel perro porque si no llamaría a la Policía. Se puso a vociferar que aquel perro era suyo y que podía hacer con él lo que se le antojara. Pero al día siguiente se puso su sombrerito negro y llevó el perro al veterinario. Imagino que le contaría un cuento. Porque lo que es para inventar algo, se las pintaba sola. Tenía el don de meterse en la piel de cualquier personaje. Como el cuento que les explicó a los húngaros. Hace un tiempo, la señorita D'Arcy tenía en su casa a unos refugiados de Londres y Stella les contó tales historias que huyeron de la casa y tuvieron que devolverlos a Londres. La señorita D'Arcy les había pagado los viajes y todo y hasta hizo venir a la asistente social de Londres para ver de arreglar las cosas. No creo que la señorita D'Arcy haya sabido nunca quién le preparó el golpe, pero yo sí. Stella me lo contó todo. Riéndose, siempre con aquella risa suya: “Fíjate, Stan. Ahí tienes a tu gran señora: Mira en qué han quedado sus buenas obras de caridad”. Después de la historia del perro, le dio por decir que yo era un agresivo y un violento y cada vez que me acercaba a ella, se escabullía y se protegía con el brazo como si fuera a empezar a pegarle otra vez. Hasta llegó a imaginar que quería matarla: fue y se lo contó al reverendo Cardew. Pero ella misma no creía palabra de aquello y a veces hasta hablaba en broma. “No te serviría de nada, matarme, Stan. Todos sabrían que habías sido tú”. Pero otras, empezaba a gemir y a suplicarme que no la matara: “Me matarás en una larga noche”. A menudo, hasta lo decía a gritos. Eran las palabras lo que la excitaba, su sonido, las palabras le atraían como les atraen a los actores. “Las largas noches”, vocalizaba como si estuviera en escena y tejía toda una historia sobre una frase central que le gustara. “Oh, Stan —me decía—. Protégeme durante las largas noches”. ¿Sabe lo que es que uno no haya soñado jamás en hacer una cosa y que le supliquen que no lo haga? Al final, uno empieza a pensar que, después de todo, por qué no y empieza a vislumbrar la posibilidad».

La señorita Brimley había perdido el habla desde un principio. Smiley se levantó y se acercó a Rode.

—¿Por qué no vamos a comer algo a mi casa? Podríamos seguir discutiendo el asunto como entre amigos.

Cogieron un taxi para Bywater Street. Rode, ahora más tranquilo, se sentó junto a Ailsa Brimley, y Smiley, en el sillón frente a él, le contemplaba y reflexionaba. Y se dio cuenta de que lo más grave en aquel hombre era que carecía de amigos. Todo aquello a Smiley le recordaba aquel cuento de hadas de Büchner en que un niño abandonado, solo en un mundo desierto, como no tiene nadie con quien hablar, se va a la luna porque le ha sonreído, pero descubre que la luna está hecha de madera carcomida. Luego, el sol, la luna y las estrellas desaparecen. Intenta regresar a la tierra, pero la tierra ya no existe.

Quizá porque ya se hacía viejo o quizá porque estaba agotado, Smiley se dio cuenta de que sentía compasión por Rode, como los niños compadecen a los pobres o los padres a sus hijos. Había puesto Rode tanto empeño, se había esforzado tanto. Había aprendido la jerga de Carne, se había comprado el traje que debía vestir, se había resignado a tener las opiniones que esperaban de él y, sin embargo, no se había librado de la soledad, de ser un extraño para todos, de haberse quedado desesperadamente solo.

Encendió la estufa de gas del salón mientras Ailsa Brimley iba a por un sobre de sopa y huevos a la charcutería de King's Road. Sirvió dos whiskies con sifón y le pasó uno a Rode que empezó a sorberlo en silencio.

—Tenía que decírselo a alguien —dijo al fin—. Creí que usted podría comprenderme. Además, no quería que publicase ese artículo. Demasiadas personas saben la verdad, comprenda usted.

—Exactamente, ¿quién sabía la verdad?

—Sólo aquellos a quienes ella decía tener en un puño, supongo. En total una docena de personas del pueblo. Y el reverendo Cardew, claro. Ella era terriblemente astuta, no vaya a creer. No se iba nunca de la lengua: sabía muy bien hasta dónde podía llegar. Sólo lo sabían los que habían caído en su trampa. Ah, y también D'Arcy. Félix D'Arcy lo sabía. Allí ella había descubierto algo de particular, algo que nunca me dijo. Algunas noches se echaba un chal sobre los hombros y salía sin decir nada, tan excitada como si fuera a una fiesta. A veces muy tarde, a las once o a las doce de la noche. Yo nunca le pregunté adónde iba, eso le hubiera dado demasiado gusto. Pero algunas veces, me hacía una seña y decía: «Tú no lo sabes, Stan. Pero D'Arcy sí y tiene que callárselo». Luego se ponía a reír otra vez y se esforzaba en adoptar aires de misterio y se marchaba.

Smiley se quedó un buen rato sumido en sus pensamientos sin dejar de observar a

Rode. De repente preguntó:

—¿Sabe usted a qué grupo sanguíneo pertenecía Stella?

—El mío es el B. Lo sé seguro. En Branxome, yo era donante de sangre. El suyo era diferente.

—¿Cómo lo sabe?

—Se hizo hacer un análisis antes de casarse conmigo. Tenía un poco de anemia. Sólo me acuerdo de que el suyo era otro. Probablemente el A. Pero no estoy seguro. ¿Por qué?

—¿Dónde estaba usted inscrito como donante de sangre?

—En el centro de transfusiones de North Poole.

—¿Cree que se acordarán de usted allí? ¿Que habrán guardado su ficha?

—Supongo que sí.

Sonó el timbre de la puerta. Era Ailsa Brimley que venía de hacer su compra.

Ailsa se metió en la cocina mientras Rode y Smiley seguían sentados en el confortable y cálido ambiente del salón.

—Dígame otra cosa —dijo Smiley— de la noche del crimen. ¿Por qué no cogió usted la cartera? ¿Por descuido?

—No exactamente. Aquella tarde yo estaba de servicio en la iglesia, de modo que Stella y yo fuimos a casa de Fielding cada uno por su lado. Ella llegó antes que yo y supongo que Fielding le debió entregar la cartera en seguida, al principio de la velada para que no se le olvidase. Hizo cierta alusión a ello luego, un poco más tarde. Ella la dejó en el recibidor, junto a su abrigo. Era una cartera pequeña, tendría dos palmos por uno y medio. Yo juraría que ella la llevaba en la mano cuando nos despedimos en el recibidor, pero debí equivocarme. Fue sólo al llegar a casa cuando ella me preguntó dónde la había puesto.

—¿Fue *ella* quien le preguntó a *usted* dónde la había puesto *usted*?

—Sí. Y entonces montó en cólera y me dijo que yo siempre contaba con que ella se acordaría de todo. Yo no tenía demasiadas ganas de volver a casa de Fielding; hubiera podido telefonarle y decirle que pasaría a recogerla el día siguiente a primera hora, pero Stella no quería ni oír hablar. Me obligó a que fuera entonces. No le quise contar a la Policía todas esas disputas nuestras: me pareció que no venían a cuento.

Smiley asintió con la cabeza.

—¿Llamó usted al timbre cuando volvió a casa de Fielding?

—Sí. Detrás de la puerta de entrada, hay una puerta de cristales, una especie de contravidriera para las corrientes de aire. La puerta de entrada estaba todavía abierta y en el recibidor había luz. Llamé y el mismo Fielding me entregó la cartera.

Acababan de cenar cuando sonó el teléfono.

—Rigby al aparato, señor Smiley. Tengo los resultados del laboratorio. Más bien extraños.

—Primero el examen: ¿concuerta?

—No, en absoluto. Los del laboratorio dicen que todos los números y la escritura fueron escritos con el mismo bolígrafo. De las gráficas no están seguros, pero afirman que todas las explicaciones de las gráficas han sido hechas con el mismo bolígrafo también.

—¿Es decir que todo fue escrito por el muchacho?

—Sí. Llevé muestras de su escritura para compararlas. Corresponden exactamente a la de la hoja de examen. Es imposible que lo haya escrito Fielding.

—Perfecto. ¿Y las ropas? ¿Nada nuevo por ese lado?

—Huellas de sangre, nada más. Ninguna huella en el plástico.

—¿Cuál era su grupo sanguíneo, en realidad?

—El de Stella, el grupo A.

Smiley se sentó en el borde de la cama. Pegando el auricular a su oreja, se puso a hablar en voz muy baja. Diez minutos después, bajaba lentamente por las escaleras. La caza tocaba a su fin y la perspectiva del remate le ponía enfermo.

Rigby tardó casi una hora en llegar.

XX. Los residuos que flotan en el río

El Albert Bridge tenía el aspecto absurdo de siempre. Su huesuda mole de acero se elevaba a alturas wagnerianas contra el tranquilo cielo de Londres. Por debajo de él, el Támesis se arrastraba indolentemente, contorneando los sucios muelles de Battersea para desaparecer luego entre brumas río abajo.

La niebla era espesa. Smiley observaba los residuos flotantes en la superficie de las aguas que parecían primero convertirse en polvo blanco para luego alzarse, disolverse y desaparecer.

Así sería como terminaría todo aquello, en una sucia mañana en que sacarían al asesino gimiendo de su celda para pasarle la cuerda de cáñamo alrededor del cuello. ¿Tendría él, Smiley, el valor de recordarlo dentro de dos meses, cuando el alba irrumpiera en su ventana y el reloj diera la hora? ¿Cuándo pusieran el cuello de aquel hombre en el patíbulo y lo hicieran desaparecer como aquellos residuos que flotaban durante un momento en el río?

Siguió a pie por Beaumont Street hacia King's Road. La camioneta del lechero pasó haciendo un ruido estridente junto a él. Aquella mañana almorzaría fuera de casa, luego tomaría un taxi para ir a la calle Curzon y encargaría una botella de vino para la cena. Elegiría un buen vino. A Fielding le encantaría.

Fielding cerró los ojos y bebió, con la mano izquierda un poco sobre el pecho.

—Divino —dijo—. Divino.

—¿Cómo piensa usted pasar el retiro, señor Fielding? —le preguntó Ailsa Brimley—. ¿Bebiendo vino del Rin?

Todavía con el vaso a la altura de los labios, posó su mirada en la llama de los candelabros. La plata era hermosa, más que la suya. Se preguntaba por qué sólo eran tres para cenar.

—En paz —acabó respondiendo—. Acabo de hacer un descubrimiento.

—¿Cuál?

—Que hasta hoy he actuado en una sala vacía. Pero ahora me resulta reconfortante pensar que así nadie puede acordarse de los momentos en que olvidé mi papel o en que hice una entrada falsa. Hay tantos entre nosotros que se contentan con esperar pacientemente a que su público muera. Nadie en Carne recordará dentro de dos semestres el fracaso que fue mi vida. Hasta hace muy poco, mi vanidad me impedía comprenderlo. —Puso el vaso ante sí e inesperadamente dirigió una sonrisa a Ailsa Brimley—. Ésa es la paz con la que sueño. Existir únicamente en mi espíritu, no en el de los demás; ser un monje laico, tranquilo y olvidado.

Smiley volvió a servirle más vino.

—La señorita Brimley conoció a su hermano Adrian durante la guerra. Estuvimos todos destinados en la misma sección —dijo—. Ella fue secretaria suya, ¿verdad,

Brim?

—Es deprimente comprobar cómo la mala hierba sigue con vida —declaró Fielding—. Resulta más bien vergonzoso. Para la mala hierba, quiero decir. —Lanzó un pequeño suspiro de gastrónomo satisfecho—. ¡El momento de sincerarse en una buena comida! —exclamó—. El *Übergangsperiode* entre el plato fuerte y el postre.

Rieron todos y luego se quedaron callados. Smiley dejó su vaso sobre la mesa y dijo:

—La historia que me contó usted el jueves, cuando fui a despedirme...

—¿Bien? —dijo Fielding con cierta irritación en la voz.

—Lo que usted copió por Perkins... De cómo sacó el examen de la cartera y lo alteró.

—¿Sí?

—No es cierta —prosiguió diciendo Smiley como si estuviera hablando del tiempo—. Lo han examinado y resulta que no es verdad. Toda la hoja fue escrita por la misma persona..., por el muchacho. Si alguien copió, tuvo que ser el alumno.

Se produjo un largo silencio. Fielding se encogió de hombros.

—Amigo mío, no pretenderá que crea semejante cosa. Los calígrafos son prácticamente idiotas.

—Desde luego, eso no significa gran cosa. Usted podría estar encubriendo al muchacho, ¿verdad...? Quiero decir que mintió para salvar su honor, por decirlo así. ¿Es ésa la explicación?

—Le dije la verdad... —replicó secamente Fielding—. Y piense usted lo que le parezca.

—Yo comprendería perfectamente que haya habido una especie de complicidad entre los dos. El desconsuelo del muchacho cuando le entregó los exámenes pudo conmoverle y usted, en un momento de debilidad, abrir la cartera, sacar su examen y dictarle lo que tenía que escribir.

—Vamos a ver —dijo Fielding acalorado—. ¿Por qué se mezcla en este asunto? ¿Qué tiene que ver todo esto con usted?

Smiley, con repentina vehemencia, replicó:

—Estoy intentando ayudarle, Fielding. Le ruego que me crea. Intento ayudarle. Por la memoria de Adrian. Quisiera que se produjera el mínimo escándalo..., el mínimo de daño. Me gustaría que todo estuviese claro antes de que Rigby llegue. Han retirado la acusación contra Janie. Lo sabía, supongo. Parece que ahora sospechan que el asesino es Rode, pero todavía no lo han detenido. Pudieron hacerlo y no lo hicieron. Se limitaron a tomarle una declaración más extensa. Por tanto, dese cuenta, esa historia de la cartera está tomando una importancia capital. Todo depende de si fue usted realmente quien vio lo que contenía o de si fue Perkins. ¿Es que no lo comprende? Si a fin de cuentas fue Perkins quien copió, si sólo fue ese alumno quien

abrió la cartera y no usted, entonces la Policía le hará a usted una pregunta de capital importancia: «Cómo sabía usted lo que contenía».

—¿Qué está insinuando?

—No son prácticamente idiotas, ¿sabe usted? Veámoslo desde otro ángulo. Supongamos que fuera usted quien mató a Stella Rode, supongamos que tuviera un motivo para matarla y que la Policía lo conozca. Supongamos que aquella noche después de haberle devuelto la cartera a Rode, usted pasara delante de él por la carretera, en bicicleta, por ejemplo, a caballo del viento como pretendía Janie. Si eso hubiera ocurrido así, nada de lo que usted dijo haber visto en la cartera hubiera estado dentro de ella. Pudo usted haberlo inventado. Y cuando salieron los resultados de los exámenes y comprendió usted que Perkins había copiado, adivinó usted que al abrir la cartera habría visto que *no contenía más que las hojas de examen*. Lo que le hubiera obligado a usted a deshacerse de él.

Se interrumpió y echó una mirada a Fielding.

—Y en cierto modo —añadió casi a su pesar—, esa explicación es mucho más lógica, ¿no es así?

—¿Y puedo preguntarle cuál es ese motivo a que aludía?

—Quizás ella le hacía una especie de chantaje. Como había vivido en el Norte, de seguro que sabía que usted había sufrido condena durante la guerra. ¿No era magistrado acaso su padre? Si no me equivoco, consultaron los archivos. Me refiero a la Policía. Fue su padre quien llevó el caso. Y ahora ella sabía perfectamente que estaba usted sin un céntimo y buscando colocación y que le tenía a su merced. Y parece que D'Arcy estaba al corriente de todo ello también. Ella se lo contó. No tenía nada que perder: desde el principio del asunto, él se había visto mezclado y no permitiría nunca que la Prensa se enterara. Ella lo sabía, sabía qué clase de hombre era. ¿Se lo dijo usted también a D'Arcy, Fielding? No me costaría creerlo. Cuando ella le vino a ver y le dijo, riéndose en sus propias narices, que lo sabía todo, usted fue y se lo contó a D'Arcy. Le pidió consejo. Y él le diría..., ¿qué le pudo decir él? Quizá que averiguase qué era lo que ella quería. Pero precisamente, ella no quería nada, nada de dinero por lo menos, sino algo más divertido, más satisfactorio para su espíritu retorcido: quería tiranizarle. Le gustaba conspirar, le imponía a usted entrevistas a horas y lugares absurdos: en el bosque, en iglesias abandonadas, siempre de noche. No quería más que tener su voluntad en un puño, obligarle a que escuchara sus baladronadas y sus locas intrigas, le humillaba y le rebajaba y luego se marchaba hasta la próxima vez. —Le retuvo de nuevo—. La Policía podría razonar así, ¿comprende usted? Por eso es preciso que sepamos quién fue el que abrió la cartera. Y quién copió el examen.

Los dos le estaban mirando: Ailsa horrorizada, Fielding impasible.

—Si pensarán así —dijo Fielding al fin—, ¿cómo pueden suponer que yo iba a

saber que Rode volvería a por la cartera aquella misma noche?

—Oh. Es que saben que ella pensaba encontrarse con usted precisamente aquella noche, después de haber cenado en su casa. —Smiley lo soltó como si se tratara de un detalle sin importancia—. Formaba parte del juego que ella se llevaba entre manos.

—¿Cómo lo saben?

—Fue Rode quien se lo dijo. En el recibidor, Stella tenía la cartera, la tenía en la mano. No la llevaba cuando llegaron a North Fields y ella montó en cólera y le acusó de olvidadizo. Luego le obligó a volver a por ella. ¿Comprende lo que esto implica?

—Oh, con perfecta claridad —dijo Fielding y Smiley oyó cómo Ailsa Brimley pronunciaba en un murmullo su nombre con horror.

—En otras palabras, cuando Stella concibió esta astucia para satisfacer su perversa afición de dominar al prójimo, usted vio la oportunidad de matarla haciendo que las sospechas recayeran en un imaginario vagabundo o, si ello fallaba, en Rode como segunda posibilidad. Supongamos que usted tuviera intención de matarla desde hacía tiempo. Imagino que en ese caso se hubiera usted decidido por ir en bicicleta a su casa una de esas noches en que Rode se quedaba hasta más tarde en el colegio por las clases particulares. Tenía a punto los chanclos y la capa de plástico y hasta el cable, escamoteado de la clase de Rode, pues quería dejar una pista falsa. ¡Pero qué estupenda ocasión cuando ve usted aparecer a Perkins con la cartera! Stella exigía una nueva entrevista. Usted se la prometió explotando el descuido de la cartera. Me temo que la Policía razone a este tenor. Y además, ya saben que Rode no la mató.

—¿Cómo lo saben? ¿Cómo *pueden* saberlo? No tiene ninguna coartada.

Smiley parecía no haber oído nada. Miraba hacia la ventana donde los pesados cortinajes se movían sin razón aparente.

—¿Qué ocurre? ¿Qué está usted mirando? —preguntó Fielding de pronto y con apremio.

Pero Smiley no contestó.

—Sabe, Fielding —dijo al fin—. Nunca podemos decir que conocemos de veras a alguien, que sabemos con certeza lo que cree y siente. No existe una verdad para los seres humanos, ninguna fórmula que pueda aplicarse a todos y a cada uno de nosotros. Hay seres humanos, aquí entre nosotros los estamos viendo, que no son nada, que son tan versátiles que hasta a sí mismos causan asombro: son camaleones. Una vez leí algo sobre un poeta que se bañaba en fuentes de agua fría para probarse a sí mismo que existía, por contraste. Tenía que cerciorarse, sabe usted, igual que el niño que procura hacerse odioso a sus padres. Podría decirse que necesitaba que le diera el sol para poder ver su sombra y comprobar que estaba vivo.

Fielding hizo un ademán de impaciencia.

—¿Cómo sabe usted que no fue Rode?

—Los seres que son como le digo, realmente existen, Fielding, tienen un secreto.

¿Sabe cuál? No pueden sentir nada: ni placer ni dolor, ni amor ni odio. Y se avergüenzan y se asustan de no poder sentir. Y su vergüenza, esa vergüenza, les induce a la extravagancia y al fingimiento: tienen que lograr sentir que el agua está fría porque si no, no son nada. El mundo los toma por actores, fantasiosos, embusteros y hasta quizá por sibaritas, pero no por lo que de veras son: muertos en vida.

—¿Cómo lo sabe? ¿Cómo sabe usted que no fue Rode? —gritó Fielding incapaz de contenerse.

Smiley le contestó:

—Voy a decírselo.

—Si Rode asesinó a su mujer, debía tener premeditado el crimen desde hacía tiempo. La capa de plástico, los chanclos, el arma, el cronometraje intrincado, el hecho de recurrir a Perkins para que le llevara la cartera a su casa, todo ello prueba una larga premeditación. Desde luego, en ese caso, podríamos preguntarnos por qué pensó en Perkins, por qué no se quedó él con la cartera en todo momento. Pero pasemos eso por alto. Veamos cómo lo llevó a cabo: regresa a su casa después de cenar, con su mujer, después de haber olvidado la cartera ex profeso, vuelve a casa de usted dejando a Stella esperándole. Y no pierda de vista que dejarse la cartera era en efecto bastante expuesto. Aparte de que por lo menos hubiera sido de esperar que cerrase la cartera con llave, su mujer hubiera podido darse cuenta de que se la dejaba, o usted mismo o la señorita Truebody. Pero por suerte, nadie lo notó. Recupera su cartera, regresa a toda prisa, la mata, sin olvidar los falsos indicios para desorientar a la Policía. Mete la capa, los chanclos y guantes en el paquete de los refugiados, lo ata y se dispone a huir. Quizá la presencia inesperada de Janie la loca le asusta, pero el hecho es que toma el camino y penetra en la casa como Stanley Rode. Cinco minutos después, está con los D'Arcy. A partir de este momento y durante las cuarenta y ocho horas siguientes, sufre constante vigilancia. Quizá no lo sepa usted, Fielding, pero la Policía halló el arma homicida a seis kilómetros, en una zanja. Fue hallada a las diez horas de cometerse el crimen, antes de que Rode tuviera ocasión de arrojarla allí. Ése es el detalle principal, Fielding. No tiene explicación. Supongo que sería posible fabricar un arma homicida falsa. Rode hubiera podido hacerse con cabellos del peine de Stella, pegarlos con sangre humana en un pedazo de cable coaxial y arrojarlo todo a una zanja *antes* de cometer el crimen. Pero no hubiera podido emplear otra sangre que la suya propia, que pertenece a diferente grupo: la sangre hallada en el cable pertenecía al grupo sanguíneo de Stella. Él no es el culpable. Existe todavía otra prueba más contundente en el asunto del paquete. Rigby habló ayer con la señorita Truebody. Parece ser que ella llamó a Stella Rode por teléfono el día del crimen por la mañana, por indicación suya, Fielding, para prevenirla de que un alumno le llevaría

unas ropas viejas a North Fields el jueves por la mañana... y que por favor no cerrara todavía su paquete. ¿De qué le amenazaba Stella, Fielding? ¿De escribir un anónimo a ese nuevo colegio?

Smiley, entonces, puso su mano en el hombro de Fielding y añadió:

—Venga, por el amor de Dios, venga, Fielding. No nos queda mucho tiempo. Decídase ahora, por la memoria de Adrian.

Ailsa murmuró algo que no pudo entender.

Fielding parecía no oír nada. Tenía la voluminosa cabeza echada hacia atrás, los ojos entornados y seguía manteniendo la copa de vino entre sus gruesos dedos.

De pronto, el timbre de la entrada sonó como el grito de una mujer en una casa vacía.

Nunca supo Smiley lo que produjo aquel ruido: si Fielding apoyando violentamente las manos en la mesa para ponerse en pie o su silla al caer. Quizá ni siquiera fue un ruido, sino el efecto de un repentino movimiento inesperado, el espectáculo de Fielding que pasó súbitamente de estar sentado apáticamente en la silla a cruzar la habitación de un brinco.

Luego vio cómo Rigby lo agarraba, le cogía el brazo derecho y se lo retorció hasta que Fielding empezaba a gritar de dolor y de pánico y no tenía más remedio, ante la presión de Rigby, que volverse y darle la cara.

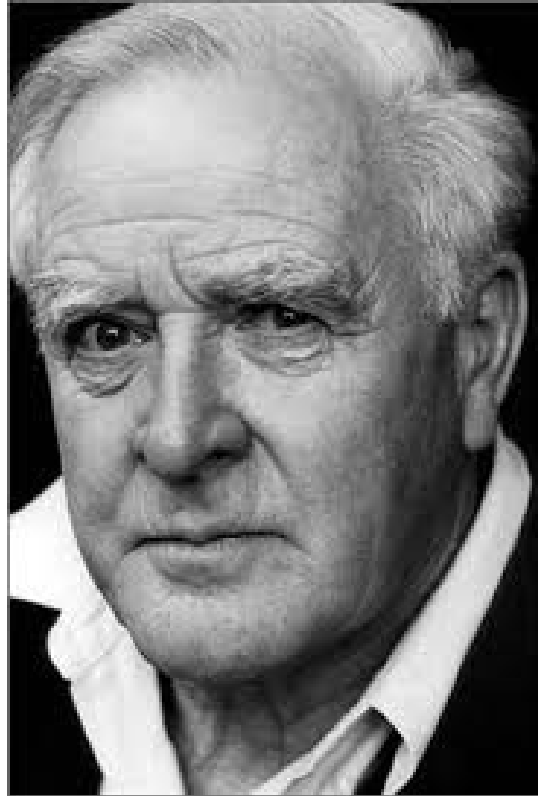
Rigby pronunció las palabras fatídicas y la mirada aterrada de Fielding se posó en Smiley.

—Smiley, por el amor de Dios, ¡haga algo! ¡Haga algo! ¡Me van a ahorcar! ¡Me van a ahorcar!

Y continuó gritando las dos últimas frases una y otra vez como si fueran alaridos: «Me van a ahorcar», «Me van a ahorcar»... hasta que los agentes que esperaban en la calle lo metieron sin contemplaciones en una camioneta de la Policía.

Smiley vio cómo la camioneta se alejaba. Sin prisas, siguiendo prudentemente su camino por el asfalto mojado. Y se quedó allí en la calle mucho después de que la camioneta desapareciera, con la mirada perdida en el fondo de la calle, indiferente a la curiosidad de los transeúntes, que se preguntaban qué estaría mirando aquel hombre. Pero no había nada que mirar. Nada más que la calle a media luz y las sombras que por ella se deslizaban.

FIN



JOHN LE CARRÉ (Poole, 19 de octubre de 1931), escritor inglés, es conocido por sus novelas de intriga y espionaje situadas en su mayoría durante los años 50 del siglo XX y protagonizadas por el famoso agente Smiley.

Le Carré es el seudónimo utilizado por el autor y diplomático David John Moore Cornwell para firmar la práctica totalidad de su obra de ficción. Le Carré fue profesor universitario en Eton antes de entrar al servicio del ministerio de exteriores británico en 1960. Su experiencia en el servicio secreto británico, Le Carré trabajó para agencias como el MI5 o el MI6, le ha permitido desarrollar novelas de espionaje con una complejidad y realismo que no se había dado hasta su aparición. En 1963 logró un gran éxito internacional gracias a su novela *El espía que surgió del frío*, lo que le permitió abandonar el servicio secreto para dedicarse a la literatura. De entre sus novelas habría que destacar títulos como *El topo*, *La gente de Smiley*, *La chica del tambor*, *La casa Rusia*, *El sastre de Panamá* o *El jardinero fiel*, todas ellas llevadas al cine con gran éxito durante los últimos treinta años y cuyas ventas ascienden a millones de ejemplares en más de veinte idiomas.

Le Carré no suele conceder entrevistas y ha declinado la mayoría, por no decir todos, los honores y premios que se le han ofrecido a lo largo de su carrera literaria y ya ha anunciado que no volverá a realizar actos públicos, aunque sigue escribiendo novelas, como demuestra su última obra *Un traidor como los nuestros*, publicada en 2010.

Notas

[1] Carne es un *public school*, es decir, uno de esos establecimientos privados de segunda enseñanza donde se educan los hijos de la alta burguesía y la aristocracia inglesas (N. del T.) <<

[2] Campo de césped donde tradicionalmente se celebraban en agosto las fiestas de la cosecha. <<

[3] Los diferentes edificios de un colegio donde residen los estudiantes. <<

[4] Disidente por oposición a la Iglesia anglicana. <<

[5] Reformador inglés, fundador de la religión metodista y famoso por su rigidez. <<